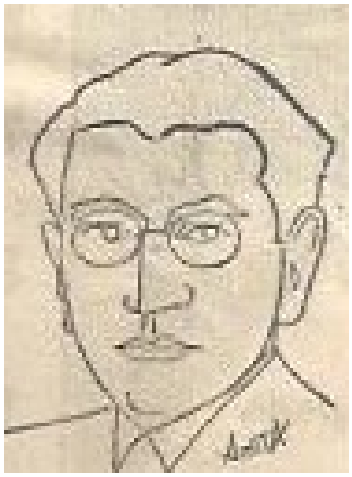
APROXIMACION BIO – BIBLIOGRAFICA A MANUEL ALCOBRE



Darío Pulfer

INDICE:

PRESENTACION……..……..2.

TRAYECTORIA BIO-BIBLIOGRÁFICA DE MANUEL ALCOBRE……4.

BIBLIOGRAFIA QUE REFIERE A MANUEL ALCOBRE Y SU TRAYECTORIA…..……..87.

ANEXO DOCUMENTAL……..89.

2017

"El caso de Alcobre es notable. Había publicado siete libros de versos y apenas se le conocía. Yo mismo, que soy curioso, ignoraba quién fuese. Había practicado también el periodismo, en Crítica y otras partes. Es un poeta serio, vigoroso, noble. Se le dio el Primer Premio Nacional, merecidamente"[1].

PRESENTACION[2]

Manuel Alcobre nace en el 1900 en San Pedro, provincia de Buenos Aires. Comienza sus estudios secundarios en su ciudad natal y los completa en Buenos Aires, a la que se traslada a los catorce años. Contrae matrimonio en 1923. En 1924 se inicia en las letras en la Revista Fray Mocho. Comienza a colaborar en Caras y Caretas desde 1926. Publica *Paisajes civiles* en 1928. Con motivo de este libro traba relación con Rega Molina e ingresa a la redacción del Diario Crítica. Sus colaboraciones salen en Criterio, Flecha y La Opinión. Publica *Poemas de media estación* en 1931 por el cual es premiado por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Escribe en la Revista Contra y participa de la Revista Multicolor de Crítica. En 1934 sale *Luces a la distancia*, en 1935 *Bajo el paraguas* y en 1937 *Espumas en la arena*. Colabora en el diario El Mundo y en El Hogar.

Se vincula a la Asociación del trabajo y a la Federación de Sociedades rurales patagónicas.

En 1940 publica *Hogar y paisaje nuevos*. El diario La Nación publica poemas de su autoría. En 1942 se inicia en la docencia ejerciendo en el nivel secundario.

En el año 1943 sale *Acento Forestal*. Continúa trabajando en Crítica. Sus afinidades se encuentran entre los escritores que apoyan a la Unión Democrática. En el año 1946 da a luz *El árbol solariego.* Publica poesías en el diario La Nación.

Desde junio de 1947 reanuda su trabajo regular en la redacción del diario Crítica. Colabora en el suplemento literario del diario Clarín, dirigido por Luis Cané. A fines de ese año inclina su adhesión al peronismo gobernante. Dirige ADEA tras el fallecimiento súbito de Carlos Obligado a inicios del año 1949. Se desempeña como secretario general de la Asociación de Escritores Argentinos tramitando frente al gobierno mejoras en los premios, la sanción del Estatuto del trabajador intelectual, el establecimienteo de tarifarios para trabajos de escritura, etc. además de intervenir en las acciones culturales propias de la organización.

En el año 1949 publica *Canción en sol de despedida*, por el cual será premiado por la Comisión Nacional de Cultura. En el año 1951 se retira de la dirección de ADEA, tras una confrontación por la creación del Sindicato de Escritores Argentinos. Escribe en el diario Democracia y colabora en el suplemento cultural de La Prensa, bajo control de la CGT. Publica *Silvas de la tierra que fue mar* en el año 1955.

En tiempos de la "Revolución Libertadora" pierde posiciones de relevancia en la prensa escrita y se concentra en la docencia secundaria. Lamenta el trato que sufre su amigo Rega Molina. Sigue

[1] GALVEZ, Manuel. Recuerdos de la vida literaria. Bs.As., Taurus, 2004. T2. Pág. 569.

[2] Se trata de una labor en curso en el que debemos seguir completando las referencias de artículos e intervenciones periodísticas del autor. Forma parte de un trabajo más general de reconstrucción de información básica de trayectorias intelectuales de escritores que adhirieron al primer peronismo. No realizamos análisis ni valoraciones en relación a la calidad de las obras referidas limitándonos a consignar las producciones y su crítica.

escribiendo y publica en el año 1957 *Estación Terminal*. Forma parte de la reorganización del Sindicato de Escritores Argentinos.

En 1960 publica versos por el sesquicentario de la Revolución de Mayo. En 1961 dedica a su admirado Rega Molina *Epístola al cielo* por su prematura muerte en el año 1957.

En 1964 tramita con Fermín Estrella Gutiérrez la asignación de pensiones a los premios nacionales de literatura. En 1965 publica en Eudeba una selección de poemas de Rega Molina junto con una semblanza introductoria. Se jubila y recluye en la vida particular. Retoma la escritura de poemas en 1975 y envía a sus amistades *Poema de noche luminosa*. Fallece a fines del año 1977.

Aún cuando tiene una destacada actuación en el orden gremial y una significativa producción, premiada en dos oportunidades con importantes distinciones; la crítica de época lo ha considerado con extensión por cada uno de sus libros; se lo ha integrado en la novísima generación, Manuel Alcobre ha tenido un trato marginal y parcial en la literatura histórica y literaria.

En nuestro trabajo de reconstrucción hemos encontrado referencias fragmentarias a su trayectoria en la producción. Esto puede deberse al criterio dominante en los estudios de historia de la literatura que privilegian etapas, generaciones o movimientos en el análisis dejando de lado trayectorias y procesos más largos de producción. Otros elementos que pueden contribuir a explicar esa ausencia de tratamiento es la no inclusión de Alcobre en las antologías canónicas y en la no pertenencia orgánica del autor grupos o revistas de poesía que parece constituir un criterio determinante en la reseña o recuperación por parte de quienes se dedican a estas temáticas.

En el caso de Alcobre no contamos con una biografía que incluya referencias sobre su producción o su posicionamiento socio – político y que contribuyan a ubicar al autor en ciertas coordenadas que trascienden lo específicamente literario. En este trabajo consignamos la información que pudimos reunir al momento en base a la consulta bibliográfica y materiales que quedaron en el archivo personal del escritor[3]. Hemos optado por dar cuenta y consolidar la mayor parte de las referencias a su obra publicadas en revistas, diarios y libros.

[3] Agradecemos el gesto de confianza de Mariana Alcobre, nieta de M.A., quien nos suministrara material personal del escritor. El "Archivo de recortes", a la usanza en esos tiempos, nos resulta particularmente rico tanto por lo que contiene como por el registro minucioso y anotaciones del autor.

TRAYECTORIA BIO-BIBLIOGRÁFICA

Manuel Alcobre nace en San Pedro, Provincia de Buenos Aires, el 7 de junio del año 1900. Hijo de Vicente Alcobre y Josefa Ares. A corta edad pierde a su madre, lo que explica su encanto por la naturaleza por "…las muchas veces que los árboles, en su infancia sin voz materna, le cantaron y lo mecieron en sus brazos"[4].

"…nací en San Pedro, ciudad en la cual transcurrió mi infancia. Así pues, en la época inicial de mi vida, he podido consubstanciarme con el 'Río donde el alba nace', es decir, el Paraná, camino de barcos, que veía brillar en mi niñez, desde las barrancas sampedrinas, con la melancolía de mi naciente vocación de viajero"[5].

"De igual manera, conozco 'íntimamente' la 'Pampa donde el sol se pone', el campo de San Pedro o, tanto vale, el de Ramallo…ilusión de mar violáceo, en la época del lino en flor"[6].

"También conocí…el castillo de los Obligado. Lo conocí por fuera, con el asombro de ver un edificio idéntico a los que describían las relatos infantiles de Calleja, literatura que llenaba mi imaginación…"[7].

Viaja a Buenos Aires a los catorce años, donde completa su secundaria.

Contrae matrimonio con Asunción María Martínez el 10 de marzo de 1923[8], con quien tuvo cuatro hijos: Horacio Héctor, Juan Manuel, Elsa Asunción y Horacio. El primer hijo nace en el mismo año de su casamiento:

¡Ya tienes veinte alboradas!
mientras yo tejo mis versos
o admiro, leyendo, a Lope,
tú duermes, Horacio Héctor.

Tú duermes y mamá alisa
tus vestidos tan pequeños,
sofocando el menor ruido
que pueda turbar tus sueños[9].

Comienza a colaborar con la Revista Fray Mocho desde el año 1924. Publica el cuento *Esponja*[10]*; Frente al Paraná*[11]*; Las vacaciones de Reinaldo Bravo*[12]*; Pláticas con mi hijo*[13]*; Nocturno romántico*[14]*; Viento de otoño*[15]*; Retorno*[16] *; Plática con mi hijo II*[17]*Primavera*[18]*; Así sea*[19]

[4] ALCOBRE, Manuel. Palabras en el acto de inauguración de las exposiciones de pintura y poesía argentina de ADEA. 1949. Archivo Alcobre.
[5] Carta de Manuel Alcobre a Carlos Obligado, con motivo de la publicación del Poema del Castillo. 1938. Archivo Alcobre.
[6] Carta de Manuel Alcobre a Carlos Obligado, con motivo de la publicación del Poema del Castillo. 1938. Archivo Alcobre.
[7] Carta de Manuel Alcobre a Carlos Obligado, con motivo de la publicación del Poema del Castillo. 1938. Archivo Alcobre.
[8] Diccionario biográfico contemporáneo. Personalidades de la Argentina. Bs.As., Veritas, 1948.
[9] ALCOBRE, Manuel. Pláticas con mi hijo. En Fray Mocho. 25 de noviembre de 1924.
[10] ALCOBRE, Manuel. Esponja. En Fray Mocho. 1 de julio de 1924.
[11] ALCOBRE, Manuel. Frente al Paraná. En Fray Mocho. 26 de agosto de 1924.
[12] ALCOBRE, Manuel. Las vacaciones de Reinaldo Bravo. En Fray Mocho. 7 de octubre de 1924.

Escribe *Una experiencia sensacional* para la revista Fantasía[20]. El material es reproducido por El debate de San Pedro.

Nace su segundo hijo, Juan Manuel en el año 1925.

En el año 1926 aparecen sus primeras colaboraciones en la Revista Caras y Caretas: *Regatas en el Tigre*[21], ilustrado por Rechain.

CARAS Y CARETAS

REGATAS EN EL TIGRE

Por Manuel Alcobre

Ilustró A. RACI-IAIN

Rápidas como flechas, van surcando las aguas
del Luján somnoliento las modernas piraguas.
No son los troncos rústicos de los nativos fieros
ni tampoco son indios los ágiles remeros.
Mas hay tal energía en esos claros músculos
que, a su impulso, los botes, lustrosos y minúsculos,
parece que volasen sobre el cristal del río.
Los remos reverberan al ígneo sol de estío,
como si se enchaparan en un baño de plata,
al hendir el espejo movible que retrata,
sobre un fondo celeste, el verde de las frondas
y las mil velas blancas quebradas por las ondas.
Semejantes a peces, cuyas largas aletas
mueven rítmicamente los remeros-atletas,
rápidas van surcando las apacibles aguas
del Luján somnoliento las modernas piraguas.

II

En las orillas, bajo los perfumados techos
que en las glorietas tejen los rosales y helechos,
y bajo los frondosos plátanos, las acacias
y los sauces de crenchas descendentes y lacias,
las mujeres exaltan la belleza del día
con sus trajes radiantes de color y armonía.
La fuerza y la destreza triúnfan en los botes.
Mas en los trajes leves de pródigos escotes
que sugieren la albura de los vernales frutos;
en los brazos, las manos y los pies diminutos;
en las miradas breves de los inquietos ojos;
en los labios triunfantes de los claveles rojos,
y en las mejillas tersas, de vivos escarlatas:
¡he ahí la suprema gloria de las regatas!

III

De improviso se escucha un creciente murmullo
de voces. Los lugares dormidos al arrullo
del Luján se estremecen. Las aguas y el paisaje
que temblaron al grito guerrero del salvaje
al retornar triunfante de sus cruentas campañas,
tiemblan de nuevo ante esas voces extrañas.
¿Es que vuelven los hombres de belicoso porte?
No; son los caballeros modernos del deporte
quienes triunfan. Por ellos los vibrantes saludos
son. Por los vencedores, cuyos pechos desnudos,
forjados con el bronce de ejercicios viriles,
simbolizan la era de los hombres civiles;
cuyos rostros tostados por el sol del estío
reflejan almas claras como el agua del río.
Y la visión del agua, las mujeres y el músculo
se esfuma en la apoteosis rosada del crepúsculo.

En Caras y Caretas aparecen algunos poemas: *La torre de los ingleses*[22] e *Inmigrantes*[23].

---

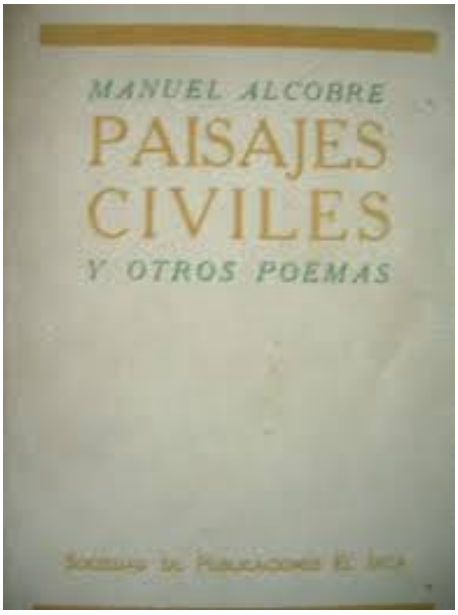
[13] ALCOBRE, Manuel. Pláticas con mi hijo. En Fray Mocho. 25 de noviembre de 1924.
[14] ALCOBRE, Manuel. Nocturno romántico. En Fray Mocho. 9 de diciembre de 1924.
[15] ALCOBRE, Manuel. Viento de otoño. En Fray Mocho. 14 de abril de 1925.
[16] ALCOBRE, Manuel. Retorno. En Fray Mocho. 8 de septiembre de 1925.
[17] ALCOBRE, Manuel. Pláticas con mi hijo II. En Fray Mocho. 7 de octubre de 1925.
[18] ALCOBRE, Manuel. Primavera. En Fray Mocho. 1 de diciembre de 1925.
[19] ALCOBRE, Manuel. Así sea. En Fray Mocho. 2 de marzo de 1926.
[20] ALCOBRE, Manuel Una experiencia sensacional. En Revista Fantasía. 23 de julio de 1924.
[21] ALCOBRE, Manuel. Regatas en el Tigre. Revista Caras y Caretas. N° 1436. 10 de abril de 1926.
[22] ALCOBRE, Manuel. La Torre de los ingleses. En Revista Caras y Caretas. N° 1485. 17 de marzo de 1927.
[23] ALCOBRE, Manuel. Inmigrantes. Revista Caras y Caretas. N° 1489. 16 de abril de 1927.

En la misma revista aparece la poesía *El Jardín Botánico*[24], ilustrado por Rechain.

El 23 de marzo de 1928 fallece su primer hijo, Horacio Héctor y nace su hija Elsa Asunción.

En la Revista Criterio sale una serie de poemas bajo el título *Paisajes civiles*[25].

En 1928 publica *Paisajes civiles y otros poemas*[26].



El libro aparece comentado en Bibliografía del diario La Nación, el 21 de febrero de 1928: "El Sr. Alcobre maneja con igual destreza los distintos metros y usa las rimas con habilidad. Las influencias literarias que la critica en este libro pudiera señalar no llegan a perjudicarle. Como, según creemos, 'Paisajes Civiles' es la primera obra de poesía que publica su autor, el tiempo contribuirá a destacarlos perfiles de este poeta que se inicia tan felizmente"[27] .

El crítico Raúl Osorio comenta el libro en la Revista Caras y Caretas: "En vez de la negruzca y común tinta, Manuel Alcobre ha preferido, para dibujar sus paisajes, la tinta sepia. Hay páginas fuertemente impresas; otras, en que el maquinista descuidó el tintero, sacaron un tono desvaído. Los nueve paisajes, los diez y seis 'Otros poemas', las tres 'Pláticas con mi hijo' y la 'Síntesis' ofrecen así gradaciones comparables a las tonalidades de la poesía de Manuel Alcobre. El joven poeta no 'imprime' por igual sus consonantes y asonantes; sus meditaciones líricas y sus descripciones. Nos gusta más su paisajismo que su lirismo, sobre todo cuando lo asonanta. El también, sin duda, los prefiere a

[24] ALCOBRE, Manuel. El Jardín Botánico. Revista Caras y Caretas. N° 1524. 15 de diciembre de 1927.
[25] ALCOBRE, Manuel. Paisajes civiles. En Revista Criterio N° 30. 27 de septiembre de 1928. 5 de diciembre de 1929 N° 92. 12 de diciembre de 1929. N° 93. 19 de diciembre de 1929. N° 94. 26 de diciembre de 1929. N° 95. 2 de enero de 1930. N° 96. 9 de enero de 1930. N° 97. 16 de enero de 1930. N° 98. 30 de enero de 1930. N° 100. 6 de febrero de 1930.N° 101.
[26] ALCOBRE, Manuel. Paisajes civiles y otros poemas. Bs.As., Sociedad de Publicaciones El Inca, 1928.
[27] Diario La Nación. 21 de febrero de 1928.

Estos versos que modulo
Con inspiración bisoña,
Al son que musita el junco
Y de la agreste zampoña.

'El Jardín Botánico', el primero de sus paisajes, en orden y en calidad, es una pintura de buen claroscuro y finios detalles. 'El puerto', primera de las composiciones en que desfilan los muy felices consonantes, es regularmente amanerado. No así 'El Rosedal', cuadro humorístico de grata lectura. Su rima refuerza el tono de burla criolla con que ha sido escrito. En los demás paisajes hay más aciertos que fallas. En 'Otros Poemas', Alcobre, que tiene veintiséis primaveras y veintisiete otoños, nos habla de su infancia, de un amor y de otras cosas. En 'Pláticas con mi hijo' sigue el sendero afectivo de Fernández Moreno. La frase 'multicorde cuerno', que figura en una de sus composiciones es inexacta, y los neologismo 'toquidos', 'poligramas' y 'efluvia', notados en otras páginas de 'Paisajes civiles', nos parecen bastante felices"[28].

En el diario La Razón[29] anotan: "Los emotivos aspectos que ofrecen muchos de los rincones pintorescos de nuestra ciudad, han inspirado al señor Manuel Alcobre, novel poeta, una serie de poesías que aparecen reunidas en un libro titulado 'Paisajes civiles y otros poemas', editado por la sociedad de publicaciones El Inca. Es quizá el mayor mérito de este volumen de versos, el esfuerzo que revela el autor al glosar los aspectos de nuestra ciudad, la sugestiva fronda de nuestro bosque palermitano, la belleza de nuestros jardines y plazas, la suntuosa perspectiva de nuestras barrancas, el lírico encanto del Rosedal y Los Lagos y los melancólicos atardeceres ciudadanos. Hay en las poesías del señor Alcobre inspiración sana, y en el transcurso de todas ellas pone de manifiesto su sentimiento de admiración por lo bello y la bohemía de su espíritu que no carece de las dotes, que cultivadas, harán de él un buen poeta. Indudablemente el autor de 'Paisajes civiles', adolece de unidad de estilo: más no puede pretenderse que en este su primer ensayo poético, haya logrado lo que es tan difícil de obtener; pero sí la lectura de su libro deja la impresión de que, poseedor de óptimas facultades y de fecunda fantasía, ha de ir definiendo su personalidad literaria, a media que la influencia de otros autores vaya siendo menos decisiva en él. El señor Alcobre tiene plausibles aciertos en su libro 'Paisajes civiles y otros poemas' y son dignas de mención, entre otras, las poesías tituladas 'Plaza San Martín', 'El Puerto', 'El Jardín Botánico', 'Fantasía de la selva', y por último 'El Rosedal', de la que extractamos un estrofa a fin de que los lectores se formen una idea de las tendencias literarias de su autor:

A la luz deslumbra de este sol halagüeño
de otoño, el Rosedal es un cuadro de ensueño.
Sobre el paisaje náufrago que reflejan los lagos,
se deslizan los cisnes, retraídos y vagos;
y los patos inquietos, grises, blancos y negros
que van dando las notas de sus vivos alegros.

Y resbalan los botes, tripulados por nautas
urbanos y bisoños, cuyas remadas cautas

[28] OSORIO, Raúl. Paisajes civiles, por Manuel Alcobre. En Revista Caras y Caretas N° 1534. Sábado 31 de marzo de 1928.
[29]

al quebrar el espejo de las aguas verdosas,
levantan una lluvia de perlas luminosas,
que van a diluirse después en las barquillas
formadas por Otoño con hojas amarillas".

En el diario La Prensa[30] realizan el siguiente comentario:"En 'Paisajes civiles y otros poemas' revela el señor Maneul Alcobre poseer un delicado temperamento de poeta. Son estos versos fluidos y espontáneos. En el primero nos dice cómo han nacido sus rimas:

Como se hace una alhaja uniendo gema a gema,
con las cosas que he visto, te constuiré un poema.

Son impresiones recibidas observando con melancolía las escenas de la calle. Forman estos 'Paisajes civiles' paseos por jardines y plazas de Buenos Aires. Podríamos citar por muy bonito y gracioso 'Viento de otoño'. En los otros poemas de este libro se pintan lugares y episodios del campo, como en 'La doma', soneto de un estilo heroico y pujante, e 'Invernal', verso ligero y ágil. Es de mucha propiedad el lenguaje que usa el señor Alcobre, como muy natural la expresión, por lo que ha conseguido realizar con sus poemas un libro agradable y sincero".

El autor envía el libro a Leopoldo Lugones y le realiza esta dedicatoria: "Al verdadero maestro y más grande poeta americano actual, el Sr. Dn. Leopoldo Lugones, dedico este ejemplar de mi primer libro de poemas, con la expresión de mis íntimos sentimientos de respeto y admiración intelectual"[31].

Alcobre entrega un ejemplar en el diario Crítica : "En 1928, publicado mi libro de poemas Paisajes civiles, hice llegar un ejemplar al diario Crítica, dirigido al redactor de la sección 'Hoy' interesante columna de impresiones urbanas y comentarios de actualidad, que finalizaba poética con la transcripción de versos de autores argentinos. Presta así, al mismo tiempo que se ennoblecía con un matiz poético, un importante servicio a la divulgación de la poesía nacional, tan ignorada por la mayoría de entonces como lo es por la de hoy. Con explicable satisfacción y sorpresa, vi que, casi cotidianamente, fueron apareciendo, al final de la sección mencionada, varias de las composiciones de mi libro"[32].

El miércoles 15 de febrero aparece en ese diario *La torre de los ingleses:*

Dín, den, dan, don,
don, dan, den, din
escuchad las campanas de la Torre de Albión.
con un repique anuncian que pronto tocarán
las horas primigenias del día que recién
traspasó con el alba las sombras del confín.
din, den, dan, don,
don, dan, den, din.

[30] Diario La Prensa. Paisajes civiles y otros poemas. Por Manuel Alcobre. 7 de agosto de 1931.
[31] Dedicatoria firmado Manuel Alcobre el 27 de agosto de 1928. Ejemplar en la biblioteca perteneciente a Leopoldo Lugones en la Biblioteca Nacional de Maestros.
[32] ALCOBRE, Manuel. Presentación de Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág.5-6.

viajeros apurados van hacia la estación:
algunos, los sensibles, consigo llevarán
jos sones de campanas en la fuga del tren,
como el último aliento del urbano trajín.

Manuel Alcobre. Argentino. Acaba de publicar “Paisajes civiles y otros poemas”, su primer libro de poemas”.

El viernes 17 de febrero publican *La doma*:

Buía el potro agitando su crin lacia,
y al hombre observa con mirada astuta:
el potro fía en su potencia bruta,
y el domador en su arrogante audacia.

Ya comenzó la trágica acrobacia.
el gaucho, en sube y baja, ni se inmuta,
hiriendo el animal la piel hirsuta
por vencer su infinita contumacia.

Y el potro ensaya un endiablado juego
de girar y marchar en contrapeso,
después se lanza, de coraje ciego,
veloz corriendo por el campo raso,
mas, derrotado en el combate,
luego retorna andando con tranquilo paso.

Manuel Alcobre (de “Poemas Civiles”).

El martes 28 de febrero publican *La city.*

Barrio frío, barrio adusto
como un gerente de Banco.
A pesar de tus millones
en los días de descanso
cuando todo es regocijo
en los más humildes barrios
tu yergues la neurastenia
de tus soberbios palacios.

Los hombres sólo te quieren
por el interés del agio.
Y es que por los tantos pesos
que guardas, has olvidado
poner en tus calles grises
la risa verde de un árbol.

Manuel Alcobre.

El miércoles 24 de marzo publican un fragmento de *El pastor.*

El tren iba veloz por la llanura.
Yo miraba el paisaje, que corría
En rededor. En el confín veía
La sombra de un pastor en su montura.
Era un fantasma sobre las bermejas
nubes que coloreaba el sol poniente.
Delante caminaban lentamente
de retorno al aprisco, las ovejas.

Cruzaba yo el deslinde de la infancia
e iba a comenzar mi edad adulta.
En la ciudad, la maravilla oculta
exaltada al cristal de la distancia.

Manuel Alcobre.

El 31 de marzo reproducen *Tu serás mozo*…

Tú serás mozo y yo viejo
Entonces Héctor, leeré
Estas pláticas que dejo
Escritas no se por qué
Ellas me dirán si de oro
Es mi lírica inquietud.
O tal vez me causen lloro
Por mi estéril juventud.
-atagá…tagá…da..mama.
¿Serás poeta? Quizás sí,
Puesto que eren una rama.
Que se desprendió de mí
Y tal vez logres la gloria
Que habrá de iluminar
Cuando el libro de mi historia
Ya se esté por acabar.

Manuel Alcobre.
"Paisajes civiles".

"Ello importaba – continúa Alcobre- una significativa atención que merecía agradecimiento. Fui a la redacción del diario y pregunté por el titular de la sección. Me guiaron hasta la puerta de una amplia sala, en cuyo interior, en uno de los extremos, una persona de más o menos mi edad (28 años), de no mucha estatura (como la mía), en mangas de camisa, voceaba y reía, entre grotescos ademanes, dirigiéndose a un grupo de cinco o seis personas que, desde el otro extremo, respondían en igual forma. Sin duda se trataba de un duelo verbal, en que los rivales se esforzaban por herirse con vocablos que seguramente no figuraban en ningún manual del buen decir. Parecía que el duelista solitario era el más eficiente, pues los otros, a cada término que les disparaba, se quedaban atónitos, consultaban entre sí y luego respondían sin mayor firmeza. Uno de los del grupo advirtió mi presencia y con toda mesura me preguntó a quien buscaba. Contesté que deseaba ver al redactor de la sección 'Hoy'. Señaló al duelista singular y dijo: 'Ahí está…¡El 'mono sabio'!. Todos rieron y fueron tomando asiento en distintos escritorios. El indicado se acercó a mí y se presentó amablemente: 'Horacio Rega Molina.¿En qué puedo serle útil?"[33].

Alcobre visita a Rega en el diario con cierta asiduidad y nace la amistad:

"Pocos meses después fuimos compañeros de mesa, de divagaciones dominicales por los suburbios, de asistencia a algún circo de extramuros. Ni él ni yo éramos afectos a enturbiar el tiempo en las peñas más o menos intelectuales, fuentes de intriga y maledicencia… En días de poquedad –no eran raros- nos prestábamos algún peso, que nos devolvíamos rigurosamente. El

[33] ALCOBRE, Manuel. Presentación de Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág.5-6.

era para mí el amigo talentoso, buen padre de familia, recto, prudente. Yo era para él el amigo de fe, juicioso –ya mi esposa me había dado tres hijos- insospechable de disputarle algún beneficio”[34].

Con las visitas frecuentes Alcobre comienza a colaborar de manera informal con Rega Molina y “un día quedó sin redactor titular de la sección humorística, que, junto con la que él escribía sintetizaba el espíritu de Crítica e interesaba en forra especial al director. Rega Molina conocía una columna que, con el título de Compendio, había iniciado y redactaba yo en el diario La Opinión, dirigido por aquel excelente espíritu que fue Don Alfonso de Laferrere. Eran impresiones de escenas cotidianas, desarrolladas con medida jovialidad. Rega Molina creyó que yo poseía condiciones para tomar a mi cargo la sección humorística de Crítica, y me propuso para ello a la dirección. Entre ambos preparamos el material que integraría algunas secciones, lo presentamos y obtuvimos franca aprobación. Desde entonces fuimos, además de amigos, compañeros solidarios. Era frecuente que él me sustituyera en la sección humorística, o que yo lo reemplazara en la sección ‘Hoy’. Así nos proporcionábamos breves vacaciones, sin que ello fuera advertido por la dirección”[35].

Tiempo después, en junio de 1928, es reseñado en el Diario La Epoca[36] por Bernard Marcel Porto: “Un libro de versos trabajado con grande cuidado, pero que revela cierta sensibilidad hiperestésica, es ‘Paisajes civiles’ de Manuel Alcobre. Su autor parece que contemplara de la vida su faz dolorosa, con algo de misantropía y de escepticismo, originado por sinsabores, lo que impregna al libro de una sutil tristeza. Sus composiciones bastante bien medidas, con un sentido exacto de la arquitectura del verso, no poseen la cargazón de metáforas que caracterizan a la poesía moderna o vanguardista, mejor dicho. Sobrio en la expresión, Manuel Alcobre emplea la figura cuando ella por propia gravitación surge del paisaje o de las cosas, ya animadas o inanimadas, pero nunca provocada para crear una bella frase. Sencillo, su riqueza idiomática no es vasta; matiza las composiciones con emoción, la que es un digno reemplazante, cuando la flexibilidad de los vocablos no suaviza los contornos, no pule aristas, que siempre el verso muestra como espinas. Y en el caso de ‘paisajes civiles’, las espinas lo son de dolor, de amargura honda, que no por menos perceptible de primer intento, posee intensidad menor. Evidentemente ‘Paisajes civiles’ no será un volumen capaz de hacer por sí el nombre de su autor. Pero amojona bien el inicio de una senda que auguramos fértil en éxitos. El estro extremadamente sensible de Manuel Alcobre se irá robusteciendo y a medida que ello ocurra, su verso contendrá más noción de realidad, de amplios horizontes, aun cuando lo contrario no pueda ser defecto. Pero, sin embargo, lo queremos a Manuel Alcobre versificando cuadritos, escenas de la vida. Tiene algo de brochazo de pintor en su frase, y no es cosa de contagiar esa radiosidad que a veces muestra con los grises de sus conflictos, de su visión dura de la vida. Una inyección de optimismo hácele falta, y así el horizonte que abarque será extenso y comprensivo. Su sensibilidad vibrará mejor”.

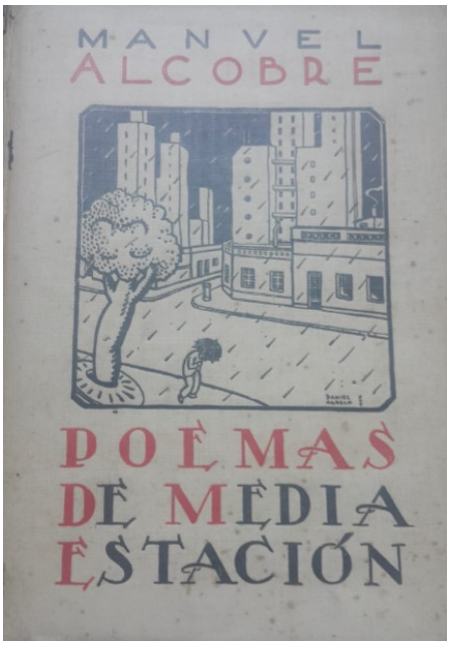
[34] ALCOBRE, Manuel. Presentación de Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág.6-7.
[35] ALCOBRE, Manuel. Presentación de Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág.7.
[36] PORTO, Bernard M. Bibliografia. Paisajes civiles. Por Manuel Alcobre. Diario La Epoca. 11 de junio de 1928.

En ese tiempo continúa con el envío de colaboraciones a Criterio[37]. También le reseñan el libro *Poemas de media estación*, en el que se cuela una "interpolación" del censor: "Debemos, sin embargo, formular algunas salvedades morales al diálogo entre el Sátiro y el Centauro, donde abundan pasajes injustificables". Esto obliga a Tomás de Lara, redactor del comentario, a una aclaración[38]. Alcobre no se integra en el espacio del Convivio.

Vuelve a publicar en Caras y Caretas: *Tennis*[39] *y El jugador*[40].

EN TIEMPOS DE LA RESTAURACION CONSERVADORA.

Por ese tiempo Alcobre se desempeña en el periodismo y continúa con su producción. En 1931 aparece *Poemas de media estación*[41].



Entre sus poemas se destaca *Regatas en el Tigre,* ya anticipado en Caras y Caretas:

Rápidas como flechas, van surcando las aguas
del Luján somnoliento las modernas piraguas.
no son los troncos rústicos de los nativos fieros

[37] Momentos. Criterio. 20 de marzo de 1930. N° 107. Aventuras. Criterio. 27 de marzo de 1930. N° 108. Aventuras. Criterio. 27 de marzo de 1930. N° 109. Impresiones de viaje. Criterio. 10 de abril de 1930. N 110. Restauraciones. Criterio. 1 de mayo de 1930. N° 113.
[38] Tomás de Lara a Manuel Alcobre. Carta del 26 de junio de 1928. En Archivo Alcobre.
[39] ALCOBRE, Manuel. Tennis. En Caras y Caretas. N° 1592. 6 de abril de 1929.
[40] ALCOBRE, Manuel. El jugador. En Caras y Caretas. N° 1629. 21 de diciembre de 1929.
[41] ALCOBRE, Manuel. Poemas de media estación. Bs.As., Rosso, 1931.

ni tampoco son indios los ágiles remeros.
Más hay tal energía en esos claros músculos
que, a su impulso, los botes, lustrosos y minúsculos,
parece que volasen sobre el cristal del río.
Los remos reverberan al ígneo sol de estío,
como si se enchaparan en un baño de plata,
al hendir el espejo movible que retrata,
sobre un fondo celeste, el verde de las frondas
y las mil velas blancas quebradas por las ondas.
semejantes a peces, cuyas largas aletas
mueven rítmicamente los remeros-atletas,
rápidas van surcando las apacibles aguas
del Luján somnoliento las modernas piraguas.

II.
En las orillas, bajo los perfumados techos
que en las glorietas tejen los rosales y helechos,
y bajo los frondosos plátanos, las acacias
y los sauces de crenchas descendentes y lacias,
las mujeres exaltan la belleza del día
con sus trajes radiantes de color y armonía.
La fuerza y la destreza triunfan en los botes,
que sugieren la albura de los vernales frutos;
en los brazos, las manos y los pies diminutos;
en las miradas breves de los inquietos ojos;
en los labios triunfantes de los claveles rojos,
y en las mejillas tersas, de vivos escarlatas:
¡he ahí la suprema gloria de las regatas!.

III.
De improviso se escucha un creciente murmullo
de voces. Los lugares dormidos al arrullo
del Luján se estremecen. Las aguas y el paisaje
que temblaron al grito guerrero del salvaje,
al retornar triunfante de sus cruentas campañas
tiemblan de nuevo ante esas voces extrañas.
¿Es que vuelven los hombres de belicoso porte?
No; son los caballeros modernos del deporte
quienes triunfan, por ellos los vibrantes saludos son .
Por los vencedores, cuyos pechos desnudos,
forjados con el bronce ejercicios viriles;
cuyos rostros tostados por el sol del estío
reflejan almas claras como el agua del río.
Y la visión del agua, las mujeres y el músculo
se esfuma en la apotesosis rosada del crepúsculo.

En la Revista La Literatura Argentina[42], sección Revista bibliográfica, comentan la salida del libro: "La poesía de Alcobre obedece a variadas sugestiones. Ora son reminiscencias, ora los espectáculos urbanos, ora el paisaje, los que suscitan su verso blando, acomodado a los hábitos tradicionales. Sus poemas evidencian sinceridad, tanto que algunos dan la impresión de un escaso trabajo artístico. El poeta ha cantado y no ha querido retocar su espontaneidad. Afronta el verso en diversas medidas, pero logra sus mejores en los poemas asonantes del final. Componen el

[42] La Literatura Argentina. N° 38. Octubre de 1931.

volumen las series de ‘poemas de media estación’, ‘restauraciones’, ‘la urbe’, ‘trilogía’ y ‘los paisajes errantes’. De estos últimos reproducimos el intitulado ‘Agua’:

A veces es un cuadro de la vida
de pescadores suecos,
que bogan en sus barcas
saltando vallas de olas a lo lejos,

Mientras el sol naufraga
entre el haz de colores de su incendio,
diluido en las distancias del paisaje,
que en la tarjeta se ha quedado muerto.

‘Poemas de media estación’ sucede a otro libro del mismo autor –‘Paisajes civiles- y permite comprobar así el mejor uso que Alcobre hace de sus facultades poéticas”.

Raúl Osorio, en la Revista Caras y Caretas[43], comenta: “Cantos de otoño que el lírico suave de ‘Paisajes civiles’ nos ofrece, tras un silencio de tres años. Allí, pleno de recuerdos gratos, el corazón se desborda. Y esas remembranzas son tanto del poeta como de nosotros: las melodías de Verdi, el saludo al herrero pueblerino, el ansía de fijar el paisaje, las impresiones del zoo y otros temas atrayentes sobre los que supimos forjar lentas meditaciones que con nosotros morirán inéditas, salen a la luz ahora evocadas por la pluma firme de Alcobre. Un hermoso libro, pues, que nos rejuvenece y nos entristece a un mismo tiempo”.

En la Revista Criterio[44] le realizan el siguiente comentario: “Poeta delicado, tierno, Manuel Alcobre no necesita hurgar en su imaginación para encontrar la vena poética. La ciudad, el campo, las pequeñas cosas triviales y cotidianas, son para él motivos de verso. Versos en los que hay poesía, es decir, esencia poética. No se tortura, y por ello siempre es grato leerle. Además, Alcobre tiene la aristocracia de su sentimiento. Sabe que no todo es poesía, y aguarda, sin violentarse, a que el motivo vaya hacia él, espontáneo. Por eso escribe despaciosamente, a intervalos largos. Por eso, también, corrige apenas, temeroso de tergiversar su emoción. Esto es un bien y es un mal. Un bien, porque el poeta deja en libertad al verso que siente; un mal, porque no siempre la espontaneidad del verso se encierra en un verso perfecto. No obstante, para nuestro gusto, mejor nos parece que Alcobre sea fiel a sí mismo. lo otro, la depuración, el retoque, le vendrá, más adelante, por añadidura, a medida que él se sienta más insatisfecho de la labor ya realizada. Poemas de media estación supera, en mucho, a su libro primigenio, Paisajes civiles”.

Recibe un comentario laudatorio en Caras y Caretas. En la sección Bibliografía y periodismo el crítico Miguel A . Camino[45] señala: “Frente al mundo y a la vida existen dos grandes categorías de poetas: los que robustecidos por conceptos arraigados de una moral superior se sienten dominadores absolutos y pretenden juzgar, cuando no modelar, al mundo desde la altura de su

[43] OSORIO, Raúl. Los libros. Poemas de media estación por Manuel Alcobre. 31 de octubre de 1931.
[44] Revista Criterio. Poemas de media estación, por Manuel Alcobre. N° 194. 19 de noviembre de 1931.
[45] CAMINO, Miguel A. Caras y Caretas. Sección bibliografía y periodismo. “Poemas de media estación”, por Manual Alcobre. Bs.As., 1931. Tapa y portada de Daniel M. Agrelo. Camino era cercano a Alcobre.

exaltación sentimental y aquéllos que sin ninguna pretensión de superioridad o de dominio, viven voluntariamente sometidos a las influencias exteriores y registrando todas las impresiones que conmueven su sensibilidad. A este último género pertenece evidentemente Manuel Alcobre. A la nueva producción de este poeta, a quien o cuadran juicios de complacencia ni de aliento, por tratarse de un valor ya definido en nuestra literatura, sólo cabe asignarle la ubicación debida dentro de ella. Y esto es, pues, lo que persigo. En su libro anterior, 'Paisajes civiles', Alcobre tuvo la rara fortuna de destacar su personalidad en virtud de la corrección de la forma, la pureza del léxico, la exactitud de la imagen y , más que nada, por el extraordinario dinamismo que supo imprimir a los motivos que utilizara en sus composiciones. Adolecía quizá de cierta frialdad conceptual, pero abundaba en colorido. Su factura, un si es o no a lo Verhaeren, nos recordaba esas grandes multitudes manejadas, sacudidas y arrastradas por el animador de las 'Tentaculares' en su peregrinación dolorosa. Peor debimos apartarnos de esa orientación. El dinamismo de Verhaeren finca en el de una humanidad doliente, sometida, entre otros, al terrible yugo del trabajo, sin redención. El de Alcobre, en cambio, (aquí está él) nos muestra a esa humanidad en plena alegría de vivir su vida, en la fiesta colorida y luminosa del músculo y del sol…Por considerarlo fuera de lugar, no me he detenido a examinar la calidad del verso de Alcobre. Hágalo quien lo lea. He preferido ubicar al poeta, con sinceridad y sin apasionamiento, ya que, gracias a él, en poco más de una hora, he podido recorrer su libro y vivir un poco de su misma vida. Defino: en el libro que me ocupa, Alcobre no es siempre él: pero cuando deja de serlo es para volcar su personalidad en un clasicismo definido, de claro y limpio contorno, que lo aleja del hibridismo que caracteriza a la mulatería literaria que nos sofoca actualmente".

Podemos inferir que buena parte de los comentarios reseñados forman parte de la "campaña" para calificar en el Premio Municipal de literatura, tal como sucedía por entonces.

En el mes de diciembre deben fallarse los premios. El jurado se reúne el 15 de diciembre a las 15 hs. en el despacho del secretario de Hacienda de la Municipalidad, quien preside el jurado integrado por Mariano de Vedia y Mitre, Juan J. de Soiza Reilly, Francisco Soto y Calvo, Alfonsina Storni, Armando Cascella y Carlos Obligado.

La designación como primer premio de prosa al libro *Francois Villon (su vida y su obra)* de Alfonso Corti produce un incidente. El representante de los escritores, Armando Cascella[46], se retira del encuentro en disconformidad. En segundo lugar queda *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz que es el objeto de la controversia.

En las obras en verso el primer premio es para *Ruta de soledad* de Julio F.Iglesias, el segundo premio fue acordado a la obra *En el amor del viento* de Augusto González Castro y el tercero se adjudica a *Poemas de media estación* de Alcobre, después de cuatro votaciones[47].

[46] PULFER, Darío. Aproximación bio-bibliográfica a Armando Cascella. Bs.As., Peronlibros, 2016.
[47] Diario La Fronda. Adjudicáronse los premios municipales de literatura. Miércoles 16 de diciembre de 1931. En La Nación acotan: "Al conocerse el resultado de esta votación el representante de los autores, Sr.Cascella, se retiró de la sala, por entender que aquella resolución violaba el espíritu de la ordenanza tendiente a premiar la producción

FUERON ADJUDICADOS AYER LOS PREMIOS MUNICIPALES

Ayer por la tarde se reunieron en la oficina del secretario de Hacienda de la Municipalidad los miembros que integraban el jurado municipal de literatura para el año que corre. Después de una breve disquisición acerca de cómo debía otorgarse los premios decidióse hacerlo a carpeta cerrada votando los miembros del jurado. Antes de comenzar la votación se retiró, por razones fundamentales, el representante de los autores, señor Armando Cascella, quien no quiso — según sus palabras — cooperar con su presencia silenciosa en los resultados arbitrarios del fallo.

Alfonso Certe
1er. premio prosa

E. J. Iglesias
1er. premio poesía

Prosiguió después la votación resultando premiados con el segundo, en prosa, el señor Raúl Scalabrini Ortiz, por su libro "El hombre que está solo y espera", y el tercero a la señorita María Antonieta Centroni, por su libro "Momentos".

En verso los premios se distribuyeron así: primero, Eugenio Julio Iglesias con "Ruta de Soledad"; segundo, Augusto González Castro con "En el amor del viento", y el tercero, a Manuel Alcobre, por su colección de versos "Poemas de media estación".

M. A. Centrone
3er. premio prosa

Manuel Alcobe
3er. premio poesía

HABRA EL VIERNES PROXIMO UN ACTO

Diario El Mundo del 16 de diciembre de 1931

Alcobre realiza declaraciones al diario Jornada[48]:"Estoy satisfecho con el premio que me ha sido conferido por el jurado del concurso municipal de letras. Declaro que presenté mi libro sin alimentar mayores esperanzas, pues se me informó que sin interponer influencias era imposible conquistar la buena voluntad de los señores jurados. Yo no podía ni hubiera querido utilizar esos recursos indignos, de modo, pues, que mi premio implica un rotundo desmentido a aquella especie. Y así lo hago constar. Me enorgullece haber obtenido los cuatro votos realmente calificados del jurado. Esta circunstancia evitará suspicacias malignas, tan corrientes entre mis honorables colegas, al par que eleva a mi obra a un plano significativo dentro de nuestra literatura. En el día de ayer oí algunos gruñidos de cuzco, que parten desde un recuadro a dos columnas con que amaneció un diario de esta capital. No les presté atención y aún me causó pena el pobre cuzquito, oculto tras el anónimo de un brulote periodístico; porque, a lo mejor, le he pisado la cola sin percatarme de ello. En fin, en estos momentos solemnes en que se me ha declarado propietario de un buen honor y unos buenos nacionales, agradezco a mis amigos y perdono a mis detractores, deseándoles, a todos por igual, feliz navidad y año nuevo".

---

orientada en sentido plenamente nacional". Diario La Nación. Fueron dados los premios literarios de la Municipalidad. 16 de diciembre de 1931.

[48] Estoy satisfecho con el premio que me asigna. Diario Jornada. 17 de diciembre de 1931.

A continuación se refiere a una nota de Obligado[49]: "Debo también, con profunda alegría, dar conocimento de la esquela que acaba de hacer llegar a mis manos el alto poeta y digno caballero que es don Carlos Obligado, quien con ella duplica el honor que ya había dispensado al destacar mi libro ante los demás miembros del jurado: 'Carlos Obligado saluda cordialmente a don Manuel Alcobre y mucho le agradece el envío de sus 'Poemas de media estación', que le ha sido tan grato propiciar en el reciente concurso municipal –no sé si se creerá que sin relación personal ni manejo suyo alguno-. Saboreó encantado sus versos, y los creo encauzados en la mejor tendencia: la que cultiva, en la forma, la perfección clásica, sin mengua alguna de aquel modernismo esencial que es indispensable. Felicitale, pues, por su triunfo, que será mera etapa hacia otros mayores y le estrecha efusivamente la mano".

El fallo del jurado unido al retiro de Cascella genera una polémica periodística y una reunión de los escritores[50].

La Agrupación Camuatí organiza un te literario en honor de Alcobre por la premiación municipal. El animador de ese espacio es Carlos Abregú Virreira[51], compañero de trabajo del diario Crítica.

Siguen saliendo noticias del libro en El Hogar[52] y Cuyo-Buenos Aires[53]

Participa del grupo que impulsa la revista Flecha[54].

En ese momento no fue incluido por Julio Noé en su Antología[55] ni por Arturo Cambours Ocampo en su trabajo de recuperación de la "novísima generación"[56].

Sigue desempeñándose en Crítica en la sección heredada de Rega Molina "Hoy". En el diario La Opinión firma en su columna *Compendio*[57].

---

[49] Las historias de Carlos Obligado (hijo de Rafael, interventor en la UBA y cofundador de la Academia Argentina de Letras en ese momento) y Alcobre se cruzan hacia 1938 al publicar el primero Poemas del Castillo y se estrechan en tiempos del primer peronismo.

[50] La Vanguardia. Sobre el fallo del jurado municipal. 20 de diciembre de 1931. La Prensa. Para considerar el fallo del jurado municipal se reunieron los escritores. 20 de diciembre de 1931. La Nación. Protesta por el fallo del jurado municipal. 20 de diciembre de 1931.

[51] Santiagueño. Dedicado a la recuperación del folklore americano. Tendrá una destacada labor como periodista y publicista en el primer peronismo. En el año 1959 dirigirá el Sindicato de escritores argentinos ha pedido de R. Scalabrini Ortiz.

[52] Diario El Hogar. 26 de febrero de 1932.

[53] Revista Cuyo-Buenos Aires. Poemas de media estación por Manuel Alcobre. Mayo-junio 1932. Firmado por M.S.

[54] Escribe en la sección Elementos de literatura argentina. En septiembre de 1930 publica Fernández Moreno. En Flecha. Revista de literatura y arte. 1 de septiembre de 1930.

[55] NOE, Julio. Antología de la poesía argentina moderna. Bs.As., El Ateneo, 1931.

[56] CAMBOURS OCAMPO, Arturo. La novísima generación literaria. Bs.As., 1931. En un texto de 1963 Cambours Ocampo incluye a Alcobre en este movimiento.

[57] ALCOBRE, Manuel. Literatos, sí; cocineros, no. En La Opinión, 2 de abril de 1931. Palabras sobre "lluviología". En La Opinión. 22 de abril de 1931. Más sobre nuestra tristeza. En La Opinión 29 de abril de 1931. Managua, ex ciudad. Selección natural. "South America". En la Opinión s/f. Tiempo de leer. Tiempo de mirar. Fuera de tiempo. En La Opinión. 12 de mayo de 1931. La ralea. Donde los $ vuelan. En La Opinión 19 de mayo de 1931. Diez años después. En La

En marzo de 1932 participa de la Fiesta de la Poesía en el Club Mar del Plata junto a Ernesto Bustamante, Augusto González Castro, Eugenio Julio Iglesias y Enrique Méndez Calzada[58].

Aparecen intervenciones suyas en el Suplemento Multicolor del diario Crítica, junto a las firmas de Borges, R. González Tuñón, etc. Las notas son: *Bajo el paraguas* (Suplemento 3, 26 de agosto de 1933), *El misterio de la quinta de "Mirasoles"*(Suplemento 17, 2 de diciembre de 1933), *Paisajes civiles* (Suplemento 35, 7 de abril de 1934), *Un viaje a lo etéreo* (Suplemento 57, 8 de septiembre de 1934)[59].

Bajo el Paraguas

PEDRO FUENTES se asoma a la calle y mira al cielo. Una gota de lluvia le hace llorar un ojo. Abre el paraguas y se incorpora a la corriente de transeúntes que enturbian el asfalto pulido por el agua.

Es la hora en que los letreros luminosos inician su danza de colores al borde de las calles.

Pedro Fuentes camina metido en su paraguas, formando mundo aparte. Así, sin ver, abajo, más que un metro de suelo, y, arriba, la bóveda negra del paraguas, tropieza y lo tropiezan, y detrás suyo va dejando un reguero de protestas y de burlas. Pero a él no le importa, mejor dicho, no se entera de ello. Todos sus sentidos convergen hacia una sola sensación: María Carmen.

★

Pedro Fuentes evoca el episodio en que su vida estuvo asociada a la de María Carmen.

Se encuentra sentado en el bar, frente al sexto cóctel del anochecer, cuando se fija en que ella le obsequia una sonrisa, desde las luces de colores que embellecen a las señoritas de la orquesta. Guarda en su espíritu el regalo, y, feliz, sale a la calle.

Es entonces, como ahora, un anochecer lluvioso; pero para él hay sol. Los cóctels le han llenado de bruma el cerebro y se da a vagar por las calles. Ella va con él, de pie, toda celeste, entre las luces policromas, deslizando a la altura de su hombro el arco que reparte notas de violín por el salón.

Así camina hasta la media noche, hora en que el bar queda sólo poblado por las conversaciones de los clientes. Entonces vuelve y la espera. La ve, al salir, de cerca. Es morena. No tiene el mismo aspecto que ofrecía en el palco de la orquesta, pero igualmente le parece hermosa, en la penumbra de la calle, bajo la lluvia. Recibe de ella otra sonrisa y él, en cambio, le ofrece su compañía. Luego caminan ambos, ocultos bajo el paraguas, hasta que ella dice que ha llegado a su casa. Entonces se dan las manos, se miran y se besan. Y cuando María Carmen entra, él se va por la noche mojada, silbando la felicidad del beso.

¿Cuántas noches más hacen lo mismo? Muchas... Pocas... Pero el tiempo ha sido suficiente para que él llegue a jugar tan suya a María Carmen, que se cree con derecho a regir la dirección de sus miradas y a oponer vallas a las que le dirigen los demás. Ya no puede verla en la calle ni en presencia de otro. Se lo dice y ella le responde:

—¡Estás loco?

Ese es el primer síntoma de que, al tiempo que pretende distanciarla de los demás, ella se aleja de él. Ve cómo comienza a evitar su encuentro y cómo cada vez le abraza con brazos más débiles.

Y una noche, mientras está sentado en el bar, frente al sexto cóctel, oculto detrás de una columna, sorprende el momento en que María Carmen obsequia a un muchacho de luto una sonrisa igual a la que le dió a él por primera vez. Mira cómo el muchacho sale a la calle, contento con el regalo.

Y después de la media noche, cuando el bar queda sólo poblado por el rumor de las voces, espía el acto en que el otro se acerca a María Carmen, va con ella hasta su casa y recibe un beso de despedida. Desde ese momento no puede ahuyentar de su cerebro la imagen del muchacho de luto unido a ella en un beso.

Vaga por las calles durante varias horas, y cuando la ciudad comienza a despertarse con el rodar de los primeros carruajes del amanecer, vuelve a la casa de María Carmen. La puerta ha quedado mal cerrada. Vacila un instante y luego se introduce. Busca la habitación que ella le había descripto como suya. Cuando cree haberla encontrado, empuja la puerta y entra. María Carmen está en el lecho, iluminada tenuamente por un velador. Su cara morena es ahora lívida. La contempla brevemente y se acerca. Se sienta a su lado, en la cama. Ella abre los ojos y lo mira asombrada, pero sin miedo. Murmura:

—¿Qué haces?

El dice:

—¿Ya no me quieres?

—¿Estás loco?

Intenta besarla y ella lo rechaza. Entonces la estrecha en un abrazo, un abrazo tan fuerte, que, por un instante, cree que podrá meterla en sí mismo, como si él fuera su estuche. Y cuando la deja María Carmen cae sobre el lecho, floja, como muerta. Y él se va, en puntas de pie, mirando cómo queda ella tendida en la cama, con los ojos cerrados y una intensa lividez en el rostro.

★

En los diarios de la tarde lee que en la casa de María Carmen han estrangulado a una mujer joven. Corre a la casa y allí se entera de que la muerta es ella. ¡Muerta María Carmen! Y ¿quién la mató? ¿él? No era posible. No había hecho otra cosa más que darle un abrazo, un abrazo quizá demasiado fuerte. Pero, por fuerte que sea un abrazo de amor ¿cómo puede matar? Los diarios decían que no se sabía quién era el asesino... Y él tampoco lo sabía. Pero ¿qué podía importar quién fuera el asesino? La verdad, la terrible verdad era que María Carmen estaba muerta, y él no la vería más... no la vería más...

★

Pedro Fuentes vuelve de su excursión ideal al pasado y reflexiona acerca de su presente. ¿Qué hace ahora? ¿Por qué vive? ¡Es absurdo! ¿Por qué va caminando bajo la lluvia, oculto en la bóveda negra de su paraguas? Terminar, no sentir más, hundirse misteriosamente de pronto, hundirse para siempre...

Y Pedro Fuentes experimenta una sensación de vacío, su cuerpo chasquea en algo helado, se sumerge, se asfixia...

★

Al día siguiente, un marinero dinamarqués las de las aguas turbias del puerto un paraguas que flota a la deriva, como una embarcación de gnomos, una diminuta embarcación con casco de luto.

Manuel Alcobre

ILUSTRACION DE GUIDA

MULTICOLOR — Mayor circulación sudamericana — Buenos Aires, agosto 26 de 1933

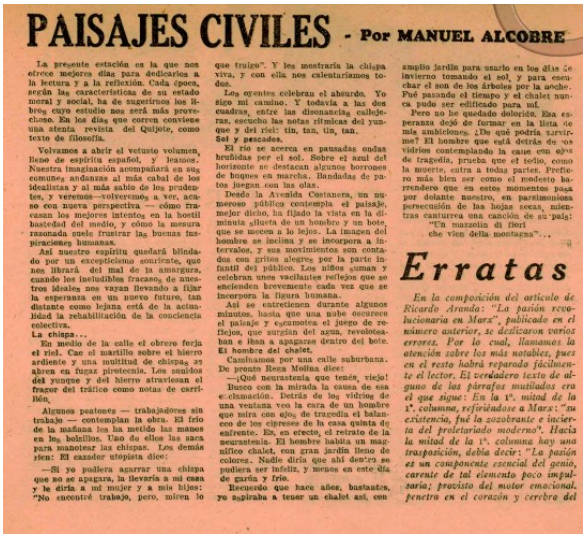
Escribe en la Revista Contra[60], dirigida por Raúl González Tuñón.

Opinión. 26 de mayo de 1931. Otoñal. Saber dormir. En La Opinión. s/f. Los que tenemos 30 años. El epicureísmo contra la República. El mes de sol. En La Opinión.s/f.

[58] El Hogar. 4 de marzo de 1932. Actividades artísticas en Mar del Plata.

[59] Consultado en http://ahira.com.ar/revistas/revistamulticolor, 3 / 07 / 2016.

[60] ALCOBRE, Manuel. Paisajes civiles. Revista Contra. Septiembre de 1933. Consultado en: http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2016/05/CONTRA_nro5-sept-33.pdf



PAISAJES CIVILES - Por MANUEL ALCOBRE

La presente estación en la que nos ofrece mejores días para dedicarlos a la lectura y a la reflexión. Cada época, según las características de su estado moral y social, ha de sugerirnos los libros cuyo estudio nos será más provechoso. En los días que corren conviene una atenta revista del Quijote, como texto de filosofía.

Volvamos a abrir el voluminoso volumen, lleno de espíritu español, y leamos. Nuestra imaginación acompañará en sus comunes andanzas al más cabal de los idealistas y al más sabio de los prudentes, y veremos—volveremos a ver, acaso con nueva perspectiva — cómo tracaban los mejores intentos en la hostil hostedad del medio, y cómo la mesura razonada suele frustrar las buenas inspiraciones humanas.

Así nuestro espíritu quedará blindado por un excepticismo sonriente, que nos librará del mal de la amargura, cuando los ineludibles fracasos de nuestros ideales nos vayan llevando a filar la esperanza en un nuevo futuro, tan distante como lejana está de la actualidad la rehabilitación de la conciencia colectiva.

La chispa...

En medio de la calle el obrero forja el riel. Cae el martillo sobre el hierro ardiente y una multitud de chispas se abren en fugaz pirotecnia. Los sonidos del yunque y del hierro atraviesan el fragor del tráfico como notas de cartilón.

Algunos peatones — trabajadores sin trabajo — contemplan la obra. El frío de la mañana les ha metido las manos en los bolsillos. Uno de ellos las saca para manotear las chispas. Los demás ríen: El cazador utopista dice:

—Si yo pudiera agarrar una chispa que no se apagara, la llevaría a mi casa y le diría a mi mujer y a mis hijos: "No encontré trabajo, pero, miren lo que traigo". Y les mostraría la chispa viva, y con ella nos calentaríamos todos.

Los oyentes celebran el absurdo. Yo sigo mi camino. Y todavía a las dos cuadras, entre las disonancias callejeras, escucho las notas rítmicas del yunque y del riel: tin, tan, tin, tan.

Sol y pescados.

El río se acerca en pausadas ondas bruñidas por el sol. Sobre el azul del horizonte se destacan algunos borrones de hogueras en marcha. Banderas de patos juegan con las olas.

Desde la Avenida Costanera, un numeroso público contempla el paisaje, mejor dicho, ha fijado la vista en la diminuta silueta de un hombre y un bote, que se mecen a lo lejos. La imagen del hombre se inclina y se incorpora a intervalos, y sus movimientos son contados con gritos alegres por la parte infantil del público. Los niños suman y celebran unos vacilantes reflejos que se encienden brevemente cada vez que se incorpora la figura humana.

Así se entretienen durante algunos minutos, hasta que una nube oscurece el paisaje y extermina el juego de reflejos, que surgían del agua, revoloteaban e iban a apagarse dentro del bote.

El hombre del chalet.

Caminamos por una calle suburbana. De pronto Rega Molina dice:

—¡Qué neurastenia que tenés, viejo!

Busco con la mirada la causa de esa exclamación. Detrás de los vidrios de una ventana veo la cara de un hombre que mira con ojos de tragedia el balanceo de los cipreses de la casa quinta de enfrente. Es, en efecto, el retrato de la neurastenia. El hombre habita un magnífico chalet, con gran jardín lleno de colores. Nadie diría que ahí dentro se pudiera ser infeliz, y menos en este día de garúa y frío.

Recuerdo que hace años, bastantes, yo aspiraba a tener un chalet así, con amplio jardín para usarlo en los días de invierno tomando el sol, y para escuchar el son de los árboles por la noche. Fué pasando el tiempo y el chalet nunca pudo ser edificado para mí.

Pero no he quedado dolorido. Esa esperanza dejó de formar en la lista de mis ambiciones. ¿De qué podría servirme? El hombre que está detrás de los vidrios contemplando la casa con ojos de tragedia, prueba que el hielo, como la muerte, entra a todas partes. Prefiero más bien ser como el modesto barrendero que en estos momentos pasa por delante nuestro, en parsimoniosa persecución de las hojas secas, mientras canturrea una canción de su país:

"Un mazzolin di fiori
che vien della montagna"...

Erratas

En la composición del artículo de Ricardo Aranda: "La pasión revolucionaria en Marx", publicado en el número anterior, se deslizaron varios errores. Por lo cual, llamamos la atención sobre los más notables, pues en el resto habrá reparado fácilmente el lector. El verdadero texto de alguno de los párrafos mutilados era el que sigue: En la 1ª. mitad de la 1ª. columna, refiriéndose a Marx: "su existencia, fué la zozobrante e incierta del proletariado moderno". Hacia la mitad de la 1ª. columna hay una trasposición, debía decir: "La pasión es un componente esencial del genio, carente de tal elemento poco impulsaría; precisto del motor emocional, penetra en el corazón y cerebro del

En su trabajo de redactor del diario Crítica[61] comenta irónicamente el libro *Palo Santo,* de Julio D. Usandivaras y continúa la polémica en la Revista Contra[62].

Contra un payador de pulpería

MANUEL ALCOBRE

CAMARADA PERIODISTA, CAMARADA ESCRITOR, CAMARADA ARTISTA: DESCONFIE DEL CIRCULO DE LA PRENSA, DE LA SOCIEDAD DE ESCRITORES, DE LA CORPORACION DE ARTISTAS PLASTICOS. ¡FORME EN LAS FILAS DE LA UNION DE ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS! ¡ESTE ALERTA AL PRIMER LLAMADO!

CONTRA
LA REVISTA DE LOS FRANCO-TIRADORES
TODAS LAS ESCUELAS TODAS LAS TENDENCIAS TODAS LAS OPINIONES

Realiza colaboraciones para El Hogar: *Mañana de primavera*[63].

En 1933 nace Héctor Horacio, reiterando el nombre del hijo fallecido en 1928.

En la redacción del diario Crítica utilizan el seudónimo Don Juan El Zorro para notas de humor. En una de ellas caricaturizan a un comisario viajando en burro, lo que genera una protesta y una

[61] ALCOBRE, Manuel. Contra los malos libros. Diario Critica. 18 de agosto de 1933.
[62] ALCOBRE. Contra un payador de pulpería. En Revista Contra. Septiembre de 1933. Consultado en: http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2016/05/CONTRA_nro5-sept-33.pdf

[63] ALCOBRE, Manuel. Mañana de primavera. Revista El Hogar. 22 de diciembre de 1933.

denuncia judicial. El juez absuelve de culpa y cargo a la redacción y Alcobre escribe una nota humorística sobre el sucedido[64].

En el año 1934 publica el libro en prosa *Luces a la distancia*[65].

De manera inmediata sale la noticia en El Mundo[66], Noticias Gráficas[67], en Bandera Argentina[68] y en Crisol[69].

En el diario Crítica[70], en el que colabora Alcobre, le realizan este comentario: "Manuel Alcobre, el lírico suave y emocionante de los 'Poemas de media estación', vuelve a transmitirnos sus impresiones de la urbe, del pueblo y de la campaña, esta vez en una prosa límpida y sencilla, como lo requieren los temas que desarrolla. 'Luces a la distancia' es una obra literaria pura. El autor no ha intentado resolver ningún problema científico o filosófico materias ajenas a la literatura propiamente dicha. El libro de Alcobre está destinado a recrear y no a enseñar: es libro artístico, no docente. Si recrear, ya ha cumplido su misión, y sólo cabe juzgarlo desde el punto de vista de su corrección formal y del grado de deleite que produce en el lector. Los treinta y seis temas de que se compone se leen con deleite, vale decir, cumplen el propósito que tuvo el autor. Nos muestra paisajes que todos hemos visto sin percepción de belleza, porque no hemos procurado mirarlos como lo dice el poeta en la segunda estrofa del hermoso soneto con que abre el libro

En las cosas existen filigranas tan finas,
Que muchas veces para salvarlas del olvido
Debemos imitar al viajero abstraído
Que escruta una ciudad en todas las esquinas.

El autor se detuvo en cada cosa y en cada paisaje; buscó en ellos las faces ponderables, para luego transmitirlas simplemente, como el pintor que copia la naturaleza tal como es, pero dejando en su obra la esencia inefable de su emoción estética. A veces es alegre, con una alegría hermosa, como cuando, en 'Paso anivel', describe el instante en que una locomotora, para vengarse de los que, detenidos ante las barreras, ha habla mal del ferrocarril, les suelta una columna de humo maloliente 'que hace contener la respiración a los maledicentes y malogra la limpieza del paisaje otoñal'. Otras veces nos transmite una suave melancolía resignada. Así es en 'Abril', el que, sentado en un banco de plaza, se complace en la evocación de sucesos felices de su vida, hasta que el revoloteo de las hojas secas a su alrededor le recuerda que ya se encuentra en el otoño…no se nota en estas prosas la influencia de escritor alguno. Tal virtud sólo es posible cuando la personalidad del artista es tan recia como para no salir de sí misma. Alcobre comienza por olvidar sus lecturas, luego observa y escribe sus impresiones obedeciendo al dictado de su instante

[64] ALCOBRE, Manuel. Jesús debió molestarse con la caricatura de Crítica. Los humoristas hablan de la tiesura policial. Nuestra Policía no posee el don de la sonrisa oportuna. Manuel Alcobre da opinión en nombre de Don Juan El Zorro. En Diario Crítica. 20 de julio de 1934. Pág.7.
[65] ALCOBRE, Manuel. Luces a la distancia. Bs.As., Tor, 1934. No hemos podido dar con un ejemplar de este libro.
[66] Diario El Mundo. 9 y 30 de abril de 1934.
[67] Diario Noticias Gráficas. 22 de julio de 1934.
[68] Bandera Argentina. Un libro de Manuel Alcobre. 26 de julio de 1934.
[69] Crisol. Un libro de Alcobre. 4 de julio de 1934.
[70] Diario Crítica. Libros Nuevos. Luces a la distancia. Por Manuel Alcobre. Incluye foto del autor.

emocional, sin detenerse a difumar la diafanidad expresiva primaria, según el sistema de nuestros snobs a la parisién. Hoy que tanto se insiste en la necesidad de la creación de una literatura auténticamente argentina, es oportuno señalar que sólo la originalidad del autor y, en cierto modo, el localismo temático, pueden hacer nuestra literatura. Con remedos de lo extranjero, ya sea preciosismo francés 'demodé' o bien el cultivo de una literatura de procedencia germano-eslava, sin duda puede obtenerse –y obtienen muchos- el aplauso de un sector literario u otro; pero las letras nacionales continúan así tan ralas de personalidades relevantes como espesas de valores equívocos. 'Luces a la distancia' reafirma a su autor en la posición de primera fila que ocupa entre los escritores de la llamada nueva generación, al par que declara ese culminamiento intelectual que preside la realización de las obras perdurables. Por lo dicho se comprenderá la importancia que adquiere la obra de Alcobre. No se limita su mérito a la virtud de delectación, sino que también, por su originalidad formal y esencial, constituye una excelente contribución a la literatura argentina. Es deber de buena crítica destacar tal atributo y al dejarlo así consignado, no s complace finalizar este comentario con los tercetos del admirable soneto con que Alcobre clausura su libro.

Con versos he empezado y con versos termino
así quisiera hacer ante cada jornada
con la sabiduría del simple campesino
que ha surcado su campo con fructíferas huellas
al levantarse el sol, cantar a la alborada
y al hacerse la noche, cantar a las estrellas".

Su compañero de trabajo y amigo, el poeta Horacio Rega Molina, le dedica un comentario extenso en su columna del diario El Mundo[71]: "Don Manuel Alcobre, que nos ha dado ya muestras de su ingenio poético en libros como 'Paisajes civiles? Y 'Poemas de de media estación' que han concitado elogios y críticas negativas, lo que abona desde ya que se trata de una obra vital, cualesquiera sean su sensibilidad o su acento lírico, se nos presenta ahora con un volumen de impresiones –casi estaríamos por llamarlas poemas en prosa-. 'Luces a la distancia' denominase el libro. Y en verdad que el título tiene una desvaida y luminosa sugerencia de recuerdos que reverdecen en el espíritu del autor y son trasladados al libro con esa contenida emoción de las evocaciones. Abren y cierran el volumen dos sonetos –los únicos versos además de una estrofa que tararea por ahí su prosa- que contienen, en esencia, la atmósfera total de 'Luces a la distancia'. Encontramos en el primero esta justificación civil:

'En las cosas existen filigranas tan finas,
que muchas veces para salvarlas del olvido,
debemos imitar al viajero abstraído,
que escruta una ciudad en todas las esquinas

Y en el último sorprendemos esta otra, cuya intención rural se completa en los tercetos:

'No hay mirada al paisaje que resulte perdida
aunque a veces el tiempo la convierte en brumosa,

[71] REGA MOLINA, Horacio. Bibliografía. Luces a la distancia. 28 de mayo de 1934. Incluye foto del autor.

yo he visto enla niebla de lo muerto enla vida
el cuadro más perfecto, la imagen más hermosa.

Campo y ciudad prestan en efecto, al autor, los elementos que ofrece luego, a través de imágenes que cristalizan algo memorable, ya sean escenas sorprendidas en las calles o episodios olvidados en los caminos. El tono que el señor Alcobre adopta es el que mejor conviene al carácter de los temas y como existe un parentesco espiritual en todos ellos, resulta asimismo parejo y limpio su estilo. Si alguna observación no suscita este su primer libro de prosa, es que, sin restarle los méritos que posee, pone de manifiesto que, por razones acaso de una exigencia estética a la que el autor prestó mayor atención, sus versos nos parecen superiores. No tendría oportunidad esta manifestación si la temática de su libro no coincidiera en general con la temática propia de los trabajos líricos. No obstante, corresponde aseverar que el señor Alcobre nos da, en su nuevo libro, una faceta más de su aptitud literaria, enriqueciendo su propio caudal y adoptando una actitud que contrasta con la inercia general de nuestros escritores, que tardan en arraigar en el país el concepto de que las disciplinas intelectuales, para el que se dedica a esas especulaciones del espíritu dan como resultado la labor copiosa y recia que permite –en vez de entorpecerlo- el hecho de que, de un autor perdure lo que realmente debe perdurar".

En el diario La Prensa[72] realizan este comentario: "La descripción de un conjunto de cosas que pasaron y la interpretación de sentimientos suscitados por el panorama de la vida, constituyen los materiales que integran este libro de Manuel Alcobre. Participa de lo poemático, así por el hecho de que el volumen comienza y termina con versos, como por la forma de abordar los temas, en prosas breves. En concepto del autor, el paisaje cercano, el que se tiene ante los ojos, es limitado: pero se dilata cuando la realidad se alejan hacia la penumbra de lo extinguido. Piensa también que los recuerdos ofrecen al alma la emoción de las horas más hermosas. 'Luces a la distancia' es en realidad un libro poético. La prosa, limpia, clara, del señor Alcobre torna grata la lectura de sus páginas. Pinceladas, introspecciones, puntos de vista sutiles, desfilan sucesivamente, y consiguen casi siempre producir la sensación que se propuso el autor. Esta es muy personal, circunstancia que realza el mérito del trabajo literario que nos ocupa. En un viaje rural al pueblo en cuyos lares se deslizó su infancia, describe el paisaje, pinta las figuras y nos da una idea directa, real, de las cosas del campo. 'Miradas en la ciudad' se titula la segunda parte. Alcobre dice que desde hacía mucho tiempo anhelaba escribir la epopeya urbana, pero que como 'la vida es dura, amarga y pesa', sólo ha intentado hasta ahora desarrollar el tema personal, que implica en sí una obra de aliento. La calle Florida, con sus luces policromas a la hora del anochecer, las habilidades de un vendedor que pregona en la acera sus baratijas, la calesita, el río, un 'chalet', son motivos que Alcobre traslada con fidelidad a las páginas de su libro. Después viene la nostalgia de algunos momentos, entre un 'nocturno otoñal' y una mañana de abril. En 'Restauraciones' hallamos manchas pictóricas como 'Marina' y 'El cuándo'. Una trilogía del año traduce emociones de Navidad, Año Nuevo y Reyes. Y en la última página expresa el autor que 'cuando un libro se cierra vuelve a abrirse la vida'; y luego añade que la mirada al paisaje no se pierde, aunque el tiempo lo

[72] Diario La Prensa. Acaba de publicarse "Luces a la distancia" por Manuel Alcobre. Recuerdos de campo, impresiones de ciudad y personas desfilan por estas páginas. 1 de julio de 1934.

convierta en brumoso, y ello, sin duda, porque las cosas vistas a través de los años se cubren con un suave tul de poesía. El señor Manuel Alcobre ha paseado, pues, su vista amable y cariñosamente por los caminos sobre los cuales deslizó sus pasos en la vida, y de ahí el título de la obra: luces vista a la distancia".

En el diario La Nación[73] sale esta reseña: "Este libro es una colección de apuntes tomados por el autor ante las cosas vistas, en un constante variar del rumbo. Su condición fragmentaria no permite un aprecio total, ya que en sus páginas lo que promete ser todo un cuadro de costumbres queda sólo en bosquejo sucinto; el retrato es un exiguo apunte y lo que iba a formar una galería pictórica llega apenas a un conjunto heterogéneo de notas de valor diverso. La mayor parte de sus páginas son objetivas, pero, referidas por el autor a sí mismo, adquieren subjetividad y con ella su mayor atractivo. Primero busca rincones de la ciudad, personajes conocidos, escenas dominicales, la incomodidad del ómnibus, el paso a nivel y la cancha de bochas. La simplicidad de las escenas sugiere la idea de que uno de los típicos fotógrafos ambulantes sea la fuente informativa del autor. Y hasta el aspecto irrisorio, señalado con diestra oportunidad por el autor, parecería impreso en las deficientes placas fotográficas que se utilizan los domingos en los paseos populares. Es el cuadrito circunscrito al noviazgo inocente, que busca su mejor actitud para la trascendental fotografía; la rueda de amigos, con la luz escasa, y alguna figura fuera de foco, o la copia amarillenta y borrosa. Pero luego el autor resuelve salir de la ciudad y se adentra en el alma. A una divagación lírica sigue una evocación histórica, un motivo de la actualidad, una curiosidad municipal y una variedad sin fin. Sin artificios, con cierto dominio de la expresión, imperfecta a veces, el autor ha logrado en 'Luces a la distancia' una composición amena, que es condición esencial de toda lectura placentera".

Un crítico de La Revista La Literatura Argentina[74] comenta: "Un pintor habría tomado apuntes del paisaje rural y de las escenas urbanas que más lo impresionaran; un poeta, sensible a todo lo que la naturaleza y la vida tienen de espectáculo, toma 'poemas', pinta con imágenes. El poeta es, en este caso, Manuel Alcobre, cuya reputación le viene de 'Paisajes civiles' y 'Poemas de media estación'. Ha abandonado la ciudad para volver a contemplar 'la ronda de los campos en torno a la marcha del tren', y llegar al pueblo que dejó cuando tenía 'medio metro menos'. Le recuerdan nombres familiares, ve antiguos compañeros de la infancia y la muchacha amada en silencio, recupera otra vez lugares olvidados, asiste a una alborada. De vuelta en la ciudad, para la cual reserva siempre un 'poema de estrépito, de color y de energía', anota el reflejo subjetivo de sus más diversas manifestaciones; un muñequito destruido por un pisotón, la hora del silencio, a la madrugada, en una calle del suburbio, un paso a nivel cerrado al tráfico, la calesita, las luces, el río, sol y pescados, una estación ferroviaria, un paseo dominical…cada uno de estos cuadros de la vida cotidiana tiene para el poeta una sugestión singular, un eco humano y simpático, que él expresa literariamente en una prosa sencilla, propia del diseño simple".

[73]Diario La Nación. Luces a la distancia. Por Manuel Alcobre. 26 de agosto de 1934.
[74] Revista La Literatura Argentina. Agosto de 1934.

Aníbal Ponce en Mundo Argentino[75] le realiza un comentario detallado: "Manchas rápidas, impresiones fugaces, poemas breves forman 'Las luces a la distancia' que el señor Alcobre se ha propuesto captar con una suave emoción, casi siempre melancólica. Observador sutil, ha paseado su lirismo por el campo fragrante, el pueblito callado, la ciudad rumorosa. Una canción, un grito, un crepúsculo, lo han detenido. Con el alma atenta se ha lanzado a apresarlos, y son esas 'luces' de colores e intensidades tan distintas las que han dado a sus páginas los reflejos líricos. Hasta dónde esa emoción, sin duda auténtica, ha encontrado la expresión cabal, el instrumento adecuado, no cuesta mucho decir. El género difícil del poema en prosa no es posible comprenderlos sino después de haber visto fracasar a más de un escritor de mérito. El tipo de impresiones que el señor Manuel Alcobre ha querido fijar en sus poemas, requiere no sólo la delicada elaboración mental que las arranque todo lo que hay en ellas de accesorio, sino además el dominio absoluto de los medios de expresión; condición esta última que si no se la posee, basta para comprometer definitivamente 'las filigranas que existen en las cosas'. El 'tedio sinfónico de los anfibios' (página 609 de que habla una vez; la 'realidad climatológica', página 99) a que se refiere en otra, bastaría para destacar lo que hay todavía en su prosa de duro y rechinante. Como la volanta rural que a fuerza de inclinarse hacia un lado y oro da la ilusión de que 'tuviera ruedas desiguales', algo hay también desnivelado en muchas de las páginas de este libro simpático, pero aún sin madurar".

En el año 1935 publica *Bajo el paraguas*[76]. Se trata de un relato del que había dado anticipos en el suplemento cultural del diario Crítica en el año anterior. Incluye en la primera parte: Bajo el paraguas; Esponja; En busca de un durazno; El jugador; Una aventura metafísica; La gracia y la fortuna. La segunda parte se titula Las "vidas lamentables" de Tulio Biton e incluye un prólogo y los capítulos de Diego Trémolo, Ancarsino Estrella, Adriano Navarejo, Marcos Antonio Zuabiairre de Landas Pardo, Guberto Grillo, Arsenio Panoplio, Baudillo Azulillo, Alberto Iparaqué, Sempronio Pitorri, Verilio Cantero, Palpicio Neurodino, Angelo Trabuconi, Octavio Lirondo, Anacleto Traila, Cirilo Gauriin, Demetrio Sarnadapoulos, Pietro Bonfiglio, Otto Lubbermann, Juan Dropico, Francisco Porrudo.

[75]PONCE, Aníbal. Hojeando los últimos libros. Manuel Alcobre: "Luces a la distancia". En Mundo Argentino. 2 de enero de 1935.
[76] ALCOBRE, Manuel. Bajo el paraguas. Bs.As., Tor, 1935.

Recibe un comentario favorable bajo el título: *El humorismo de Manuel Alcobre tiene una vigorosa realización en Bajo el Paraguas*[77]. Dice el crítico: "Manuel Alcobre posee extraordinarias condiciones de humorista que se revelan nítidas en su nuevo libro 'Bajo el paraguas'. No son todas humorísticas las notas de este libro. El propio autor divide el contenido del mismo en dos partes, una constituida por media docena de relatos, que, sin carecer de sutilezas, tiran marcadamente a la seriedad significativa; la otra, constituida por veinte retratos del más franco buen humor. Es esta segunda parte la mejor del libro, sin que tal afirmación implique el desconocimiento de la singular importancia de la primera. 'Las vidas lamentables del Tulio Biton', titula Manuel Alcobre la segunda y mejor parte de su libro. Se trata, en realidad, de veinte vidas diferentes que pudieran atribuirse aun mismo tipo, o más bien, de veinte aspectos de una misma vida. Una vez es Ancarsino Estrella, el madrileño inmigrante que ayunó como Gandhi, pero que, por haber ayunado en calidad de cesante, en vez de concluir en la celebridad, concluyó en la tuberculosis. Otra es Guberto Grillo, el destructor implacable, que le quita el viento a la veleta de la azotea metiéndola en el sótano y que le pega en la cabeza un martillazo al gato para quitarle una de las siete vidas. Otra vez es Arsenio Panoplio, el hombre afectado de pereza constitucional, que hasta para morir tuvieron que abrirle la boca, pues de otro modo no hubiese podido dar el último suspiro. O Sempronio Pitorri, que cuando descubrió que el problema estaba, no en estar vivo, sino, en ser vivo, se murió. O Verilio Cantero, que nació sin piernas, ganó para ponérselas postizas, se las quitó, volvió a su patín, y un día se arrojó bajo un auto, el cual lo despidió entre las cuatro patas de una mesa de café. O, en fin, Angelo Trabuconi, peluquero italiano, que afeitando un día a un cliente, como éste le contradijese, le quitó el uso de la palabra, junto con la cabeza. Un humorismo generalmente cruel pero de fuerte cuño, trasunta este libro de Manuel Alcobre. No se parece al humorismo habitual de nuestra literatura más bien picaresca cuando quiere ser humorística. Suele ser el humorismo del 'calembour', pero tras el cual se esconde casi siempre un problema

[77] FULANO DE TAL. Sección hablan los libros. El humorismo de Manuel Alcobre tiene una vigorosa realización en "Bajo el Paraguas". No hemos podido identificar el diario ni la fecha exacta.

perfectamente serio, como puede verse en los pocos ejemplos que hemos dado. El excelente poeta que realizó los admirables versos de 'Poemas de media estación' y 'Paisajes civiles? Muestra en 'Bajo el Paraguas' una nueva faz de su espíritu. Prosa correctísima, estilo límpido, original temática, así en los cuentos como en las 'Vidas lamentables', son las cualidades salientes de de este libro, con el cual Alcobre aporta a las letras nacionales una calidad de 'humour' sutil y noble, no ejercido aún entre nosotros, o ejercido equívocamente. La personalidad literaria de Alcobre, ya destacada, adquiere vigoroso relieve con 'Bajo el paraguas'"

El diario La Razón[78] comenta: "Con una cubierta modernista en colores, edición de Tor, formando un volumen de 130 páginas, acaba de aparecer un nuevo libro de Manuel Alcobre, el inspirado poeta de 'Paisajes civiles' y 'Poemas de estación'. Esta nueva obra de Alcobre está formada por un conjunto de relatos y estampas humanas, y es el segundo libro de prosa que publica, pues no hace mucho dio a luz unas páginas discretas bajo el título de 'Luces a la distancia'. Si hemos de comparar la nueva producción de Alcobre con la anterior, debemos decir con justicia que este autor ha realizado apreciables progrsos. 'Bajo el paraguas' –título del primero de los relatos del libro que nos ocupa- se lee con interés porque a la amenidad de los diálogos y a la originalidad de los argumentos se une el claro y atrayente estilo en que está escrito".

Lorenzo Amaya[79], en el diario Argentina Austral, le dedica el siguiente comentario: "Este libro…constituye en el fondo una recopilación de páginas que el autor ha compuesto, con cierta 'unidad' de propósitos, al margen de su labor periodística. Seis relatos –cinco de ellos trágicos- integran la primera parte. Veinte 'apuntes' –trágicos en su totalidad- contiene aquella segunda porción del libro. Podremos, acaso, disentir con ciertos aspectos formales o sobre la índole moral de esos relatos, sobre el dudoso buen gusto de algunas citas o acerca del amargo pesimismo que campea en todos los finales, productos tal vez de una 'manera' espiritual, de la que el autor debiera liberarse; pero sería impropio negar que en todas esas páginas hay una indudable gracia descriptiva, estilo personal, cierto 'humour' que por instantes adquiere el rango intelectual de la ironía, es flor de la inteligencia a que aludía Anátole France…'Bajo el paraguas' es la obra inquieta y vivaz de un espíritu culto, capacitado para mayores esfuerzos en el campo de las letras, que ha de ofrecernos en hora próxima –al margen de toda tendencia pesimista- un libro que acredite y consolide su ya promisoria personalidad".

En el Diario *La Nación*[80] le dedican un comentario, en la sección bibliográfica, con aires de ataque personal: "De seis relatos y veinte 'vidas lamentables' consta el último libro de don Manuel Alcobre. Son relatos impregnados de un acre sabor de sarcasmo; son vidas de tarados, vidas que fluctúan entre el tugurio y la cárcel, el antro y el hospicio. Terminan las más en episodios de crónica policial: el crimen, el suicidio, la muerte por inanición. Este prurito catastrófico asigna monotonía al libro del señor Alcobre. De antemano se sabe cuál será el fin de la macilenta humanidad trashumante que nos presenta. La describe con fría objetividad. No gusta de indagar en los meandros de sus almas torvas. Fáltanle al libro, por lo tanto, hondura psicológica y

[78] Diario La Razón. Acaba de aparecer. "Bajo el paraguas". Por Manuel Alcobre. 5 de febrero de 1936.
[79] AMAYA, Lorenzo. En Argentina Austral. Sección bibliografía. s/f.
[80] Diario La Nación. Bajo el paraguas. por Manuel Alcobre. s/f.

palpitación humana. El carácter de sus personajes es descripto en función de las peripecias de sus vidas. Peripecias de toda índole que revelan en el autor de 'Bajo el paraguas' fértil inventiva. Las narra en forma suscitan, pero cargada de sugestiones con sobria eficacia de narrador experto. La precisión, la brevedad, son los dos méritos más aparentes de 'Bajo el paraguas'. bástanle pocas frases al señor Alcobre para trazar sus personajes. Tiene el don de la síntesis. Y ese sentido de la sugestión esquemática unido al carácter de sus personajes lo convierte en cierto modo en un discípulo de Francis Carco. El Carco de las viñetas del bajo fondo parisiense, de las aguafuertes magníficas de 'Coin des rues'. No posee por cierto nuestro compatriota la sensibilidad poética ni la sagacidad psicológica que han hecho del autor de 'Jesús la Caille' el maestro indiscutido de la literatura del hampa. Su influencia, por otra parte, no parece ejercer sobre él en forma directa. Se diría que le llega a través de la obra de dos jóvenes escritores argentinos –hermanos por más señas-, que se han especializado en pintar a los desechos sociales de Buenos Aires. Las 'vidas lamentables' del señor Alcobre se asemejan en el fondo y en la forma a los sugestivos relatos que integran un libro reciente de uno de los aludidos escritores y su afición desmesurada por el uso del retruécano parece inspirarse en la habilidad del otro de los jóvenes escritores a que nos referimos en el manejo de ese juego del ingenio. Pero lo que es motivo de diversión –chascarrillo sutil- en el periodismo popular, mal puede cobrar la categoría de recurso literario en el prestigio del libro. Máxime cuando se abusa en tal forma del juego de palabras que por momentos parece que para el señor Alcobre todo el humorismo se reduce a esa suerte de piruetas verbales. Por eso el humorismo de 'Bajo el paraguas', no obstante su intención corrosiva, más de una vez resulta francamente pueril. Hechas estas objeciones –y otras que podríamos añadir respecto a ciertas impulcritudes del estilo- agreguemos que el libro del señor Alcobre revela a las claras- como ya dijimos- condiciones de cuentista que permiten esperar de su ingenio relatos sabrosamente madurados".

Alcobre reacciona pidiendo la publicación de una Solicitada en el Diario Crítica como respuesta[81]:

SOLICITADA

Señor Director de Crítica.

Ruego a usted la publicación de las presentes líneas:

"En La Nación de ayer apareció una nota referente a mi libro 'Bajo el paraguas'. contrariando mi temperamento, voy a responder a ese comentario, no tanto por lo que simula tener de nota bibliográfica, como por lo que tiene de brulote personal.

"Comienza el 'crítico' anónimo citando los seis primeros relatos del libro, acerca de los cuales no abre opinión, y luego se detiene en el examen de las veinte 'vidas lamentables' que cierran el volumen. Afirma que son 'vidas de tarados, vidas que fluctúan entre el tugurio y la cárcel, el antro y el hospicio'; que 'terminan las más de las veces en episodios de crónica policial: el crimen, el suicidio, la muerte por inanición'. Y frente a esa serie de circunstancias trágicas, que conmueven la

[81] Solicitada. Archivo Manuel Alcobre. Transcribo el borrador.

fina sensibilidad del comentarista, sólo se le ocurre decir que son…'monótonas'. Es posible que el gacetillero, habituado a la lectura de cuentos para niños, haya querido hallar entre mis personajes alguno que resultara casándose con la princesa y que luego ambos vivieran felices. Pero ese final de aventura, evidentemente muy simpático, no podía ser el epílogo de unas 'vidas' que por algo han sido calificadas de 'lamentables'.

"Más adelante trata de encontrarme antecesor literario. Recuerda al francés Carco y, sin mayor reflexión, le atribuye influencia magistral sobre las 'vidas lamentables' pero de inmediato se arrepiente y dice que no, que la influencia de dicho autor debo haberla recibido 'a través de la obra de dos jóvenes escritores argentinos –hermanos, por más señalas- que se han especializado en pintar los desechos sociales de Buenos Aires'. Y agrega: 'Las vidas lamentables' del señor Alcobre se parecen en el fondo y en la forma a los sugestivos relatos que integran un libro reciente de uno de los aludidos escritores?. Por lo que respecta a Francis Carco, 'el maestro indiscutido de la literatura del hampa', según el gacetillero, me limito a declarar que no conozco su obra: nunca me ha interesado el hampa ni los hampones que la explotan literariamente, que se deleitan con su literatura o que la citan como ejemplar. En cuanto a los 'dos jóvenes escritores argentinos', traductores, imitadores, o plagiarios de Carco, según también lo sugiere ingenuamente el sueltista, los conozco personalmente y no he leído ni leo lo que escriben, porque desde hace tiempo tengo resuelto aprovechar mis horas de lector en forma que me rindan alguna utilidad espiritual o intelectual. No me sorprende, sin embargo, que mi libro se parezca al reciente de uno de esos escritores. Se que ese 'joven escritor argentino' ha tenido siempre muchos parecidos entre los escritores del país y del extranjero. Como todos los grandes genios es imitado. Así, por ejemplo, en el caso del audaz Ramón Gómez de la Serna, que publicó una serie de motivos de lombrices solitarias, tomándolos de cierta obra que el escritor de marras dio a la prensa ocho o diez años después. Y así también el caso mío, que he tenido la desfachatez de imitar el mentado 'libro reciente', con relatos biográficos que aparecieron –dos de ellos- en 1930, en el diario 'La Opinión', que dirigió Alfonso de Laferrere, y algunos más en Crítica, a principios de 1933. Pero la imitación en que todos estamos empeñados no se limita a la obra literaria de ambos hermanos, sino que se extiende a su labor periodística. Por eso se reproducen en números de Crítica que datan de dos años atrás, humoradas e ingeniosidades que uno de esos inocentes escritores publica actualmente, con un ligero disfraz, en su sección humorística de un diario de la tarde.

"Pero tendría mucho que escribir para responder a la nota de 'La Nación'. Porque mi libro, lleno de defectos, ha merecido en ese diario, donde el espacio no parece escasear, mayor extensión que la dedicada en la misma página a elogiar un libro de Manuel Gálvez. Sólo diré que no debió omitir la transcripción de 'ciertas impulcritudes de estilo' que se señalan sin presentar la prueba correspondiente, y que pudo salvar la imprudencia de llamar 'piruetas verbales' y 'retruécanos' indignos de 'categoría literaria en el prestigio del libro', a una suerte de artificios dialécticos que hicieron y continúan haciendo la gracia, la frescura y hasta la hondura paradójica de la más estupenda crítica social y de costumbres que existe en todas las literaturas. Me refiero al 'Criticón', de Gracián.

“En definitiva, debo reconocer que la nota no ha sido negativa y estéril en absoluta: ella me ha hecho advertir que, en las ‘vidas lamentables’ he omitido dos vidas por demás penosas. En una segunda edición del libro he de incluirlas. Ellas son las del gacetillero bibliográfico que desvirtúa su noble función, agazapado en el rincón del fracaso, en una redacción de diario, y la del escritor autointoxicado, que va a pedir al gacetillero el favor de que escriba contra el colega a quien odia y envidia. Y para que el final de esas vidas sea del gusto de ambos personajes y no les parezca ‘monótono’, he de realizarlo, usando una expresión familiar, con un ataque al ‘coco’, o, mejor dicho, con un ataque a la coca”. MANUEL ALCOBRE.

En la misma ubica su obra, muestra el origen de los materiales (publicados en La Opinión y Críticas años antes) y se desmarca de la crítica de plagio. Señala que no ha leído a Carco pero que conoce personalmente a los traductores locales, entre los cuales está el otro autor. De ese modo muestra que sus artículos son previos y fueron objeto de copia por el traductor local devenido autor.

Se aleja de la redacción del diario Crítica[82].

Sigue realizando colaboraciones para El Hogar: *Elegía de la noche y del alba*[83].

Publica en el mismo medio *Glosas de Buenos Aires*[84].

Publica el libro de poemas *Espuma en la arena*[85], en el año 1937.

[82] Diccionario biográfico contemporáneo. Personalidades de la Argentina. Bs.As., Veritas, 1948.

[83] ALCOBRE, Manuel. Elegía de la noche y del alba. Revista El Hogar. 6 de noviembre de 1936. Alcobre es ubicado entre los escritores que apoyan la causa de la República Española y una reproducción parcial del poema es citado en ese marco: http://impactoguerracivil.blogspot.com.ar/p/el-impacto-de-la-guerra-civil-espanola.html.
Binns reproduce el poema completo y señala que Alcobre sigue una línea prescindente acorde a la posición del medio conservador en que publica y, por ende, acorde a la del gobierno nacional. BINNS,N. Argentina y la Guerra Civil Española. La voz de los intelectuales. Madrid, Calambur, 2014. En:
https://books.google.com.ar/books?id=wmswDgAAQBAJ&pg=PT111&lpg=PT111&dq=binns+n+guerra+civil+espa%C3%B1ola&source=bl&ots=cv5bU_mmd2&sig=w64QCY_48BZqa1qNZsb1ZlED16U&hl=es&sa=X&ved=0ahUKEwiw_53N1bPSAhVKPJAKHaEtBeA4ChDoAQg2MAo#v=onepage&q=binns%20n%20guerra%20civil%20espa%C3%B1ola&f=false.

[84] ALCOBRE, Manuel. Glosas de Buenos Aires. Revista El Hogar. 12 de febrero de 1937.

[85] ALCOBRE, Manuel. Espuma en la arena. Bs.As., Librería del Colegio, 1937. Extensión: 101 Páginas. Reproduce el poema Elegía de la noche y el alba, colocando entre paréntesis: Guerra civil española, octubre 1936.

Con temas predominantemente marítimos se destaca el poema *Grumete en tierra*:

Choza de pescadores, de remendado techo,
como una abigarrada pileta de pinturas.
La chimenea, en trozos de artista insatisfecho,
borronea en el aire vacilantes figuras.

Junto a la puerta, el niño anima sus secretas
Ambiciones de mar, en juego de remadas
Sus brazos bronceados se mueven como aletas
Y sus cabellos brillan como escamas doradas.

La madre lo contempla con cara pensativa,
Acaso, cuando salga en viaje verdadero,
El mar se lo devuelva, sin barco, a la deriva,
Mecido en una ola su sueño marinero.

En el diario Crítica[86] anotan: "Un libro de poemas de noble factura es el de Manuel Alcobre, titulado 'Espuma en la arena'. En los poemas de Manuel Alcobre, recogidos en el volumen Espuma en la arena' de reciente aparición, encontramos una realidad formal a la que los poetas modernos nos tienen desacostumbrados. Y decimos realidad, ya que Alcobre busca, no esa plasticidad continuamente creadora, distinta en cada poema, sino la simetría visual con su indiscutible hermandad de música. Realidad es por su evidencia exterior y de primera vista. Pero Alcobre, que no es novicio en el verso, sabe que esta línea formal es una consecuencia de la paciencia o la habilidad el escritor. Sus poemas no son sólo esta experiencia de versificación, sino que encierran aquello que sin la estructura académica podrían asimismo existir. Pensamiento y calidad poética hay en sus poemas de 'Espumas en la arena', libro de madurez cordial. Alcobre llega a ese nivel de vida en que los ojos del hombre sienten que la venda cae, y la luz hiere ciegamente. Casi es natural

[86] Diario Crítica. "Espuma en la arena". 24 de julio de 1937. Incluye foto de Alcobre.

que la palabra adquiera en este tiempo un tono de gravedad sombría. Alcobre defiende su voz y apenas si insinúa una melódica melancolía que, lejos de empañar su verso pulcro, le da cierta elegancia otoñal. Esta ternura del canto, este fervoroso deseo de hacer grata hasta a pena, es una de sus características de escritor que ya lleva acreditado su nombre con producciones superiores. Catorce de los primeros poemas del libro, responden a un mismo clima. Alcobre ha tomado como eje de estos poemas el mar. Pero no el mar como motivo epopéyico, sino en detalles de vida que giran alrededor de su grandeza. Sin intención de elevar el tono, más bien dejándolo en su vuelo tranquilo, el poeta de 'Espuma en la arena' se inclina a lo legendario. Así pasan por sus cuarteras muchas de las figuras heroicas del mar, pero tomadas como recuerdo: 'Grumete en tierra, 'El pescador de tesoros', 'Viaje de pesca', 'Fantasía del mar' y otros se corresponden entre sí dentro de esta atmósfera especial. Alcobre atempera sus imágenes hábilmente y a la niebla marina corresponde su niebla de añoranza, en la que está envuelta cada una de estas composiciones. 'Espuma en la arena' tiene varias divisiones, tales como 'Otros poemas', 'la tierra' y 'Las estaciones'. En la segunda de estas divisiones merece señalarse 'Viñetas del estilo', poema de cuarenta estrofas impecables, en que Alcobre refleja en imágenes a menudo sabrosas, la realidad campesina, su paisaje y sus seres. Es una composición de tono sostenido, rematada en cuatro renglones de apagado e íntimo matiza. Nueve sonetos y un poema en alejandrinos –metro que el autor maneja con soltura, - componen la subdivisión titulada 'Las estaciones'. La canción adquiere en estas páginas finales una tonalidad filosófica. Hay un intento de describir la naturaleza a trechos, frustrado por la tristeza individual que se entremezcla a la claridad del canto. De ello resulta una materia cálida y noble, en la que está el paisaje y el hombre hermanados como en la vida. Señalemos, para terminar, el sostenido impulso de este libro, realizado con extraordinaria discreción artística. Ni propósito de ser original, ni vulgaridad en ningún momento. La naturalidad es permanente en él, tanto como sus cordiales virtudes. La carátula es de línea moderna y resume en su composición la atmósfera de los primeros poemas de libro. Ha sido realizada por Guevara".

El diario La Nación[87], cubre de este modo la salida del libro: "Subordinados como están los motivos inspiradores a los límites del título, es ya holgada posesión de recursos el carácter de los temas que contiene el primero de los capítulos de este libro. El dominio de la versificación, cuando está dirigido por la serenidad artística, es por sí solo signo de plácida creación artística, en la que cabe toda la riqueza de la diversidad. Particularidad muy digna de elogio es su fuerza pictórica cuando compone los retratos que sustentan un gran vigor humano. Originado en la figura, va desenvolviendo el tema con maduro ejercicio de lo que es la exactitud poética, cuando, además, la realzan la expresión sobria y la mansedumbre de la dulzura que proviene de la aceptación de la vida, sin lamentar su dureza. Para cumplir esa finalidad estética ha sentado en la ribera al viejo pescador que añora sus años mozos y la faena bravía de aventurarse en las permanentes acechanzas del piélago próximo. Las olas, mecidas morosamente, van despertando con suavidad melancólicos recuerdos en los ojos de la estampa. Y ella cándida expresión del colorido, es quien evoca:

[87] Diario La Nación. "Espuma en la arena". Por Manuel Alcobre. 25 de julio de 1937.

En tregua de ventiscas y de soles,
activo de recuerdos, silabea
un nombre que no suena ya en la aldea,
¡Ah, el mar!...Antes o después,
bajo las olas. ¡Ah, el mar!
Grandioso y bello como es…

"Y el mar es tema y es símbolo de infinito. Por eso dice el alma que lleva consigo: 'tú y yo en la orilla, sin velas y sin remos'. 'Dejemos en la tierra nuestras formas humanas'.
Y por el mar y sus recuerdos va la frágil nao del poeta, con descuido de las ondas procelosas, hacia las playas donde las almas esperan el mensaje redentor para descifrar el enigma del sino. Y luego anta a Iberia y admira a Don Rodrigo, mientras florece la música del estilo que ha de formar en el poema la bizarra gaucha. Homogéneo el lirismo de este libro en sus variadas páginas, es síntesis de su bella índole la composición final, que describe la ternura esencial de sus concepciones:

Por un momento abrigo una esperanza vana:
¿Si ella apareciera de nuevo en la ventana?...
Más ya pesas, invierno, en mi como en la calle;
inhumas el pasado bajo el presente vivo,
bien sé que me aludes con el sutil detalle
de las ramas movidas en signo negativo".

En el diario La Prensa[88] comentan la salida del libro: "Composiciones de diverso ritmo pero agrupadas en torno a temas homogéneos contiene el volumen de versos de Manuel Alcobre titulado 'Espuma en la arena'. Los primeros catorce cantos agrupados bajo la denominación que da título al libro, son motivos del mar, pequeñas viñetas en que aparece una choza de pescadores, o las barcas que vuelven cargadas de peces o el hombre que descansa en la orilla y fija su mirada en las aguas lejanas. La predilección de Manuel Alcobre por el motivo marino se expone en versos de expresión similar, entre los cuales se destacan por sus valores los titulados 'Grumete en tierra', 'Juegos de playa', 'Día de borrasca' y 'Museo marino'. Ensaya también el autor poemas de larga extensión, como el que llama 'Viñetas de un estilo' que reproduce con vivo colorido las características del campo, y frecuenta la zona del soneto en versos dedicados a 'Las estaciones'. Estas composiciones, que cierran el volumen, evidencia una facultad de sentir la presencia cambiante de la naturaleza y el regocijo de su compañía. No lleva el autor la intención de extraer conclusiones morales de sus cantos. Prefiere la descripción, tanto más detenida cuando más oportunidades ofrece en torno suyo la vida natural, y cuando cultiva la narración son casi siempre acontecimientos de la naturaleza los que tienen cabida en su relato. Manuel Alcobre, que ha publicado dos libros en prosa, 'Luces a la distancia' y 'Bajo el paraguas', tiene editados también dos volúmenes de versos, 'Paisajes civiles' y 'Poemas de media estación'".

Ventura Chumillas, en el Diario El Pueblo[89], realiza el siguiente comentario de *Espumas*…bajo el título "Espuma en la arena", obra de un poeta descripcionista: "Manuel Alcobre ha publicado, no hace todavía mucho tiempo, un libro. No es un novel escritor el señor Alcobre: tiene publicados ya

[88] Diario La Prensa. "Espuma en la arena". Por Manuel Alcobre. 8 de agosto de 1937.
[89] CHUMILLAS, Ventura. "Espuma en la arena", obra de un poeta descripcionista. En El Pueblo. 17 de octubre de 1937.

otros libros: ‘paisajes civiles’, ‘Poemas de media Estación’, ‘Luces a la distancia’, ‘Bajo el paraguas’…Los libros de Manuel Alcobre están escritos, unos en verso y otros en prosa. El nuevo libro es de versos y lleva por título ‘Espumas en la arena’ –que es también, según acabo de decir, el título general del libro- ‘Otros poemas’, ‘La tierra’ y ‘Las estaciones’. En la primera, que es donde el autor ha agrupado mayor número de composiciones, los motivos de éstas son todos motivos marinos, atañentes, directa o indirectamente, a marineros, pescadores, escenas y cosas del mar. En esta primera y más extensa parte de las otras tres partes, se advierte que Manuel Alcobre se ha propuesto, más que comunicar ideas, dar sensaciones. Y lo ha conseguido. Es Alcobre un escenógrafo vigoroso; hay fuerza plástica en sus pinturas literarias. El paisaje, el color y la línea son su constante musa inspiradora. Observa con agudeza y exactitud la objetiva realidad, y sabe expresarla siempre con pinceladas firmes e impresionantes. Posee Manuel Alcobre un temperamento de poeta descripcionista. Mucho más que lírica, es poesía pictórica la suya. Son casi todas sus composiciones pequeños cuadros literarios llenos de colorido. No resisto a la tentación de tomar al azar una de las poesías de Alcobre y transcribirla, como muestra del valor pictórico e interpretativo de este poeta. Léase la intitulada ‘Atardecer’ que traslado a las cuartillas en forma de prosa para no llenar demasiado espacio en el periódico: ‘Gradación de colores y luces, en la hora en que el paisaje duda entre el día y la noche. Bajo indecisas sombras el campo se desflora y en cada chimenea danza un vago fantoche. Absorta vaca mira el sol semiinhumado, que le viste con medias de raso cada pata. Viva estatua bucólica de metal argentinado: si la ordeñan ahora dará leche de plata. Crepúsculo de escena. Mutación de telones. Entra una lugareña con rústico decoro. En el nido dorado de un cesto de limones, transporta la gallina de los huevos de oro. El paisaje es ahora un lago de espejismo. La vaca mira al suelo. Parece que se asombra. Acaso reflexione que no es su cuerpo el mismo, pues, muerto el sol, la luna ha cambiado su sombra’. Como ‘Atardecer’ son casi todas las composiciones de ‘Espuma en la arena’. En ellas hay observaciones originales, rasgos de ingenio, símiles e imágenes felices. Tal vez Manuel Alcobre no sea solamente un poeta colorista: barrunto que es también un poeta lírico, un soñador sentimental, un emotivo, un sentidor subjetivo; pero en ‘Espuma en la arena’ da, principalmente y sobre todo, la nota descripcionista. Por lo que se revela en este libro, el señor Alcobre parece ser que concentra todo el valor de la poesía en las objetivas descripciones. No parece sino que, para él, fuera una verdad indiscutible la famosa sentencia ‘ut pictura poesis’, que ha sido fundamento de sendas escuelas de poesía y que, como he expresado en alguna otra ocasión, yo creo que es falsa, como no se limite mucho y no se hagan muchas salvedades y restricciones. Hay poesía meramente descriptiva, como hay pintura de paisaje; pero la poesía debe, principalmente, describir, no ‘lo que se ve’, sino las ideas, los sentimientos y emociones que ‘lo que se ve’ sugiere en los profundo del alma. Por lo que a la forma atañe, Manuel Alcobre sabe poner en sus composiciones una discreta apacibilidad de tonos; se atiene, por regla general, a las particularidades técnicas de la métrica, y no descuida nunca la difícil labor del ornato rítmico. ‘Espuma en la arena’ es un libro de versos que se lee con agrado”.

Recibe un comentario en la revista Argentina Austral[90] en la que había anticipado el poema *Museo Marino*: "Valga esta mención para aquilatar los valores del poeta, que acaba de darnos una prueba más definida de la sensibilidad de su espíritu, de la fuerza y belleza de su expresión y de la justeza de medida y cadencia a que debe sujetarse el verso. Queda dicho con esto que Alcobre se ha superado; que ha logrado así lo que afanosamente viene persiguiendo desde sus primeras incursiones por el campo de la literatura, empeño del que, por otra parte, no solamente triunfan los que lo desean, sino los que, además, reúnen suficientes condiciones para ello. Dentro de su estilo, de su originalidad y de la personalidad literaria que Manuel Alcobre está modelando, cabe destacar las aptitudes que muestra como paisajista, título al cual no puede aspirarse sin la plena posesión de la belleza descriptiva y de la fuerza de expresión".

En El Diario[91] le dedican la siguiente nota: "Manuel Alcobre, el culto y delicado poeta de 'Paisajes civiles' y 'Poemas de media estación' acaba de dar a la estampa un nuevo libro de versos titulado 'Espumas en la arena', con carátula primorosamente ilustrada por Guevara. Este nuevo libro marca una superación en la labor poética de Alcobre. El es de los poetas nuestros que han logrado aunar las formas clásicas de la versificación con la frescura de imágenes nuevas: vino nuevo en odres viejos. Y de esta amalgama mucho ha ganado su poesía. Ritmo ágil y armonioso, riqueza de rimas, belleza de expresión, lirismo delicado, adjetivación ajustada y expresiva, figuras hermosas por sencillas y acertadas; esto basta para definir a un poeta de verdad. Como lo adelanta el título, este poemario de Manuel Alcobre canta las cosas del mar. Leyendo sus sonetos se siente latir en sus estrofas la subconsciente angustia que atenacea a los marinos ante la aterradora fuerza del mar y la pequeñez humana.

Choza de pescadores, de remendado techo,
como una abigarrada paleta de pinturas.
la chimenea , en trazos de artista insatisfecho,
borronea en el aire vacilantes figuras.

Junto a la puerta, el niño anima sus secretas
ambiciones de mar, en juego de remadas.
sus brazos bronceados se mueven como aletas
y sus cabellos brillan como escamas doradas.

La madre lo contempla con cara pensativa:
Acaso, cuando salga en viaje verdadero,
el mar se lo devuelva, sin barco, a la deriva,
mecido en una ola su sueño marinero.

Esa zozobra constante en que viven los hombres de mar se repite como un obsesionante estribillo en la mayoría de los poemas del volumen y da motivo al poeta para decirnos cosas bellas.

Moza costera aguarda al prometido,
pensando que lo hechiza una sirena.
Las sirenas malignas han nacido
del corazón de una celosa en pena.

[90] Argentina Austral. Sección bibliografía. Espuma en la arena. Manuel Alcobre. Año 1937.
[91] El Diario. "Espuma en la arena" por Manuel Alcobre. 29 de agosto de 1937. Incluye foto de M.Alcobre.

“Y con igual categoría artística nos diseña en pocos trazos paisajes marinos que su imaginación realza con observaciones encantadoras:

Ola encumbrada: si se queda quieta,
acaso un alpinista de alma apronte
su cuerda, su bastón y su piqueta
para escalarla cual si fuera un monte.

Ola cuya traición es un adagio,
y, no obstante, al caer sobre la barca,
¿quién sabe si su intento es de naufragio
o sí, cansada de rodar, se embarca?

“Otros poemas del libro tienen un fuerte sabor a campo, donde el maizal y el arroyo, y la vaca, y las violetas y los zagales quedan suspensos ante la sugestión de los crepúsculos de cielo purpurino. Algunas veces entrelaza en sus versos descriptivos la flor de una reflexión, simple y bella como ésta:

Miro el árbol con signos prematuros de anciano
y veo que se inclina con sutiles señales…
¡Ah! La ciencia es librar de hojarasca el verano,
como el árbol que aventa las hojas otoñales.

“Correcto en la expresión de las imágenes, Manuel Alcobre nos las dice sin audacias y con sencilla belleza:

Un chalet tiene un cuadro de niña en la ventana,
o

El buzo, que posee alma anfibia, se encierra
en la escafandra y queda enlazado a la tierra
como el hijo a la madre
al iniciar su vida.

“Libro de mucha calidad artística, posee numerosas vetas más que este comentario no puede abarcar. Manuel Alcobre se revela, una vez más, un poeta de fina sensibilidad, poseedor de un léxico rico y lleno de matices, condición esencial para embellecer de armonía el lirismo que fluye de su alma como de un venero cristalino y lleno de frescor”.

Tirso Lorenzo, en el diario Mundo Argentino[92], le dedica este comentario: “Tres grupos de poemas, todos ellos inspirados en motivos de la naturaleza, componen este nuevo volumen de poesías de Manuel Alcobre, cuya activa labor poética comprende ya el acervo de cinco volúmenes de verso y

[92] LORENZO, Tirso. Espuma en la arena, poemas, por Manuel Alcobre. Diario Mundo Argentino. 15 de septiembre de 1937.

prosa poemática. La primera parte de 'Espuma en la arena' está consagrada a motivos marinos. El mar con sus múltiples fascinaciones le inspira una serie de poemas breves, y es admirable la serenidad de espíritu con que el panorama múltiple del proceloso, ya en su magnitud fantástica o bien en algunos pequeños detalles que dibujan pintorescamente la vida marinera, promueven la exaltación del poeta arrancando a su sensible imaginación expresiones de honda efusión contemplativa. En la parte del libro titulada 'La tierra' se halla perenne la emoción del poeta, noblemente exaltada en todas las páginas del libro. Los sonetos dedicados a las estaciones del año son de factura clásica, de una encomiable perfección y muestran un temperamento lírico disciplinado en los mejores modelos de la lírica castellana, ricos en imágenes serenas y finamente inspiradas, exentas de ese rebuscamiento moderno que ha malogrado a muchos poetas, porque nada tienen generalmente que ver ciertas audacias con el arte de la emoción ni con las reales y espontáneas efusiones del espíritu. En un poema intercalado, 'Elegía de la noche y del alba', el poeta canta a la 'Iberia' envuelta en la gesta de la guerra civil, y tiene sentidas inspiraciones para la grandeza de su futuro. Si algo hemos de observar en este volumen de poesías de finos y preciados quilates, es el empleo reiterado del alejandrino que, aun manejado con destreza, abruma, para nuestro gusto, un tanto de monotonía el conjunto. Artísticos dibujos de Guevara ornan las tapas del elegante volumen".

Envía un ejemplar del libro a Ricardo Rojas quien acusa recibo de puño y letra deseando "… augurios cordiales para el buen éxito de su labor literaria"[93].

En el año 1938 continúa con sus colaboraciones en el diario El Mundo[94], aunque le rechazan un proyecto de sección[95].

Participa en Caras y Caretas con *Invernal*[96] y en Mundo Argentino con *La última tournee*[97].

Publica en la revista *La estampa* el cuento *El hombre que perdió el paraíso*[98].

Por este tiempo se vincula con la Asociación del Trabajo, trabando relación con Joaquín de Anchorena.

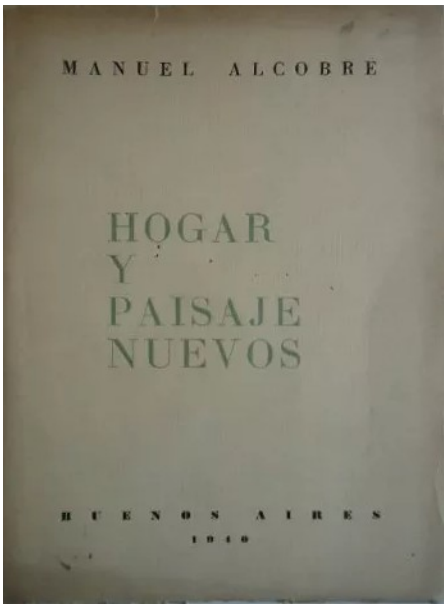
En febrero de 1940 publica en la Revista Estampa[99] un breve cuento con el título *El hombre que se casó con un recuerdo*.

Publica en el Diario La Nación el poema *Iniciación Serrana*[100].

---

[93] Ricardo Rojas a Manuel Alcobre. Carta del 5 de julio de 1937. Archivo Alcobre.
[94] ALCOBRE, Manuel. Oropeles del tesoro. En Diario El Mundo. 20 de agosto de 1938. Hombres para los puestos. En Diario El Mundo. 28 de septiembre de 1938.
[95] Carta del Director del diario El Mundo a Manuel Alcobre. 30 de julio de 1937. "Con respecto a la sección que ud ofrece para este diario deploro no poder aceptarla por cuanto, la falta de espacio, me impide aumentar el actual número de secciones fijas".
[96] ALCOBRE,Manuel. Invernal. En Revista Caras y Caretas. N° 2074. 2 de julio de 1938.
[97] ALCOBRE,Manuel. La última tournee. En Mundo Argentino. 20 de julio de 1938.
[98] ALCOBRE, Manuel. El hombre que perdió el paraíso. Revista Estampa. s/f.
[99] LACOBRE, Manuel. El hombre que se casó con un recuerdo. En Revista Estampa. 26 de febrero de 1940.

Publica el libro de poemas *Hogar y paisajes nuevos*[101], en el año 1940.



En la Revista Estampa[102] cubren la salida del libro en la sección Artes y Letras, con un comentario extenso e incluyendo foto del autor y reproducción de uno de sus poemas: "Cuando el escritor es un humorista, no tiene más camino, para su pureza, para ese sentimiento decantado y sereno que todos llevamos –en mayor o menor cantidad- dentro de nosotros que el misticismo o la Naturaleza. El amor a Dios, a la contemplación beatífica de las cosas, tal como se presentan a la mirada del hombre, es lo único en que puede remansarse esa pureza interior. Alcobre lo entiende así, y por eso, cuando quiere poner alas a su canto, cuando quiere limpiarse de la convivencia diaria con cosas que lo deprimen o le arrancan un sarcasmo, se extasía ante la contemplación de la Naturaleza y le canta con su acento más personal y sentido. Esto es lo que ha hecho en el libro que comentamos, en 'Hogar y paisaje nuevos', y en todos sus otros volúmenes de poesía. Alcobre, buen catador de paisajes, busca y exalta los que se acompasan mejor con su íntima modalidad serena, colorista –con amplia paleta de matices-, soleada. Su libro es como un viaje emocionado a través de los árboles, cerros, montañas, arroyos, ríos, etc.. Refrescan el alma. En cuanto a la pericia de Alcobre como poeta, es tal que su verso, a pesar de lo trabajado que la sabe quién es capaz de penetrar en los secretos del 'oficio', parece compuesto sobre el mismo lugar que describe, cantado en el mismo momento de la inspiración, sin un retoque, sin una intercalación posterior. Poesía de poeta, que canta sin esfuerzo, y poesía de artista, que labra cuidadosamente sus versos hasta alcanzar con ellos toda la perfección de que es capaz. He aquí una muestra:

ARROYO VERTICAL

Haz de lluvia sin nubes. Salta de roca en roca.
va recogiendo chispas de arenas y cristales,

---

[100] ALCOBRE, Manuel. Iniciación Serrana. En Diario La Nación. 21 de julio de 1940.
[101] ALCOBRE, Manuel. Hogar y paisajes nuevos. Bs.As., 1940.
[102] Revista Estampa. "Hogar y paisaje nuevos". Poesías, por Manuel Alcobre. 20 de enero de 1941.

y al deshacer su urdimbre, con fino humor coloca
en las peñas hilillos de barbas patriarcales.

Cual un enorme vaso, se derrama en la cumbre.
baja en rauda carrera, primariamente rudo,
y en el último salto, blanco de mansedumbre,
se tiende a nuestros pies como un perro lanudo".

En el Diario La Nación[103] comentan de este modo el libro: "Se ve de manera indudable en estas creaciones poéticas la complacencia del autor en el trabajo del verso, aunque, ya en la madurez de la creación, acepta sin esfuerzo el precepto de no pulirlo con 'afán prolongado' para seguir la senda de Banchs y que sea el ritmo como paloma que se va de la mano. Domina el vocablo y lo dirige sin esfuerzo a la asociación armoniosa del verso. Diríase que no son temas, sino emociones, trocadas en imagen, como la del llano 'cansado de ser llano, que salta y se convierte en serranía'. Es la eminencia de la vida, la cima difícil que engendra la conciencia panorámica y excluye la visión primaria y disimula la inquietud pueril, para decirnos que el viento, tras muchos montes y fatigas, se filtra por las puertas 'como huésped que duda si la casa es amiga'. Son muchos los bosquejos, tantos como el acierto del apunte. Y hasta parecería preferido halago el esbozo esfumado, si o asomase la violencia dramática y hasta la vastedad del desarrollo poemático. Así es su facilidad narrativa en la procesión religiosa, a la que atribuye la presencia musical de quenas y violines, para concluir en la descripción realista que dicen los siguientes versos:

Ilusorio optimismo, caridad simple y buena
con que el sol atenúa, bajo amenos matices,
la congoja que fluye del alma de esta escena
donde todas las vidas parecen infelices.

Abuelos que aprovechan el día extraordinario
para ahuyentar las sombras de pretéritos lutos;
ancianos que recorren las cuentas del rosario
como si desgranaran sus últimos minutos.

Niños a quienes sólo la suerte calza y viste,
que marchan con un signo de espera en la mirada
y, tropiezo a tropiezo, meditan en lo triste
de esta fiesta piadosa, donde no sobra nada.

"Retiene el autor la fugacidad de muchas emociones literarias en páginas breves, agrupadas en los capítulos que titula 'Instantes', 'Existencias' e 'Imágenes del regreso'. Junto a la riqueza lírica que forman las páginas comentadas, cabe destacar en el elogio la estampa dedicada al boticario, en la que asoma, con las pintorescas líneas del prototipo, un atisbo satírico, que no endurece la tristeza de comprender la irrisión".

José Gabriel, [104]en el Diario Crítica, consigna: "La imaginación puede echar a volar y puede concentrarse. Para las dos aventuras necesita fuerza, de alas en un caso, de anclas en otro. Manuel Alcobre prefiere concentrar en las sierras, dispuesto a vivir su encanto rústico. Una

[103] Diario La Nación. "Hogar y paisaje nuevos", por Manuel Alcobre. 26 de enero de 1941.
[104] GABRIEL, José. Hojgar y paisaje nuevos. En Diario Crítica. 2 de febrero de 1941.

auténtica égloga, con paisaje y personajes auténticos y no convencionales como los de la égloga virgiliana y renacentista. Esta égloga es su último libro, 'Hogar y paisaje nuevos', denso de melancolía alegría serrana:

Despertar que desazona,
en hogar desconocida
impresión de haber perdido
algo de nuestra persona.

Mas nos anima el consuelo
de ver la nueva mañana,
diseñada en la ventana
con el viejo azul del cielo".

Tirso Lorenzo, en el diario Mundo Argentino[105], realiza esta reseña: "Sin profundidades cósmicas ni estiramientos retóricos, pero sí con es ejemplar serenidad de espíritu propicia a los amables y fecundos florecimientos de la sugestión lírica, el poeta se detiene en la contemplación extática del paisaje serrano y observa en su propio ánimo el ritmo de sus íntimas emociones. De ese sereno y espontáneo diálogo brota un acervo poético fresco y cautivador, por cuanto transporta a nuestro propio ánimo el eco de imágenes y acentos que nos ponen en fácil contacto con la visión y el sentimiento del poeta, asimilándolos con facilidad. Es la de Alcobre una poesía llana, reflejo de una sensibilidad suavemente comunicativa y cordial, que se place de la expresión diáfana, ennoblecida en su arte por la corrección clásica de su forma. No nos sorprende este simpático estilo, tan accesible, de Alcobre, porque es el mismo que en sus anteriores libros de poemas: 'Espuma en la arena', 'Poemas de media estación', etc., le impuso a la consideración de la crítica como uno de nuestros poetas más accesibles y mejor equilibrados".

DOCENCIA SECUNDARIA

Al igual que su amigo Rega Molina se desenvuelve como profesor en el nivel medio de la enseñanza. Debe tramitar la habilitación para el ejercicio de la docencia siendo que había completado hasta los estudios secundarios[106]. Comienza a trabajar en la docencia como profesor de Castellano y Literatura. Se desempeña en la Escuela Industrial de la Nación N° 8 de Capital Federal.

ALCOBRE EN LA CRÍTICA LITERARIA DE LA ÉPOCA

Juan Pinto en su libro de crítica literaria del año 1941, *Panorama de la literatura argentina contemporánea*[107], consigna en referencia a nuestro autor:

ALCOBRE Manuel:

[105] Diario Mundo Argentino. Hogar y paisajes nuevos, por Manuel Alcobre. Buenos Aires, 1940. 12 de marzo de 1941.
[106] Es habilitado a la docencia por el Decreto Especial del Poder Ejecutivo de la Nación del 7 de agosto de 1940. En FOJA DE SERVICIOS. Manuel Alcobre. L.E. 553.727. C.I. 1.648.273.
[107] PINTO, Juan. Panorama de la literatura contemporánea. Bs.As., Editorial Mundi, 1941. Pág. 20.

OBRAS:

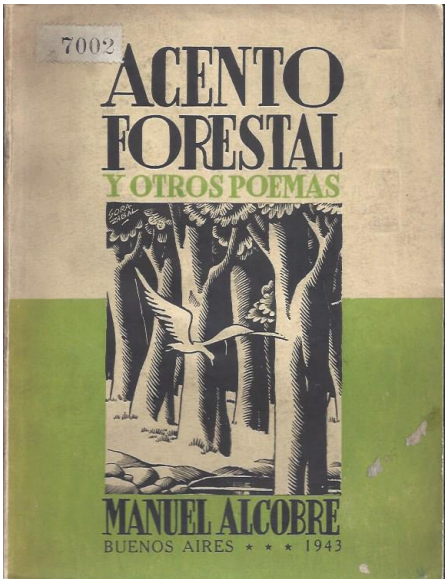
Poesía: “Paisajes civiles y otros poemas”, 1928. “Poemas de media estación”, 193. “Luces a distancia” 1934. “Bajo el paraguas” 1935. “Espumas en la arena” 1937.

JUICIOS:

Sobre “Espumas en la arena” dijo “La Nación”: “El dominio de la versificación, cuando está dirigido por la seriedad artística, es por sí solo signo de plácida creación artística, en la que cabe toda la riqueza de la diversidad. Particularidad digna de elogio es fuerza pictórica cuando compone los retratos que sustentan un gran vigor humano”. 23 de julio 1937.

GOLPE MILITAR DE 1943

Después del golpe de estado del 4 de junio de 1943, publica *Acento forestal*[108]. El libro se organiza de esta forma: Acento forestal (Norma; Los cedros del Líbano; Arboles de los caminos), Iniciación serrana (Iniciación serrana; Pueblo entre nubes; Nocturno; Alba), Divagaciones y pausas (La capilla del viento; Los polluelos de oro; Burrito de alquiler; Procesión; Agua de paz; Crepuscular; Paisaje en blanco nieve; Noche de hogar; Primavera; El buen árbol; Piedras en flor), Instantes (Casas de piedra; Alamos en otoño; Vertiente; Vacas en el corral; Aljibe colonial; El monte amigo, El alma de la leña, Hallazgo precioso; Arroyo vertical; Serenata), Existencias (El flautista; La frutera, El pobre afortunado; El boticario; El viejo zapatero; La anciana devota), Imágenes del regreso (Tren serrano; Altura piadosa; Estatua viva; El cerro y la nube).



[108] ALCOBRE, Manuel. Acento forestal y otros poemas. Bs.As., 1943.

El diario La Razón[109] cubre la salida del libro diciendo: "Sereno poeta del amor a la tierra, dice su canto con acento noble, en este libro de indudable belleza. Existe una virtud de ritmo armonioso y fuerte, que envuelve las palabras de hondo significado, que nos hace comprender que este 'cazador de reflejos' es 'un oyente alucinado del rumor de los pinos'".

En el diario El Pueblo[110], bajo el título *Aire didáctico*, José Gobel comenta: "En elogio de los árboles ha sido compuesto este libro, de aire entre didáctico y ditirámbico, en el que Manuel Alcobre va uniendo acentos y consonantes –perlas muy cambiantes y de precio disímil- en un hilo sutil. Alma enamorada de la serranía y del paisaje vasto, dejan para las carillas postreras la canción campesina y abre en cambio el volumen con una larga serie de pareados –que nos recuerdan tal vez la sonora voz de Guillermo Valencia- dedicados a los cedros del Líbano, humanizados –o divinizados- ya tantas veces y convertidos en potentes y benévolos semidioses de una mitología convencional. Después va afinándose el canto para el elogio del llano que 'cansado de ser llano salta y se convierte en serranía'. Monótona como es, tranquila y sin sobresaltos, la paz mansa y adormilada del paisaje inspira a Manuel Alcobre bellos versos. Muchas son las figuras que se espejan en la retina del poeta y se ubican de un brinco en la página blanca. Hay burritos amables que retozan en la pedrisca 'como colegiales en el recreo', niños ' a quienes sólo la suerte calza y viste', una lluvia amiga entre triste y jovial, un 'buen sol' que todo lo trueca en oro y muchas otras cosas que Alcobre descubre fruitivamente. Ya para entonces ha perdido el libro su 'acento forestal' y ha ganado, en cambio, en emoción sencilla, en belleza de forma. Al cabo, podría transcribir el poeta en la última página esta consoladora verdad, dicha con tan hermosas palabras, que cierra su 'Pueblo entre nubes'. 'Suerte impensada en el humilde viaje igual a la del pobre lugareño, que no posee nada, pero es dueño de cuanto puede ver en el paisaje'. Humilde y honda filosofía para ser explicada en verso. El libro todo no es sino una armoniosa paráfrasis de esta dulce sentencia".

Julio Garet Mas, en la revista Numen[111] de Uruguay exalta el libro: "'Acento Forestal' es, a fe nuestra, libro precioso que ha de revelarnos mucho todavía. Lo colocamos en el anaquel, al alcance de la mano".

En la Revista Estampa[112] señalan: "Manuel Alcobre conserva su sentimiento y su emoción al dar forma a los poemas que integran este último volumen bajo los epígrafes Iniciación Serrana, Divagaciones y pausas, Instantes, existencias e Imágenes del Regreso. Los poemas de Alcobre recogen la belleza de lo que es recuerdo o emoción sencilla".

En el diario Mundo Argentino[113] consignan: "No todas son piruetas de circo en el panorama de la poesía argentina. Tenemos, por ventura, poetas como Manuel Alcobre, autor de libros dignos, estremecidos de poesía de buena ley, que sin alharacas de ninguna especie vienen realizando una obra seria que ha de perdurar. Ya en sus colecciones de poemas publicados se había manifestado

[109] Diario La Razón. 30 de enero de 1944.
[110] Diario El Pueblo. Aire didáctico. Febrero de 1944.
[111] GARET MAS, Julio. Acento forestal y otros ensayos. En Revista Numen. Montevideo, marzo de 1944.
[112] Revista Estampa. N° 292. 27 de marzo de 1944. Incluye foto del autor.
[113] Diario Mundo Argentino. N° 1729. 8 de marzo de 1944.

como un ardiente y fino amante de la naturaleza. En Acento forestal y otros poemas ese amor panteísta se muestra aún con más vigor. Hay dos composiciones, especialmente, en este libro que descuellan tanto por su contenido como por su continente: son las tituladas Los cedros del Líbano, en armoniosos alejandrinos pareados, y Arboles de los caminos, en endecasílabos admirables tanto por su sonoridad cuanto por su riqueza de imágenes. El verso de Manuel Alcobre nos da la sensación de que surge del estro del poeta cabalmente logrado. No se advierte en él ningún esfuerzo, el menor artificio. Como ocurre con todo verdadero poeta, se nota que Alcobre escribe tan fácilmente en verso como el buen prosista en prosa. Ese es el signo de la verdadera vocación. Otra de las virtudes de este poeta que también muestra en este libro es el de la síntesis feliz. Nada más que con cuatro versos nos pinta un tipo, un paisaje, un estado de ánimo. He aquí dos de esas pequeñas joyas que el lector nos agradecerá la transcripción:

EL FLAUTISTA
"Noche a noche, en su rancho, con tristeza agorera,
gime sones extraños en la flauta cerril.
sentado sobre un poncho, como un indio en su estera,
a su lado se encanta la llama del candil.

TREN SERRANO
Alertas del tren, gritos repetidos
en múltiples escalas por el eco,
como si en cada hondura, en cada hueco
se hallaran otros trenes escondidos.

En la sección bibliografía del Diario La Nación[114] dicen: "Los árboles han medrado en altura y follaje, con opulenta aspiración de cielo. Pero sostienen su lozanía en la raíz añosa que perdura en la profundidad terrena. He ahí el símbolo, que está en el título del libro y en el poema inicial, obra de aliento y de madurez. En los 'Arboles de os caminos' prosigue el tema en el verso preferido, donde se advierte la exigüidad del dominio idiomático para la aspiración artística.

Arboles, ya cubiertos, ya desnudos
que en mis primeros viajes campesinos
vi quedar de facción en los caminos
temblorosos de inútiles saludos.

Los recuerdo tan simples, tan humanos
como los niños que en los terraplenes
malogran ante el paso de los trenes
los ingenuos adioses de sus manos.

"Pareciera que la generosidad pueril ha cumplido cabalmente su propósito que no podría malograrse, porque de suyo no esperaba correspondencia. Las pinturas de paisajes y de almas, bosquejos, y, a las veces, cuatro versos, como los titulados 'Tren serrano', que sugieren vastas concepciones de la inquietud de los lugareños ante el fugaz tránsito del soplo de la urbe. Por su pulcritud y la selección de recursos para suscitar la emoción del lector, cabe la mención de 'Pueblo entre nubes' y 'Burrito de alquiler', claras expresiones de destreza literaria".

[114] Diario La Nación. Domingo 12 de marzo de 1944. Está firmado por Emedé que podría corresponder a Eduardo Mallea.

En Crítica[115] aparece la siguiente reseña elaborada por P.González Carbalho: "La naturaleza ha sido siempre fértil camino de inspiración para el poeta. La historia de la literatura está llena de maravillosos ejemplos, especie de sombras tutelares, iluminando la voz de los cantores. Estos, ante el espectáculo del árbol, oyendo el mensaje eterno del agua, abandonan el lenguaje aprendido, se inician en simples mares de expresión que los tornan comunicativos y profundos. Manuel Alcobre no desmiente esta noble tradición. En versos regulares, en que predomina una bien administrada intención verbal, canta el espectáculo que descubrió en su infancia: 'El bosque me dictaba su lección de bella. Erigía cada árbol un maestro paciente que a intervalos llovía flores en mi cabeza- o con una familia me rozaba la frente'. Así, en imágenes surgidas, con emoción tranquila, con el ademán natural de quien abre una ventana, nos conduce a su fresco mundo de recuerdos, a sus andanzas por los huertos, presentándonos criaturas del campo que parecen alcanzar las nubes con la mano. Alcobre, acierta en el tono limpio, en la sobriedad expresiva, en la transparencia de sus frases líricas. Su libro conquista auditiva y espiritualmente, acercándonos un hálito de fragrante realidad en la forma de sus versos".

En Noticias Gráficas[116] comentan: "Todos los poemas de este libro trascienden una profunda devoción por la naturaleza. Los árboles, los campos, los ríos, la sierra, todo el vasto mundo externo que los sentidos pueden percibir y que este buen poeta que es Alcobre sabe traducir con fina sensibilidad y sugestiva frase poética, están presentes a lo largo de todas las páginas de su libro. La sensibilidad de este cantor de lo eterno e inmutable parece hecha para escuchar y comprender las voces de la creación. Es una facultad que ha nacido con él, según advertimos, y que ha acompañado sus primeros andares por la tierra. De ahí la honda y permanente influencia de todos esos magníficos elementos poéticos en su obra. Los versos de 'Acento forestal y otros poemas' tienen fluidez y belleza. Destácanse en primer término los que dan título al libro, tres poemas iniciales, y entre ellos el denominado 'Los cedros del Líbano'. Prefiere el autor de este buen libro de versos –madura y depurada expresión- el dodecasílabo, que utiliza para sus mejores poemas. La esmerada edición pertenece al autor".

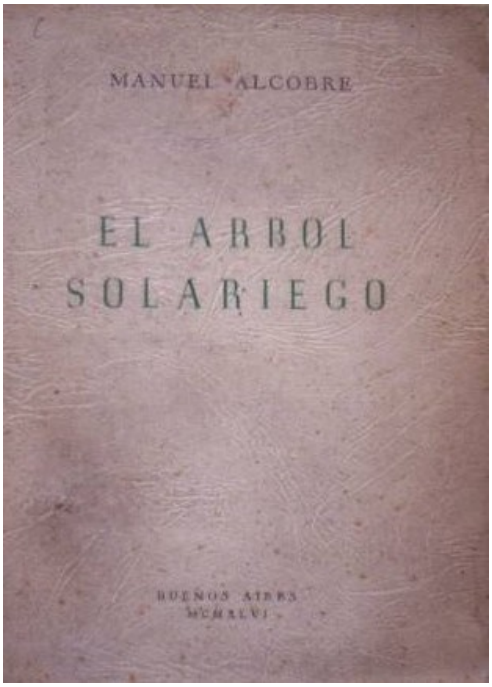
IRRUPCION DEL PERONISMO

Alcobre continúa con su tarea en el periodismo y la docencia. Sigue los pasos de sus amigos y compañeros de labor del diario Crítica en el orden político[117]. Mantiene contactos y colabora con los sectores intelectuales afines a la causa republicana española[118].

En octubre del año 1946 publica la poesía *El árbol solariego*[119]. Contiene: *El árbol solariego* [120]; *Rumbos de olvido; Cielos, caminos, horizontes; Policromías*.

---

[115] Diario Crítica. 14 de mayo de 1944.
[116] AGROMAYOR, Adolfo. Acento Forestal y otros poemas, de M. Alcobre. En Diario Noticias Gráficas. 30 de mayo de 1944.
[117] No firma solicitadas de adhesión a la Unión Democrática como tampoco lo hace su "maestro" Rega Molina. Rega milita fervientemente en favor de Barletta en las elecciones para el período 1946-1947 de la S.A.D.E..
[118] Carta de Herminia Brumana a Manuel Alcobre. 8 de octubre de 1945.
[119] ALCOBRE, Manuel. El árbol solariego. Bs.As., Ed.del autor, 1946.
[120] Reproducido en el anexo I.



En una edición muy cuidada, realizada en los talleres gráficos Gadola, ilustra el trabajo un óleo de la señora Elisa B. de Vega Ocampo, realizado especialmente para el volumen.

Anticipa versos del poema en la Revista Estampa[121] reproduciendo la ilustración de Vega Ocampo.

Aparecen comentarios en los diarios.

En el diario Mundo Argentino[122] con firma López de Molina cubre de esta manera la salida del libro: "En medio de tantos poetas impenetrables y ripiosos, ¡qué alivio representa leer a uno como Manuel Alcobre, tan diáfano, tan fino, tan henchido de emoción y pensamiento poéticos!. Ya en sus libros anteriores habíamos advertido esos raros dones que hoy, con El árbol solariego, vuelve a ofrecernos más depurados todavía. El amor que el poeta siente por la naturaleza, especialmente por los árboles, es tan comunicativo, que nos sentimos penetrados de su cariño recóndito leyendo las loas que él hace en estos bellos poemas a esos seres vegetales que embellecen la vida. Casi todo el libro está dedicado a cantar a los árboles. No recordamos haber leído versos así en ningún poeta nuestro. El dominio extraordinario del ritmo, la justeza de las imágenes, que nunca son aquí adornos superfluos; la penetrante emoción que nutre estos poemas, en fin, son virtudes nada comunes en nuestra lírica, donde por desgracia sobre abunda la mala retórica y hay más hojarasca que fruto".

El diario Tribuna comenta: "Con este son ocho los libros ya publicados por Manuel Alcobre, quien es dueño de una producción asidua, perseverante, desde 1928, cuando dio a la estampa los versos de sus 'Paisajes civiles', donde ya se veía la pasta del poeta sincero. Ha publicado también algunas obras en prosa, pero se advierte fácilmente que son las musas líricas las que más le atraen. Canta con cántico melodiosa al árbol que amó en su infancia, probablemente el que produce el excelente óleo que inicia las páginas del libro, hecho por Elisa B. de Vega Ocampo, a cuyo pie se lee esta cuarteta:

Yo recuerdo el peral de mi solar de niño
como un viejo pariente con vocación de santo,
que nos daba la suma de su oro y su armiño
en cambio de un humilde rincón para su canto.

"El verso de Manuel Alcobre se desgrana suavemente, con ritmo dulce y sereno, dejando en el espíritu del lector una lánguida melancolía; mas ésta no es amarga ni pesimista, sino grata, que hace rememorar las horas idas de felices añoranzas. Hay dominio verdadero del ritmo y la métrica, y una preferencia por la estrofa de cuatro versos con rima consonantada. 'El árbol solariego', está magníficamente presentado en formato grande, moderno y lujosa impresión gráfica"[123].

En el diario La Nación[124] publican este breve: "Este libro –el octavo de su autor- refirma el seguro dominio del verso logrado por Manuel Alcobre merced a un largo y vigilante ejercicio que se suma a la inspiración fundada en temas auténticamente nuestros. En 1943 dio a la estampa un volumen de poemas, 'Acento forestal', en el que estaba presente su hondo amor a la naturaleza. Alcobre siente líricamente la amistad del árbol. Ello se evidencia una vez más en el libro que acaba de publicar, cuyo primer y extenso poema –que brinda título a toda la obra- tiene por personaje

[121] ALCOBRE, Manuel. El árbol solariego. En Revista La Estampa. 17de febrero de 1947.
[122] LOPEZ DE MOLINA, El árbol solariego. Diario Mundo Argentino. 15 de enero de 1947. N° 1878.
[123] "El árbol solariego". Por Manuel Alcobre. En Diario Tribuna. 12 de enero de 1947..
[124] Diario La Nación. Domingo 19 de enero de 1947.

céntrico un peral, lleno para el poeta de antiguas evocaciones. Ese 'árbol solariego' de su casa de niño le sirve como luminoso punto de partida para un viaje en torno a su infancia y de los seres queridos que la poblaron, a quienes dedica estrofas clásicamente construidas. Manuel Alcobre ha permanecido fiel a las normas literarias de los mayores, utilizándolas como ceñido marco para la novedad de sus imágenes. Recuerda por momentos a Horacio Rega Molina, a través del cuidado en la selección de la rima imprevista y también del arte para presentar ciertos 'toques' que son característicos de nuestro paisaje urbano, con la ayuda de vocablos sugerentes. La ciudad, el suburbio y el campo conviven en su libro armonioso, en el cual ensambla las notas de tradición romántica con acordes de humorismo. He aquí cómo define el árbol ancestral:

Su imagen es un ramo florido de emociones
Revive y me devuelve mis días iniciales.
Agita en mí un museo de rememoriaciones,
Como una colección de tarjetas postales".

La Prensa[125] dedica estos párrafos al libro: "Con una sentida evocación del hogar, Manuel Alcobre inicia el libro de versos 'El árbol solariego'. Este para la imaginación del poeta, ardorosa no obstante su nostalgia, habla del pasado con voz estremecida, 'como un viejo pariente con vocación de santo' y su recuerdo 'es un ramo florido de emociones'. Completan el volumen muchas otras composiciones de muy vario tema, como que cantan calles, muros, sombras, cielos, caminos y horizontes, el mar y el río, pero unidas todas por un vínculo común: la melancolía del vate. Por sobre toda otra manifestación anímica está en 'El árbol solariego' la presencia constante y atenazadora del recuerdo, en el que un ayer proyecta triste penumbra sobre el hoy, inseguro, simple paso para exaltar el amor o la gloria del sol. Una prueba de su estilo y de sus inclinaciones la de la última cuarteta de su sonata 'invernal', en la que dice: 'Y cuando al cabo de la inútil ronda regreses a tu hogar en la alta noche, cargado con despojos de la fronda, el alma del invierno irá en tu coche'. No quiere esto decir que el libro caiga bajo el rigor de la monotonía. Por el contrario, aun dentro de un campo emocional determinado, tiene facetas de muy distintos colores y modula notas de rica y cambiante sonoridad".

En la sección Vida literaria del diario Crítica[126] escriben en la bajada: "Poeta de siempre, Manuel Alcobre nos llega con 'El árbol solariego' con noble voz". En el cuerpo de la nota dice: "Con voz noble y antigua nos llega 'El árbol solariego', de Manuel Alcobre. El poeta, que tiene tras de sí –marcando las etapas de su poesía, de sus sueños- unos cuantos títulos – verso y prosa- que abrieron camino a su acento lírico, viene hoy del brazo del recuerdo. La poesía había perdido el derecho a la melancolía, a la evocación, a la saudade. La poesía, del brazo de los 'ismos' se puso a bailar en la cuerda floja de la pirueta y de las evasiones sobre un cielo limón y malva. Por querer encontrar el alma en desgarrado tránsito de las cosas de la época, estuvo a punto de caer para siempre en un hospital lleno de palabras heridas y de huidizas emociones geométricas. Manuel Alcobre emprende camino de regreso. El y su poesía. Su verso busca de nuevo lo noblemente extático en el tiempo. Retorna el 'árbol solariego'. A ese árbol y esa casa que todo ser tiene allán donde comienzan sus primeros pasos. Y el primer sueño. En torno a ese ayer, que el poeta evoca con emoción, surgen las viejas figuras queridas, florece de nuevo el paisaje, distante ahora, pero más querido, más íntimo y puro, porque la vida nos trató con dureza y pagó nuestros anhelos con la angustia, Manuel Alcobre canta con voz de siempre, con noble voz antigua, los sentimientos de siempre. Porque el arte –reflejo de la vida- no es más que un constante viaje de retorno a

[125] Diario La Prensa. Domingo 19 de enero de 1947.
[126] Diario Crítica. 24 de enero de 1947.

emociones eternas. Trae su conquista de imágenes: el molino, es un 'girasol sonoro': 'el aire va rasgando sus misteriosas sedas entre un grave silencio de pájaros dormidos'; hay 'calles de olvido' y el gris y el rosa de la tarde se funden en un cielo íntimo y alto. Bienvenida esa nueva obra de Manuel Alcobe, poeta de siempre".

En el diario El Mundo[127], sección Autores y libros, Horacio Rega Molina escribe: "Manuel Alcobre, autor de 'El árbol solariego', hace años que viene cultivando ls letras. Se inició en 1928 con un libro de versos 'Paisajes civiles', al que siguió 'Poemas de media estación', 'Luces a la distancia', prosa, 'Bajo el paraguas', cuentos. A partir de esta última obra retoma el verso como medio natural de su expresión literaria y da a la estampa 'Espuma en la arena', 'Hogar y paisajes nuevos' y 'Acento forestal'. Ha realizado, pues, una labor variada, que se caracteriza por la pulcritud del idioma empleado, el respeto por los cánones, ejercitado con libertad de artista, y una visión evocativa de lo nuestro, matizada en cierto humorismo sentimental que es signo de afinamiento artístico. 'El árbol solariego' se inicia con una extensa y bella composición en alejandrinos, a través de la cual el poeta evoca cosas y circunstancias gratas a su corazón con pluralidad de imágenes logradas. Síguele la parte denominada 'Rumbos de olvido', numerosa de composiciones descriptivas una y subjetiva interpretación del paisaje urbano o circundante otras, en las que es difícil señalar la que más se destaca. Índice de su seguridad lírica y de la ceñida concepción de los temas pueden ser, no obstante, 'Fracaso' y 'Tedio urbano'. La tercera parte tiene por rótulo 'Cielos, caminos, horizontes'. El poeta abre su pecho a los aires más libres de lo panorámico. La naturaleza se le aparece con plástico regalo de metáforas, luces, sombras y estados de ánimo conjugados en un decoro de concepto y de forma que no es mérito menor, por cierto. 'Policromías' agrupa las cinco composiciones finamente realizado, con un concepto orgánico. En ellas se advierten las excelencias ya señaladas que en conjunto, indican a 'El árbol solariego' como lo mejor que ha salido de la pluma de Manuel Alcobre, en grado de evidente superación. 'El árbol solariego' resume sus valores y calidades pictóricas y su técnica se evidencia sin esfuerzo, con gracia espontánea y reflexiva, al mismo tiempo, connotando la presencia de un poeta verdadero".

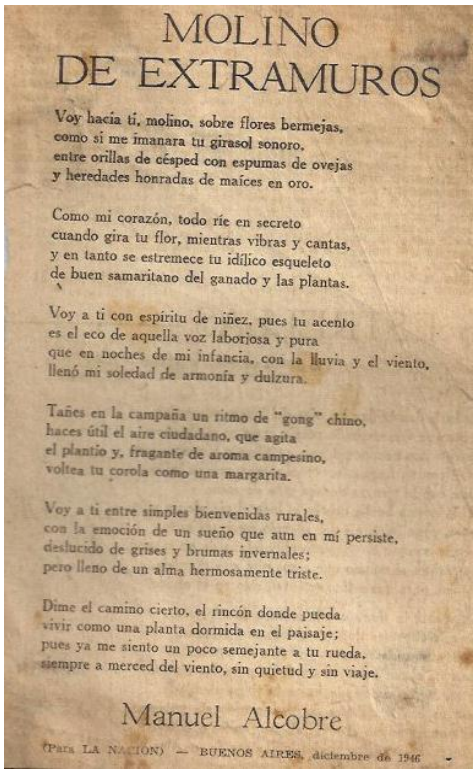
En la revista Estampa[128]reseñan el *Arbol solariego*: "La poesía de Alcobre es rica en matices descriptivos. Nos ofrece en el primer poema –titulado como el libro- amplias y hondas ternuras que evocan la cuna, las flores, los árboles, la casa…que en la infancia fueron muchas veces en horas radiantes de verano, en horas tristes de invierno, en horas declinantes de otoño y en horas de promesa y color de primavera…Días lejanos, cada vez más remotos, que el poeta acerca nuevamente a su vida. Las horas de Manuel Alcobre son hitos que dan forma a los recuerdos del hombre: horas que atestiguan la presencia de motivos hondos en el sentimiento del artista: armonías de Schúbert, aromas de tilos, vuelo de palomas, dulzuras de soledades, perfiles urbanos recogidos en la superficie de un lago…Rumbos de olvido que se pierden en calles, muros y sombras; caminos, cielos y horizontes por los que marcha el poeta sobre nieve, a los cuatro vientos, de noche y con sol, en la primavera y en la mañana. Un ramillete de policromías cierra este volumen que se abre con la reproducción de un óleo de Elsa B.de Vega Ocampo".

En la sección ¿Qué leeré este week end? del diario Clarín[129] recomiendan el libro *El árbol solariego* "de entre los millares de libros que se encuentran en los anaqueles de las librerías". Poco tiempo

[127] REGA MOLINA, Horacio. Index. En Diario El Mundo. 3 de febrero de 1947.
[128] Revista Estampa. N° 442. 10 de febrero de 1947. Incluye foto de Alcobre con la leyenda: "Laureado escritor que ha dado conocer un volumen de poemas titulado 'El árbol solariego'".
[129] Diario Clarín. 8 de febrero de 1947.

después Adolfo J.Abello[130], en la sección El libro en su letra viva del mismo diario, anota: “Una nueva versión de su inquietud lírica es la que nos ofrece Manuel Alcobre en el libro de poema ‘El Arbol Solariego’, en el que a más de la composición que da nombre al volumen, reúne otras bajo el título común de ‘Rumbos de olvido’. Otra vez encuentra Alcobre fuente de renovada inspiración en los árboles, que vincula a recuerdos de su niñez y a episodios familiares. Viejos árboles amigosen los que el poeta ve, con el alma transida de noble melancolía, testimonios supérstite de alegrías, ensueños y pesares definitivamente desvanecidos en el tiempo. Alcobre no puede sustraerse a la emoción que causa en su espíritu lo perecedero y el tránsito obligado de la vida. Sus versos captan esa angustia, tenue en unos casos y ahondada por el análisis en otros, y traducen los resultados de sus líricas indagaciones en el misterio de vida y de la realidad. Es ‘el misterio manifiesto’ de que nos habla Goethe, solamente perceptible por el fino y delicado instrumento que es la sensibilidad y la intuición poética. En este último trabajo, como en los realizados hasta ahora, Alcobre observa su inalterable adhesión a los moldes clásicos, que maneja con su habitual maestría. Gusta principalmente del alejandrino, en el que su inspiración se desenvuelve con elegancia y soltura. Al respecto cabe agregar que a pesar de no haberse enrolado Alcobre entre los cultores de las formas nuevas del verso libre, sus tabajos –imágenes diáfanas y lenguaje pulcro- comunican siempre una fresca impresión de modernidad y de sensibilidad actual”.

Publica en el Diario La Nación:



MOLINO
DE EXTRAMUROS

Voy hacia tí, molino, sobre flores bermejas,
como si me imanara tu girasol sonoro,
entre orillas de césped con espumas de ovejas
y heredades honradas de maíces en oro.

Como mi corazón, todo ríe en secreto
cuando gira tu flor, mientras vibras y cantas,
y en tanto se estremece tu idílico esqueleto
de buen samaritano del ganado y las plantas.

Voy a tí con espíritu de niñez, pues tu acento
es el eco de aquella voz laboriosa y pura
que en noches de mi infancia, con la lluvia y el viento,
llenó mi soledad de armonía y dulzura.

Tañes en la campaña un ritmo de "gong" chino,
haces útil el aire ciudadano, que agita
el plantío y, fragante de aroma campesino,
voltea tu corola como una margarita.

Voy a tí entre simples bienvenidas rurales,
con la emoción de un sueño que aun en mí persiste,
deslucido de grises y brumas invernales;
pero lleno de un alma hermosamente triste.

Dime el camino cierto, el rincón donde pueda
vivir como una planta dormida en el paisaje;
pues ya me siento un poco semejante a tu rueda,
siempre a merced del viento, sin quietud y sin viaje.

Manuel Alcobre

(Para LA NACION) — BUENOS AIRES, diciembre de 1946

[130] ABELLO, Adolfo J. El árbol solariego. En Clarín. 23 de febrero de 1947.

Desde inicios del año 1947, Alcobre escribe en el diario *Clarín* colaborando en el suplemento de letras dirigido por Luis Cané[131]. Publica *La antesala*[132] ; *El cuento inconcluso*[133], *En viaje*[134] *y Día de lluvia*[135].

Para esta época sigue como Jefe de Secretaría de la Asociación del Trabajo, como Secretario de la Federación de Sociedades Rurales de la Patagonia y como Redactor del diario Crítica[136]. Es muy probable que Alcobre siguiera los pasos del grupo "redactor" del diario: de un cierto entendimiento con los rumbos del gobierno militar en los años 1944 y principios de 1945 pasan a la oposición con motivo de los hechos de septiembre-octubre de 1945 y un enfrentamiento hasta las elecciones de febrero de 1946. Nuevo equilibrio y recomposición de relaciones con el gobierno de Perón a partir de 1947[137]. Estos reacomodamientos y la consolidación del gobierno fovorece una nueva oleada[138] de figuras intelectuales que adhieren al peronismo entre los que se cuenta Alcobre[139].

Se lo incluye indebidamente en el staff de la Revista *Descamisada*[140] confundiéndolo con Luis Alcobre que firmaba bajo el seudónimo Erbocla.

ACTUACION EN ADEA

En el año 1947 se funda la Asociación de Escritores Argentinos (A.D.E.A.)[141] en la planta alta del bar La Helvética, en Corrientes y San Martín. Arturo Cancela había formulado la convocatoria. Algunos

---

[131] PULFER, Darío. Aproximación bio-bibliográfica a Luis Cané. Bs.As., Peronlibros, 2016.
[132] ALCOBRE, Manuel. La antesala. En diario Clarín 16 de marzo de 1947.
[133] ALCOBRE, Manuel. El cuento inconcluso. En Diario Clarín. 11 de mayo de 1947.
[134] ALCOBRE, Manuel. En viaje. En Diario Clarín. 30 de noviembre de 1947.
[135] ALCOBRE, Manuel. Día de lluvia. En Diario Clarín. Marzo 1948.
[136] Diccionario Biográfico Contemporáneo: Personalidades de la Argentina. Bs. As., Veritas, 1948. Pág. 23-24.
[137] BOTANA, Helvio. Memorias tras los dientes del perro. Bs.As., Peña Lillo, 1982. Da cuenta del sinuoso proceso del diario con las actuaciones de Damonte Taborda y Salvadora Medina Onrubia en la coyuntura crítica de 1945-1946 y el posterior reacomodamiento. Según el DICCIONARIO BIOGRAFICO CONTEMPORANEO: PERSONALIDADES ARGENTINAS. Bs.As., Veritas, 1948. Pág. 24 Alcobre se reintegra a la redacción del diario en junio de 1947.
[138] CHAVEZ, Fermín. Perón y el peronismo en la historia contemporánea. Bs.As., Oriente, 1986. Pág. 220. Utiliza esa expresión para referirse a las sucesivas adhesiones que logra el peronismo en el plano intelectual.
[139] ALCOBRE, Manuel. El Plan Quinquenal Perón y los similares peronistas. Crítica. 25 de diciembre de 1947. Habla de la "…vasta concepción social, económica y política que es el Plan Quinquenal del presidente Perón".
[140] Los seudónimos de Manuel Alcobre eran Don Juan El zorro y Manolo Brelaco que no figuran entre los colaboradores del emprendimiento. Enciclopedie internationale de seudonymes. https://books.google.com.ar//books?isbn=3598249616. Esta confusión arrastra una supuesta militancia "forjista" de la que no forma parte.
[141] Estatutos de la Asociación de Escritores Argentinos (aprobado por la Comisión Directiva ad-referendum de la Asamblea General Extraordinaria). Bs.As., 1947. En el título I, Art.1 queda establecido que la entidad gremial lleva el nombre de asociación de escritores argentinos (A.D.E.A.). Entre los propósitos se establece:
1. Reunir a los escritores argentinos para la defensa y gestión de sus intereses comunes. 2. Gestionar la agremiación de los escritores argentinos de todas clases: literarios, científicos, periodísticos, libretistas de cine, radio, etc. 3. Propiciar la elevación de miras y la superior calidad en la producción de los escritores argentinos. 4. Fomentar las relaciones con organismos similares extranjeros. 5. Mejorar las condiciones económicas de los escritores argentinos. 6. Defender, percibir y administrar los derechos de autor de sus asociados, cuando ellos lo soliciten, en el país y en el extranjero. 7. Representar legalmente a los asociados, y conceder o negar autoridad –a requerimiento de los mismos- para utilizar, en cualquier forma, las obras de los asociados y fijar, en cada caso, los aranceles respectivos, de acuerdo con la Secretaría de Trabajo y Previsión. 8. Celebrar contratos con instituciones similares extranjeras para la recíproca defensa y

de sus integrantes fueron: Leopoldo Marechal, José María Castiñeira de Dios, Juan Alfonso Carrizo, Rafael Jijena Sánchez, Antonio Monti, Juan Oscar Ponferrada, Hugo Wast, Alfredo Brandán Caraffa, Pilar de Lusarreta, Carlos Ibarguren, Guillermo House, María Granata, Atilio García Mellid, Arturo Lagorio, Enrique Lavié, Carlos Obligado, Vicente Sierra, Delfina Bunge, Manuel Gálvez, Haydeé Frizzi de Longoni, Ernesto Bustamente. La iniciativa se despliega en el año 1947[142].

No tenemos constancia de la participación de Manuel Alcobre desde el inicio de ADEA[143].

Recuerda Gálvez: "Cancela fue el primer secretario, pero no terminó el período de dos años. Lo reemplazó Carlos Obligado, cuya designación causó gran sorpresa. Obligado murió repentinamente y fue reemplazado por Manuel Alcobre"[144].

---

percepción de los derechos de autor. 9. Denunciar o querellar ante la justicia a los que violen las leyes que amparan a los derechos de autor. 10. Organizar exposiciones de libros argentinos. 11. Constituir el edificio social. 12. Crear la Caja de Previsión, la Caja Mutual de los escritores y demás servicios sociales. 13. Propiciar la modificación de la Ley de Propiedad Literaria, especialmente en lo que respecta a la necesidad de que pasen al dominio del Estado los derechos de autor de obras que hayan salido del dominio privado.14. Promover ante los Poderes del Estado el fomento y la protección de la producción de los escritores argentinos. 15. Hacer propaganda y estimular la distribución de las obras de sus asociados. 16. Crear el Instituto del Libro Argentino. 17. Organizar una Biblioteca de Autores Argentinos. 18. Publicar un órgano de prensa de la A.D.E.A.

Art. 2° -Afirmará y defenderá los valores espirituales propios como base para la formación de una cultura argentina.

Art.3° Organizará conferencias, excursiones artísticas, exposiciones, etc. en distintas regiones del país, e imprimirá folletos y avisos murales para advertencia y edificación del pueblo, cuando un suceso notable así lo requiera en salvaguarda del buen juicio público.

Art.4° Mantendrá permanente contacto con los sindicatos de trabajadores, para colaborar en la solución de los problemas relacionados con la cultura popular.

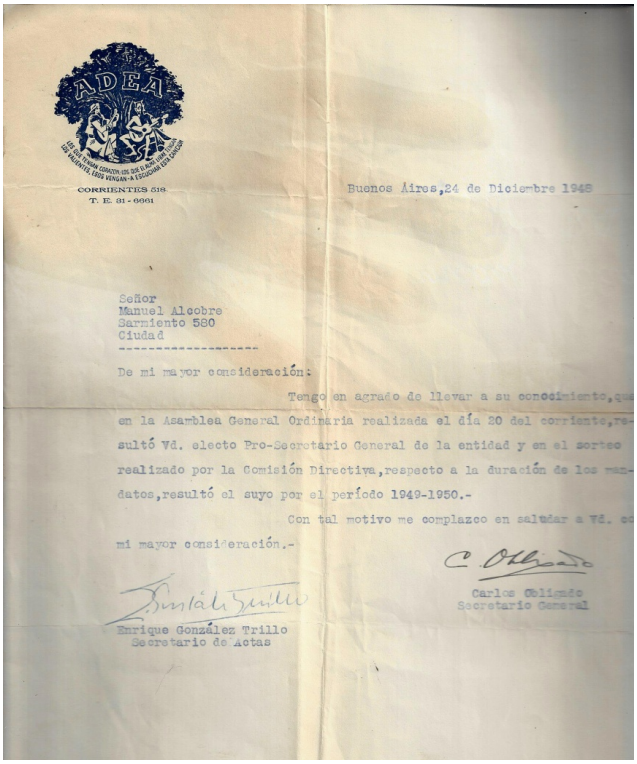
Art.5° La A.D.E.A. en su carácter de entidad gremial, podrá afiliarse, mediante el voto de una Asamblea convocada expresamente a esos efectos, a la Organización Central del Trabajo del país. Este artículo resulta de sumo interés por un conflicto que se suscita en el momento de creación del Sindicato de Escritores Argentinos.

Reproducido en KORN, Guillermo(comp). El peronismo clásico (1945-1955). Descamisados, gorilas y contreras. Bs.As., Paradiso, 2006. Pág. 179-180.

[142] Cancela dice que comienzan a trabajar "silenciosamente" desde febrero de 1946. GALVEZ, Manuel. Recuerdos de la vida literaria. Bs.As., Taurus, 2003. T.II. Pág. 565-567 señala que "aún no estaba creada la sociedad cuando el coronel Perón invitó a una gran reunión en la Casa de Gobierno", lo que sucede en noviembre de 1947.

[143] Es probable que se sumara a inicios del año 1948 ya que no se encuentra en los listados de asistentes a las convocatorias realizadas por la Presidencia de la Nación en noviembre y diciembre de 1947. Gálvez recuerda haciendo referencia a Alcobre: "A poco de fundarse la Asociación hubo un grave incidente. Alguien propuso colocar en el salón de actos los retratos de Perón y de Evita. No hubo inconvenientes por Perón, que era ya el presidente de la República. Alcobre y algún otro hablaron en contra del proyecto. Y se aprobó que se pusiese a Perón en el salón de actos y a Evita en otra de las salas. Esto fue causa de que Evita mirase a la Asociación con antipatía". GALVEZ, Manuel. Recuerdos de la vida literaria. Bs.As., Taurus, 2003. T.II. Pág. 565-567.

[144] GALVEZ, Manuel. Recuerdos de la vida literaria. Bs.As., Taurus, 2003. T.II. Pág. 565-567. "Arturo Cancela, escritor de talento, muy culto, vinculado a casi todos los colegas por haber dirigido unos años el suplemento literario de La Nación, decidió fundar otra sociedad"



ADEA

CORRIENTES 518
T. E. 31-6661

Buenos Aires, 24 de Diciembre 1948

Señor
Manuel Alcobre
Sarmiento 580
Ciudad

De mi mayor consideración:

Tengo en agrado de llevar a su conocimiento, que en la Asamblea General Ordinaria realizada el día 20 del corriente, resultó Vd. electo Pro-Secretario General de la entidad y en el sorteo realizado por la Comisión Directiva, respecto a la duración de los mandatos, resultó el suyo por el período 1949-1950.-

Con tal motivo me complazco en saludar a Vd. con mi mayor consideración.-

Carlos Obligado
Secretario General

Enrique González Trillo
Secretario de Actas

Comunicación con la designación de Alcobre como prosecretario de la A.D.E.A.

Obligado[145], en ese momento, forma parte de la Academia Argentina de Letras, dirige la Comisión de Bibliotecas Populares de la República Argentina e integra la Comisión Nacional de Cultura[146] en "representación de los escritores argentinos" desde junio de 1948. Alcobre lo secunda[147]. Al 31 de diciembre de 1948 la ADEA tiene 816 asociados[148]. Obligado muere en febrero de 1949 de manera súbita[149] y lo reemplaza su adjunto, Manuel Alcobre[150], quien dirigirá la ADEA entre 1949 y 1951.

[145]En su trayectoria política había sido interventor en la Facultad de Filosofía y Letras con Uriburu y Ramírez-Farrell. En los años treinta integra A.N.A. siguiendo los pasos de Juan P. Ramos.

[146] COMISION NACIONAL DE CULTURA. GUIA QUINCENAL de la actividad intelectual y artística argentina. N° 21. Junio 1948. En la nómina de autoridades de contratapa figura como "Representante de los Escritores Argentinos". Así está consignado en los sucesivos números (22-25), integrando luego el cuerpo sin especificar "representación" de ninguno de los miembros. Este cambio puede obedecer al cambio de naturaleza de la Comisión al crearse la Subsecretaria de Cultura y la Junta Nacional de Intelectuales.

[147] Alcobre y Obligado se conocían, al menos, de diez años atrás. Hemos consultado un borrador de carta de Manuel Alcobre a Carlos Obligado(sin fecha) con motivo del envío del libro El poema del Castillo. Alcobre menciona que en 1931 Obligado estuvo en el jurado que le otorga el premio municipal, halaga el poema y agradece el envío a la vez que propone un conocimiento personal postergado todos esos años, para él, por las tareas del periodismo.

[148] ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.19.

[149] En el entierro habla el Presidente del IIHJMR Julio C. Corvalán Mendilaharsu. Revista del IIHJMR. N° 14. Febrero 1949. Pág.7. En nombre de ADEA lo hace el escritor Enrique González Trillo. Memoria y Balance. Bs.As., ADEA, 1950. Pág. 8. En nombre de la Academia Argentina de Letras habla el Dr.Carlos Ibarguren, por la secretaría de Educación, Leopoldo Marechal, el Dr.Tomás Casares por la Facultad de Filosofía y Letras, el Dr. Héctor Llambías por el Club del Plata, el Sr. Oscar Blasi por la juventud de ADEA, y el sr. José M. Alvarez Hayes por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. En ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.13. el 21 de marzo la ADEA hizo oficiar misa en la Basílica del Socorro y el 20 de mayo fueron descubiertas placas recordatorias a Rafael y Carlos Obligado en su casa natal en Charcas 634. En la oportunidad habla Manuel Alcobre. Más

La Asociación no estuvo adherida a la CGT[151] porque esto significaba una votación en Asamblea Extraordinaria y muchos de los miembros ya estaban encuadrados en otras entidades. Al crearse la Confederación General de Profesionales la ADEA se integra a ese espacio.

ADEA busca su reconocimiento ante las instancias estatales reguladoras del ámbito cultural. Varios de sus consocios participan de la Junta Nacional de intelectuales creada en mayo de 1948 (Ibarguren, Juan A. Carrizo, Rafael Jijena Sánchez). El Presidente de la Comisión Nacional de Cultura, Antonio P.Castro forma parte de la asociación así como el Presidente de la Nación y Eva D.de Perón.

ADEA envía sus representantes para integrar los jurados de los diversos premios que se organizan por entonces[152].

En ese período se organiza el espacio creando el Seminario de Estudios Sociales orientado a actividades de capacitación y extensión cultural.

En el año 1949, según la Memoria[153], ADEA desarrolla las siguientes acciones:

Hay una serie de homenajes empezando por el de su recientemente fallecido presidente. Al fallecer el 3 de febrero Carlos Obligado se invita a todos los miembros a participar del velatorio y sepelio. Con posterioridad la Comisión Directiva aprueba la colocación de una placa de bronce en la casa de su nacimiento. Se trata de la histórica casa de Rafael Obligado en Charcas 634, en la que se desenvolvieron significativas escenas del mundo intelectual porteño. El 20 de mayo se desarrolla el acto en el que hace uso de la palabra el Secretario General de ADEA, Manuel Alcobre[154].

---

tarde, el 11 de julio la Academia Argentina de Letras le rinde homenaje con una sesión extraordinaria, con una evocación de la personalidad de Obligado a cargo de Juan P. Ramos. En COMISION NACIONAL DE CULTURA. GUIA CULTURAL de la actividad intelectual y artística argentina. Año III. N° 48. Primera quincena de agosto de 1949.pág 8-10.

[150] La primera manifestación pública de adhesión al peronismo de Alcobre la tenemos fechada para fines de 1947. ALCOBRE, Manuel. El plan quinquenal Perón y los similares comunistas. En Crítica.25 de diciembre de 1947.

[151] Contra lo afirmado por GALVEZ, Manuel. Recuerdos de la vida literaria. Bs.As., Taurus, 2005. Pág. 565-567.

[152] De la Comisión Nacional de Cultura, de la Municipalidad de Buenos Aires, de la CAL, etc.

[153] ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950.

[154] Mensaje del Secretario General de ADEA, Manuel Alcobre, con motivo del homenaje a Carlos Obligado. Reproducido en anexo II.

Proponen también la erección de un monolito en el Paraje denominado Vuelta de Obligado en la provincia de Buenos Aires. Otro gesto en favor de la memoria del escritor Carlos Obligado es la publicación de sus obras completas. De manera adicional, se solicita a la Municipalidad de Buenos Aires la designación de una calle con su nombre, lo que fue aprobado.

La ADEA apoya el Estatuto del trabajador intelectual. Dice la Memoria: "Conocido el anteproyecto de Estatuto del Trabajador Intelectual, redactado por la Junta Nacional de Intelectuales, nuestra Asociación se dirigió a las autoridades nacionales solicitando que el mismo fuese convertido en ley, con la premura que exige la situación de desvalimiento de los intelectuales argentinos y para resolver, en forma integral, los problemas de la cultura en nuestro país. Consecuente con esos propósitos, A.D.E.A. continuará gestionando, durante el corriente año, la sanción de ese anteproyecto de ley"[155].

La ADEA gestiona la elevación de los montos de los Premios Nacionales de Letras. El consocio, Antonio P. Castro, titular de la Comisión Nacional de Cultura, acoge favorablemente el pedido.

La ADEA solicita a la Cancillería que, para el nombramiento de agregados culturales en el exterior, se tenga preferentemente en cuenta a los escritores.

Se realiza un ciclo de exposiciones del Libro Argentino, integrada por tres exposiciones bibliográficas: Exposición de Poesía argentina actual[156]; Exposición de Novelas y Cuentos Argentinos Actuales y Exposición de Historia, Ensayo y Filosofía Argentinos actuales. Las exposiciones fueron ilustradas con conferencias de Abregú Virreira, Alcobre, Alonso, Blasi,

[155] ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.11. Nota del 18 de agosto de 1949 elevada al Presidente de la Nación General Juan Perón firmada por Manuel Alcobre y Enrique González Trillo. En Archivo Alcobre. Reproducida en anexo III..

[156] Mensaje del Secretario General de ADEA, Manuel Alcobre, en la inauguración. Archivo Manuel Alcobre. Reproducido en anexo IV.

Bustamente, Cairoli de Liberal, Entraigas, Frizzi de Longoni, González Trillo, House, Ocampo, Pita, Schiuma y Vilardi.

Se realizan cuatro muestras pictóricas: dos de pintores argentinos, una de estímulo de jóvenes pintoras argentinas y una particular de la pintora María Teresa J. de la Puente.

La ADEA constituye el jurado para el premio al libro de autor argentino con fondos aportados por el jockey Club de La Plata. Para el año 1950 establece un Gran Premio de Honor, consistente en un diploma y una suma al libro de "autor argentino, prosa o verso, que refleje más ampliamente el fervor y el sentido tradicional de la argentinidad"[157].

Entre las actividades culturales se cuenta la conferencia de Enrique González Trillo sobre "La pasión argentinista de Leopoldo Lugones" con motivo del Día del Escritor, el 13 de junio. Se dispuso colocar una placa en la Biblioteca Nacional de Maestros, donde Lugones fue director durante décadas, homenaje autorizado por Decreto del Poder Ejecutivo Nacional.

El 27 de julio se ofrece una comida de honor a los consocios Ponferrada, Lusarreta, Cancela, Lavié, F. Muñoz Azpiri, Boneo y Cairoli de Liberal por haber obtenido distinciones literarias. Se realiza en el Círculo Militar y hacen uso de la palabra por ADEA, Manuel Alcobre[158] y por los agasajados Arturo Cancela.

La reunión anual de camaradería se realiza el 29 de diciembre de 1949. En la oportunidad, el Secretario General de la ADEA, Manuel Alcobre dirige sus palaras a los consocios, los homenajeados y al Presidente de la Nación y su señora[159].Por los agasajados hizo uso de la palabra el señor Diputado Nacional R.P. Dr. Virgilio Filippo. Perón y su esposa "… dirigieron sendas comunicaciones, lamentando el no serles posibles asistir, en razón de que a la misma hora debían hallarse presentes en un acto oficial, en el Teatro Colón"[160].

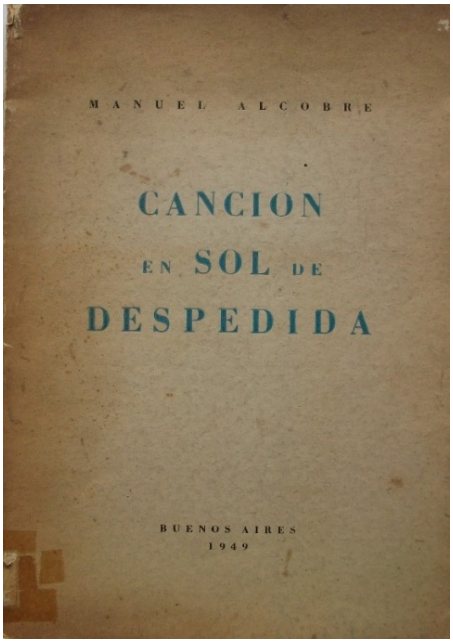
La Memoria consigna un déficit explicado por qué la C.D. consideró imprescindibles "la celebración de actos culturales cuya preparación determinó gastos considerables"[161]. Al finalizar el año 1949 la ADEA tiene 876 asociados[162].

CANCION DE SOL DE DESPEDIDA: NUEVO LIBRO QUE RESULTA PREMIADO.

Publica el libro de poemas *Canción de sol de despedida*[163] en el año 1949.

---

[157] ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.12.
[158] Mensaje de Manuel Alcobre en cena de homenaje a consocios premiados. Archivo Alcobre. Reproducido en Anexo V.
[159] Mensaje de Manuel Alcobre. Cena de camaradería de ADEA. Diciembre de 1949. En Archivo Alcobre. Reproducido en anexo VI.
[160] ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.17.
[161] ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.17.
[162] ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.19.



La dedicatoria va dirigida a Carlos Obligado, a quien reemplaza como Secretario General de ADEA.

Dice:

"Recuerdo aquí, con amistosa devoción, para honrar este libro, las palabras de veinte años con que CARLOS OBLIGADO juzgó mis poemas iniciales, y que ahora, en el aislamiento de la esencia y la materia, quisiera oír nuevamente como un eco llegado desde su altura de paz y de belleza:

'Leí encantado, sus versos, y los creo encauzados en la mejor tendencia, la que cultiva, en la forma la perfección clásica, sin mengua alguna de aquel modernismo esencial que es indispensable'[164]".

Agrega otra dedicatoria: "A mi esposa, Asunción María Martínez, cuyo espíritu comparte lo idea de esta 'Canción en sol de despedida', así como con apacible abnegación me acompañó en las verdad de nuestros días"[165].

La estructura del libro es la siguiente:

Canción en sol en despedida. I a V.[166]

Dias en colores y dos noches.

Mañanas (La capilla agreste, Cantar de Cantares, La otra orilla, Elegía en primavera, El mago involuntario, Ruta a la aurora, Vacaciones del alma, Pintura al vivo).

---

[163] ALCOBRE, Manuel. Canción de sol de despedida. Bs.As., Ed. del autor, 1949.
[164] ALCOBRE, Manuel. Canción de sol de despedida. Bs.As., Ed. del autor, 1949. Pág.9.
[165] ALCOBRE, Manuel. Canción de sol de despedida. Bs.As., Ed.del autor, 1949. Pág.11.
[166] ANEXO VII.

Tardes (El linar agradecido, Cuento de viejas, El buen paisaje, El viaje indeciso, Carreta en flor, Compensación, El trigo amante, Invitación al bosque, Pastoral, La espera).

Dos noches (El farol y la luna, Silva en voz de pino).

Colofón.

Se trata de un material de 123 páginas.

Recibe una serie de comentarios periodísticos.

El diario La Prensa[167] dice: "…iníciase este volumen de versos con una extensa composición de carácter evocativo, cuyo tema, hondamente sentido, como que responde a motivos personales del autor, está desarrollado en moldes estróficos de clásica conformación.

Conjúntanse en los versos la riqueza descriptiva con la imagen gráfica, la expresión nostálgica con la serena meditación, todo ello envuelto en una armoniosa onda de conformidad y cristiana aceptación.

"Desfilan recuerdos de los años infantiles, alborozados, preñados de esperanzas e ilusiones: píntanse cuadros del lejano terruño en los que aparecen nítidamente perfilados, la casa, la calle, los vecinos, los amigos, la carreta, el arroyo. Después, la presencia en la urbe, con sus grandes asombros. Y, por último, las pinturas domésticas, tan coloridas, tan puntuales, todas ellas selladas con íntima emoción y dulce remembranza.

"Las otras composiciones poéticas que completan el volumen alteran el ritmo y, a veces, la forma. Pero el tono se mantiene inmutable y el mismo manto emocional y nostálgico las cubre y la da sentido lírico. Son también temas arrancados en el recuerdo, de manera que priva siempre el elemento subjetivo, con esa cargazón de impresiones personales, tan expresivamente traducidas".

En el diario Clarín[168] consignan: "Con 'Canción en sol de despedida', la última entrega poética de Manuel Alcobre, se afirman las cualidades de este poeta que ha dado ya pruebas cabales de su fino temperamento lírico, en producciones que destacan una aptitud incuestionable en la poesía argentina de los años que corren. Hay en este libro que comentamos una hermosa realización de acentos que vibran atenuados por las voces sutiles que les presta el recuerdo. La imagen centra plásticamente inquietudes de un espíritu que ha vivido intensamente sus emociones. Los elementos que informan el verso son los que han rodeado la vida del poeta. Cuando los reencuentra en el tiempo sabe animarlos y levantarlos con la entonación que le otorga su hondo sentido humano. Y los nombra vivamente, aunque de pronto se advierte en su voz un dejo de tristeza que conmueve. Alcobre, que ya en 'El árbol solariego' conjuga la ternura al dar relieve estético a los vocablos que transfiguran los objetos de su intimidad y que son sin duda los que brindan con más soltura la vibración del sentimiento, acentúa en su último libro esa misma cualidad que lo singulariza".

[167] Diario La Prensa. Canción en sol de despedida, por Manuel Alcobre. 29 de enero de 1950.
[168] Diario Clarín. Canción en sol de despedida, por Manuel Alcobre. 26 de febrero de 1950.

En Noticias Gráficas aparece una nota con el título *"Canción en sol de despedida", de Manuel Alcobre, está impregnada de serenidad y puro lirismo*. Señala el comentarista: "Manuel Alcobre, que en 1928 dio a conocer su primer libro de versos, 'Paisajes civiles', al que siguieron 'Poemas de media estación', 1931; 'Espuma en la arena', 1937; 'Hogar y paisajes nuevos', 1940; 'Acento Forestal', 1943; 'El árbol solariego', 1946 y dos obras en prosa: 'Luces a la distancia', 1934 y 'Bajo el paraguas', 1936, nos ofrece ahora 'Canción en sol de despedida', donde su poesía, al igual que en las obras anteriores, está impregnada de serenidad y puro lirismo.

"El canto con el que se inicia el libro y le da su título es un poema de largo aliento, dividido en cinco partes, que responden a otras tantas etapas en la vida del poeta.

"En la primera, Alcobre canta, en perfectos y musicales endecasílabos, al 'mundo de fronteras clausuradas', donde nunca estará de regreso, las albas dominicales de campanas, los crepúsculos de pianos familiares, el rumor de las rejas provincianas. Y entonces, como un fantasma, el rumor de las rejas provincianas. Y entonces, como un fantasma, resucita la añosa emoción que lo sigue aromando con la esencia de su virtud floral, jamás marchita.

"El autor evoca luego su niñez campesina y entonces son motivos de su canto el pueblo que le dio imágenes diuturnas, y donde todo es simple y sin acaso, la paz de las noches, la casa con su patio humilde, su noble peral, su parra 'con el vino adormilado'. Recuerdo el cautiverio escolar y el vuelo vagabundo de su espíritu cuando el puntero, ambulando por el mapa, recorría los ámbitos del mundo. Todas las aventuras y peripecias, y toda la apacible candidez y la grave bondad de la niñez está reflejada en esta segunda parte.

El poeta hace viajar después su memoria por el campo, sus cosas y sus criaturas, hasta enfrentarse, finalmente, con la ciudad que recibió su aldeanía con tañidos de campanas y timbres de premura, y donde a veces se encontró como en un desierto, entre hoscas muchedumbres y muros graves.

"Los versos de Manuel Alcobre son de un profundo sabor humano y de una exquisita ternura, y su poesía está saturada de color y musicalidad. Su estilo es directo, ceñido a la forma clásica, pero con un dejo indispensable de modernismo.

"Los poemas agrupados bajo el subtítulo 'Días de colores y dos noches', destacan el buen gusto de Alcobre en la selección de los temas, en los que se descubre la inclinación romántica del espíritu del poeta, y en ellos está siempre presente la intimidad de su meditación serena y de su corazón.

"Tal, entre otros, el titulado 'La otra orilla', donde se advierte, además, la preocupación metafísica del autor:

Botero, llévame a la orilla opuesta,
ardiente de áureas torres forestales.
Quiero que rompas el hechizo de esta
ciudad hundida en tumba de cristales.

Tus ramos y tu bote quiebran luces,

y el río llora el panorama herido.
Carón con faz de santo, me conduces
hacia un país de vegetal olvido.

Acaso halle la esencia que en lejana
noche voló de su materia niña.
Ave, flor, agua, brevemente humana,
volvió a su existencia en la campiña.

Tú, que tienes la clave de este encanto
y que pronto serás naturaleza,
¿no viste un pájaro de nuevo canto,
alguna flor de exótica belleza?

Déjame en esta orilla de voz pura,
donde algún día he de olvidarlo todo,
y mi alma –flor o luz en la espesura-
vivirá siempre limpia de su lado".

En el diario Mundo Argentino[169] leemos: "He aquí un buen poeta que viene realizando su obra sin alharacas ni estridencias de ninguna especie. Con éste son nueve los libros que ha publicado, y aun los de prosa son poéticos, pues Manuel Alcobre es poeta siempre. Hasta su prosa es poemática. Es un admirable forjador de imágenes, y se diría que, más que cantar, pinta con versos finos y musicales. La primera composición es un extenso poema en que el autor evoca los años vividos en el pueblo natal:

Mi casa, con el árbol que he cantado
y me cantó con su bondad de abuelo;
la parra con el vino adormilado
y el muro de musgoso terciopelo.

"Los endecasílabos de Alcobre son magníficos. Las imágenes saltan como pájaros de vistosas plumas y van subrayando los detalles del paisaje prendidos en el recuerdo. Hay estrofas que convidan a ser releídas para ser gustadas nuevamente. Es un poeta que se hace querer, así como hay otros que son repelentes por sus actitudes afectadas y petulantes.

"He aquí dos estrofas de su Cantar de cantares, que es todo un cuadro perfectamente logrado:

Moscas de oro salpican de gemas el ambiente,
y la humilde vajilla se ennoblece de brillos.
Tus cabellos se posan en la rosada frente
como una quieta lluvia de dorados hilillos.

Uvas esmeraldinas lucen en la frutera;
dedales y tijeras encienden similares,
y en una milagrosa ficción de primavera,
florece el costurero con hilos de colores.

[169] López de Molina. Canción en sol de despedida. En Diario Mundo Argentino. 1 de marzo de 1950.

“Asi, claro, musical, lleno de color y de savia, es el verso de Manuel Alcobre, uno de los mejores poetas argentinos de nuestro tiempo. López de Molina”.

Enrique González Trillo realiza una extensa nota en el diario Democracia[170].

En la bajada dice: “Una serena belleza, de cielo y de remanso, de acendrado lirismo y de discreta senda frecuentada pro recuerdos siempre presentes y queridos, en la que emerge de las páginas de este libro impar que no ha brindado Manuel Alcobre. Nada más difícil que alcanzar y mantener a lo largo de tod un poemario esa inspirada elocuencia sin retórica, ese elevado tono de melancolía sutil, de reminiscencia casi dolorosa en su pulcritud, de sentimientos que solamente se insinúan, de congojas que se adivinan y de un inconfesado pero seguro júbilo por la dicha hogareña de una vida noblemente vivida.

En el cuerpo del texto escribe: “Todo el milagro de una emotividad profunda y de una innumerable riqueza de matices, acordes siempre con la temática de libro, le infunden la sonoridad vagarosa, el misterio reticente de una música crepuscular, con la dignidad lírica y el equilibrado sentido del arte, en páginas densas de belleza, expresada en un tono suave y profundo de égloga elegíaca.

“Mucho tiempo hacía que no escuchábamos una voz tan plena de emocionada ternura para todo cuanto representa el íntimo sentimiento de amorosa comprensión por la naturaleza. Una fina sensibilidad de artista está presente, verso a verso, en esta ‘Canción en sol de despedida’, que nos brinda Manuel Alcobre, como digna sucesora de tantos otros libros suyos, generosos todos de finísimo lirismo y poético encanto.

“La primera canción, que da su nombre al libro, llora, en tono de suave y tiernísima lamentación por las bellas cosas vividas, que pasaron quizá para siempre, y por el instante de luminosa fugacidad y por el entrañable misterio de la vida, siempre nueva y distinta en su constante devenir. Triste es ahora la luna, que ayer se ofrecía en el oro fragrante de los aromos y muda está hoy la brisa, que antaño murmuraba su canción de ilusionadas esperanzas al oído de los amantes felices:

Lejos yacen cenizas de jornadas,
Sombras confusas bajo el aire espeso
de un mundo de fronteras clausuradas,
donde nunca estaremos de regreso.

Albas dominicales de campanas;
crepúsculos de pianos familiares,
y el rumor de las rejas provincianas
en nocturnas estrellas y azahares.

“Y la canción continúa con su música remansada de evocaciones, en las que el árbol, caro a la sensibilidad exquisita del poeta, se cubre de ‘temblorosas lumbres otoñales’ en la intimidad de un paisaje hogareño. Poesía del sentimiento es la suya, en la que la fluidez de una inspiración tan

[170] GONZALEZ TRILLO, Enrique. Un libro de serena belleza. “Canción en sol de despedida”. Diario Democracia. 4 de mayo de 1950.

vigorosa como delicada se une a un sorprendente domino de la forma, a un equilibrado juego de las imágenes y a una musicalidad interior que envuelve a toda la obra en un hálito de sedante encantamiento.

“Ninguna modalidad más difícil que ésta, en su intimismo despojado de toda fastuosidad y de toda grandilocuencia retórica, para el logro de esa gracia perdurable que la acerca al lector y la hace partícipe de su vida y de sus sueños. El verso, sin artificios innecesarios, nos guía a través de los sentimientos del poeta con la luminosidad y el encanto de su límpida pureza, con esa fluencia misteriosa de la poesía creada en un lenguaje, ‘en el que las palabras no son ya las de uso libre y práctico’, y recuerdan, al decir de Valéry, a esos números complejos de los geómetras en su ‘variables fonética’ y en su ‘variable semántica’.

“Manuel Alcobre es un enamorado del paisaje en el que se interna con la amorosa delectación de quien ha sabido gozarlo ‘ante la campestre marejada de los maíces de floridos dardos’.

“En Manuel Alcobre, el encantamiento y la magia poética radican en una nobilísima sencillez, en la que el lenguaje corriente adquiere, impulsado por una profunda sensibilidad, sin búsqueda artificiosas, una nueva naturaleza poética. En eso radica su virtud esencial, la que da a su poesía un toque distinto y propio que la hace perdurable y potente, como algo siempre vivo y palpitante. Y la sencillez, como preconizara Schelling, es lo supremo en la poesía.

“Dentro de su sentimiento del paisaje, es el árbol la referencia preferida por sus estados poéticos, la imagen que surge constantemente, como algo que, subyacente en el espíritu del poeta, aflora en la teoría y en la expresión del poema. Su invocación o cuando menos su alusión están presentes en casi todas sus páginas. Las acacias, los tilos, los cipreses, los laureles y las encinas juntan sus frondas pobladas de pájaros melodiosos:

Los árboles chispean la mañana
De temblorosas lumbres otoñales
Y consagran a Dios su rusticana
Melopeya de frondas y zorzales.

“Y culmina su canción en la ‘Silva en voz de pino’, composición plenamente lograda, en la que aparecen fundidas en la expresión y en el sentimiento, todos los temas gratos a su sensibilidad: su sentido de lo confesional, su amor a la suave y delicada paz hogareña y su aspiración de eternidad. Llevado por su imaginación y sus sueños quisiera el poeta regresar a un pasado grato a su corazón, en el que el olor a tiempo ha ennoblecido las viejas cosas hogareñas. Allí los libros de amarillentas páginas marchitas; allí la exigua lámpara ‘turbia como los ojos de los ciegos’, y las amplias sillas de brazos maternales, en las que duermen sombras antiguas; allí los candelabros que en sus lumbres imitadas ‘dan flores de museo’; allí los recuerdos que emergen como fantasmas polvorientos de un ayer que no ha de retornar nunca. Entonces era el verde tiempo de la felicidad y de la dicha que parece eterna en su fugacidad inaprensible.

“Uno de los más altos méritos de este poeta de excepción es su capacidad descriptiva, su poder de síntesis que le permite darnos en cuatro versos la visión de un paisaje o de un interior.

“Manuel Alcobre no sólo tiene el corazón, sino que tiene también la voz del poeta; no hay en sus creaciones poesía en potencia, sino verdadera poesía, sentida y expresada, vivida y gozada hasta su última posibilidad.

“Porque el poeta, como lo quiere Eliot y como lo recuerda Bremond, es, en el sentido riguroso de la palabra, una oz. La voz que llevada por la inspiración, por el impulso irresistible y distinto que le viene desde lo alto, expresa la realidad circundante –realidad objetiva o realidad subjetiva, realidad corpórea o realidad de sueños- de una manera personal y eterna.

“La inspiración, sin embargo, no es todo. Debe llegar limitada por la catarsis, por la purificación, para que las palabras sean verdadera poesía, totalmente gracia de poesía. Tal ocurre en la ‘Canción en sol de despedida’, de Manuel Alcobre. La catarsis purificadora alcanza en ella una presencia constante; por eso todo su libro es poesía, esa poesía que, como quiere Maritain, tiende por sí misma a unirnos con Dios”.

La Comisión Nacional de Cultura hace suyo el dictamen de la comisión asesora y asigna el máximo premio de poesía a Alcobre, Franco y Estrella Gutiérrez.

Varios diarios destacan la noticia [171]:

[171] Diario Noticias Gráficas. Otorgáronse los Premios de Poesía del Trienio 1947-1949. 14 de junio de 1950. Diario Crítica. Los premios nacionales de poesía fueron otorgados. 14 de junio de 1950. Diario La Nación. Otorgaron los Premios Nacionales de Poesía del trienio 1947-1949. 14 de junio de 1950. Diario La Razón. Las voces entrañables de la Tierra en el Canto del Paisaje Humano tienen los Poetas que Premió la Comisión de Cultura. 14 de junio de 1950.

Otorgáronse los Premios de Poesía del Trienio 1947-49

LOS POETAS PREMIADOS

Alberto Franco, Manuel Aucobre y Fermín Estrella Gutiérrez, los tres poetas que obtuvieron los premios nacionales correspondientes al trienio 1947-1949.

Presidida por su titular, Sr. Antonio P. Castro, y hallándose presentes los señores Gustavo Martínez Zuviría, Carlos I. Rivas, Carlos Ibarguren, Roque A. Izzo, Federico A. Daus, Armando I. Echevarría y Cesáreo Bernaldo de Quirós, realizó ayer reunión la Comisión Nacional de Cultura, para considerar, entre otros asuntos, la distribución de los premios nacionales de poesía, correspondientes al trienio 1947-1949. Luego de estudiar el dictamen de la Comisión Asesora, dichos premios fueron otorgados a los siguientes autores: Manuel Alcobre, por su libro "Canción en sol de despedida"; Fermín Gutiérrez Estrella, por su libro "Sonetos de la soledad del hombre", y Alberto Franco, por sus obras "El buhonero" y "Libro de la rosa y el delfín". Considerándose seguidamente el dictamen de la comisión correspondiente a producción radiofónica del año 1949, resolviendo otorgar el premio de la categoría B a la obra "El viento evocador", de Angel J. B. Rivera (Arturo Silvestre).

En la Guía quincenal de la actividad intelectual y artística argentina[172] se destaca: "Manuel Alcobre tiene una personalidad literaria personalísima e interesante. Periodista vocacional, autor de bellas páginas de humorismo, ha dado a la producción poética argentina nueve libros, habiéndole correspondido en una oportunidad el Primer Premio Municipal de Poesía. Desde 1928 se viene superando en todas sus producciones y llega a su madurez con "Canción del sol de despedida". Manifiesta este libro a un poeta sereno, sobrio y humano, que no busca notoriedad ni sobresalir mediante posturas o artilugios, sino que escribe lo que siente, viéndose, al mismo tiempo, al poeta que siente con nobleza, canta las cosas familiares, de las que ha sabido extraer sus motivos poéticos. Los temas son definidos: sabe lo que quiere decir y lo dice. Cuenta su infancia, su vida, el pueblo en que vivió, con sus calles, sus árboles, sus casas, sus jardines y sus gentes. El amor que por todo lo suyo siente embellecer las cosas a su alrededor le lleva a expresar el deseo que la muerte lo encuentre en ese mismo ambiente modesto en el que supo amar y encontrar la belleza y poesía. Su lenguaje correcto y claro no está exento de riqueza. Los versos son armoniosos y no carecen de modernidad".

[172] COMISION NACIONAL DE CULTURA. Guía Quincenal de la actividad intelectual y artística argentina. N° 67. Segunda quincena de junio de 1950. Pág.76-77.

Colabora en diversos medios. En El Hogar le publican *Siesta ciudadana; Invitación al campo* y *Viaje espiritual* de Paisajes Civiles[173]. En el Diario Democracia le publican *El último viaje,* también de *Paisajes civiles*[174] *y Contribución a la eficiencia mental*[175].

CONTINUIDAD DE LAS TAREAS EN ADEA, CONFLICTOS Y RETIRO.

Alcobre continúa a cargo de la secretaría general de ADEA. En las memorias del año 1950 se reflejan las siguientes acciones:

En el orden gremial la Asociación apoya la iniciativa oficial que incluyó en la nueva Ley Impositiva a través del artículo 17° un fondo de ayuda y recompensa a las actividades intelectuales.

Aprobación en la Comisión directiva de una reglamentación arancelaria con escala variable de acuerdo con las categorías establecidas por el Estatuto del Periodista en la cual se fijaron las sumas con que debían ser pagados los distintos trabajos. Esa fórmula arancelaria, base para futuros instrumentos legales, fue impresa y difundida en los medios periodísticos y entre los escritores. Gestión para la aceleración del otorgamiento de los Premios Municipales de literatura. Apoyo al establecimiento del Estatuto del Trabajador Intelectual.

La ADEA se manifiesta en reiteradas oportunidades en favor del Estatuto del trabajador intelectual[176].

Elevación de una nota al Presidente de la Nación, con fecha 5 de noviembre, solicitando la Creación de la "Casa del Escritor"; otorgamiento de créditos destinados a la edición de libros por sus respectivos autores; facilitar a los escritores el acceso a las cátedras de castellano, literatura, historia y materias afines, previo examen de sus antecedentes intelectuales y morales; otorgar a los escritores facilidades para el ingreso en la función pública; llenar los cargos de agregados culturales y de prensa en las representaciones diplomáticas argentinas con escritores de notoria actuación; aumentar las adquisiciones de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares comprando libros directamente al escritor; elevar los premios nacionales y municipales de literatura en todas las ramas; suprimir el impuesto a los réditos sobre los derechos de autor y establecer premios a los trabajos literarios, científicos y filosóficos que se publiquen en los órganos periodísticos[177]. Esta nota recibe como respuesta un acuse de recibo del Secretario Técnico R. Mende señalando el envío a estudio de los temas propuestos.

En el orden cultural la ADEA desarrolla las siguientes acciones:

Ciclo de conferencias sanmartianianas:

---

[173]ALCOBRE, Manuel. Paisajes civiles.En El Hogar. 25 de marzo de 1949. Reproducido en ANEXOVIII.
[174]ALCOBRE, Manuel. Paisajes civiles. En Diario Democracia. 12 de mayo de 1949. Reproducido en ANEXO IX.
[175] ALCOBRE, Manuel. Contribución a la eficiencia mental. En Diario Democracia, 23 de marzo de 1950.
[176] Reproducido en anexo X.
[177] Reproducida en anexo XI.

Conferencia de Manuel Alcobre[178] el día 11 de mayo de 1950.

Luis Cárcamo, Asesor jurídico del Ministerio de Asuntos Técnicos, desarrollando el tema "Fisonomía emocional del Libertador".

Ramón de Castro Esteves con "La Posta de San Lorenzo". Presentado por Angel Ferreira Cortés.

Armando César Bucich con "El renunciamiento sanmartiniano". Presentación de E.González Trillo.

Dip. Nac. Juan Ramón Degreef con "Dos independencias: dos emancipaciones". Presentación de E.González Trillo.

Colocación de palma recordatoria en el Mausoleo de la Iglesia Catedral Metropolitana el 16 de agosto por parte de la Comisión Directiva.

Desarrollo de la cena anual de camaradería que tiene como centro el homenaje a Alcobre y Franco por el premio nacional de poesía recibido, correspondiente al trienio 1947-1949.

Propuesta de Manuel Gálvez como candidato para al Premio Nobel de Literatura para el año 1951, a solicitud de la Academia Sueca. En este mismo sentido, con motivo de cumplirse medio siglo desde que Manuel Gálvez inicia sus actividades literarias, la ADEA ofrece un vino de honor. Las palabras en el homenaje, en nombre de A.D.E.A., las brinda D. Guillermo House. En la oportunidad es bajo el número de los asistentes[179].

Para el otorgamiento de los premios a los libros aparecidos en 1949 se organiza una comisión integrada por Martínez Buteler, Ferreira Cortés y Linares que se expide en la siguiente forma:

Prosa: ''El Deán de Córdoba'', por Luis Altamira; ''Cura de Estrellas'', por Delfina Bunge de Gálvez; ''Narciso'', por Julio Ellena de la Sota; ''Hymnarium'', por Vidal Ferreira Videla; ''La Muerte en las Calles'', por Manuel Gálvez; ''La Sombra Aquella'', por Guillermo House; ''Danzas Tradicionales'', por Joaquín López Flores; ''Ruta y Destino'', por Antonio Montarcé Lastra; ''Don Diego Rodríguez Valdez y de la Banda'', por Raúl A. Molina. Poesía: ''Canción en Sol de Despedida'', por Manuel Alcobre; ''Toda Ceniza es Polen'', por Alberto Oscar Blasi; ''La Rama Caída'', por Martín Alberto Boneo; ''El Cauce y el Agua'', por Juan Carlos Clemente; ''Libro de la Rosa y el Delfín'', por Alberto Franco; ''Canto de Espada y Laurel'', por Enrique González Trillo; ''Comarcas'', por Julia Prilutzky Farny; y ''Clima'', por Horacio Schiavo.

Se instauran los "sellos de honor" a los libros destacados del año anterior, coincidiendo la nómina con escritores asociados a la entidad.

[178] Reproducida en anexo XII.
[179] Gálvez en sus "Recuerdos" lo atribuye a que sus amigos eran en su mayoría "liberales" y que no iban a concurrir a ADEA.

Premios Literarios y "Sellos de Honor" de la Asociación de Escritores Argentinos

La Comisión Directiva de la Asociación de Escritores Argentinos ha hecho suyo el fallo producido por el jurado especial de literatura, a cuyo cargo se hallaba la sección de los autores que debían ser distinguidos con los premios "Jockey Club de La Plata", para obras aparecidas durante el año 1947. Dichos premios, consistentes, nueve de ellos, en la suma de $ 1.500 cada uno, y tres, en $ 1.000 cada uno, instituídos con fondos donados por la Institución que les da nombre, fueron adjudicados en la siguiente forma: Poesía (dos premios de mil quinientos pesos cada uno): Srta. Lía Gómez Langenheim, por su libro "Villancicos Argentinos"; señor Enrique González Trillo, por su libro "Villancicos de Navidad". Historia y Ensayo (dos premios de mil quinientos pesos cada uno): Sr. Pedro de Paoli, por su libro "Martín Fierro en la vida de José Hernández"; Sra. Haydée E. Frizzi de Longoni, por su obra "Rivadavia y la Economía Argentina". Prosa de imaginación y anecdótica (dos premios de mil quinientos pesos cada uno): R. P. Raúl A. Entraigas, por su libro "Pinceles de Fuego"; Sr. Antonio F. M. Tarnassi, por su libro "Divagaciones de un Vigilante". Premio de Estímulo (tres de mil pesos cada uno): Sr. Reginaldo Martín Zorrilla, por su libro de sonetos "Mi Campiña"; Sr. Eduardo S. Castilla, por su obra "De Martín Rodríguez a Nicolás Avellaneda"; Sr. Jorge Perrone, por su libro "Romances de la Aldaba".

El señor Enrique González Trillo aceptó la distinción honorífica del premio y renunció a la suma en efectivo, en beneficio de A.D.E.A.

"Sello de Honor"

La misma Asociación, ha aprobado el fallo del jurado designado para otorgar los "Sellos de Honor" de A.D.E.A. correspondientes a las obras literarias publicadas en 1949. Las obras seleccionadas son, por orden alfabético de autores: Prosa: "El Deán de Córdoba", por Luís Roberto Altamira; "Cura de Estrellas", por Delfina Bunge de Gálvez; "Narciso", por Julio Ellena de lo Sota; "Hymnarium", por Vidal Ferreyra Videla; "La Muerte en las Calles", por Manuel Gálvez; "La Sombra Aquella", por Guillermo House (Tte. Coronel Agustín G. Casá); "Danzas Tradicionales Argentinas", por Joaquín López Flores; "Ruta y Destino", por Antonio Montarcé Lastra; "Don Diego Rodríguez Valdés y de la Banda", por Raúl A. Molina; Poesía: "Canción en Sol de Despedida", por Manuel Alcobre; "Toda Ceniza es Polen", por Alberto Oscar Blasi; "La Rama Caída", por Martín Alberto Boneo; "El Cauce y el Agua", por Juan Carlos Clemente; "Libro de la Rosa y el Delfín", por Alberto Franco; "Canto de Espada y Laurel", por Enrique González Trillo; "Comarcas", por Julia Prilutzky Farny; y "Clima", por Horacio Schiavo.

MANUEL GALVEZ

GUILLERMO HOUSE

HORACIO SCHIAVO

JULIO E. DE LA SOTA

MANUEL ALCOBRE

En el campo de los recordatorios y homenajes la Asociación realiza el 2 de febrero un acto recordatorio ante el sepulcro de Carlos Obligado, ex secretario general de A.D.E.A. El R.P. Virgilio Filippo pronuncia un responso y exalta la personalidad literaria de Obligado.

Descubrimiento de una placa rememorativa en la Biblioteca Nacional de Maestros en homenaje a Leopoldo Lugones [180]. En nombre de la entidad diserta Enrique González Trillo.

En el orden administrativo el balance respectivo registra una deuda de 16962 pesos.

Las acciones de apoyo al gobierno se materializan con conferencias relativas al Día de la Lealtad en las que participan: Senador Nacional Eduardo Madariaga: *El 17 de octubre y la fe peronista* y el Diputado Nacional Ramón Degreef: *Significado del Día de la Lealtad*.

Alcobre representa a la entidad en diversos actos. En el diario La Prensa, del día 16 de junio de 1950, puede leerse, bajo el subtítulo *Actos organizados por la Asociación El Libro*:

"La Asociación el Libro, integrada por empleados y corredores de librerías y editoriales, efectuó a las 17 un acto en el Instituto Nacional Sanmartiniano, durante el cual fue entregado a esta

[180] La placa se conserva.

institución un libro en un cofre de cristal como homenaje el General San Martín. Habló en nombre de la entidad organizadora y de la Sociedad de Editores Argentino, el señor M.Bojanic.

"A las 19, en Amigos del Libro y con el auspicio de esta institución, disertó el doctor Arturo Berenguer Carisomo, sobre el tema 'mester de Librería', y luego recitó varios poemas la señora Lidia Rosalía B. de Jijena Sánchez.

"A las 21 se efectuó en el Hotel Español un banquete, el que concurrieron representantes de las diversas entidades vinculadas al libro. A los postres habló, en nombre de la Asociación El Libro, el señor M.Bojanic, quien expresó que esa institución había lanzado la iniciativa de organizar una campaña en favor de la difusión del libro argentino, no sólo por los beneficios materiales que de la misma derivan, sino por cumplir el deber patriótico de hacer conocer el pensamiento nacional en todo el país. Agregó que para esa campaña era este año el más oportuno, pues servirá para recordar que San Martín, 'en todos los momentos de su vida, tuvo a su lado al libro, como su mejor amigo'. En nombre de la Sociedad Argentina de Escritores habló después su presidente, doctor Carlos Alberto Erro, quien se refirió a los problemas editoriales del país, caracterizados por el aumento de los precios, la carestía del papel y el cierre de mercados extranjeros. Agregó que los esfuerzos de los dirigentes de la Asociación El libro eran meritorios y dignos de ser secundados por todos los que se interesan por la difusión de la cultura. Terminó expresando que el hecho de haber logrado la entidad mencionada reunir en esa fiesta a la mayoría del gremio era una prueba de su unión y de la proximidad del éxito.

"A continuación habló el secretario general de la Asociación de Escritores Argentinos, señor Manuel Alcobre, quien hizo el elogio del libro como instrumento de cultura y se refirió a la forma en que sus enseñanzas moldean el espíritu. Habló después de los trabajadores del gremio editorial y mencionó la labor que cada uno tiene en el publicación del libro, los obreros que la componen, los encuadernadores y los empleados que- dijo-, 'detrás de un mostrador, distribuyen elementos de cultura'.

"Agregó que era necesaria la unión del gremio en forma sindical, para el progreso general y para que aquél gozara de las ventajas del 'justicialismo'.

Finalmente, habló el vicepresidente de la Sociedad Argentina de Editores, señor Martín J. Britos"[181].

En octubre de 1950 hay una reunión de ADEA. En ese momento estaba en curso la alternativa de constituir un sindicato[182]. El Sindicato de Escritores Argentinos nace con un impulso gubernamental en el año 1951, provocando un enfrentamiento con la dirección de ADEA. José María Castiñeira de Dios, Subsecretario de Cultura por entonces, promueve la creación de un sindicato "…con el objetivo de luchar por los derechos del trabajador intelectual y sumarse, así, a

[181] Diario La Prensa. 16 de junio de 1950. En Anexo XIII reproducimos el mensaje completo que guarda diferencias con la crónica periodística en cuanto a la propuesta. Mensaje en Archivo Alcobre.
[182] Carta de Manuel Gálvez a Manuel Alcobre. Octubre de 1950. Le dice "El Sindicato debe organizarse muy rápidamente para patearle el nido a la SADE, que quiere meterse en todo, como usted habrá leído".

la acción que cumplía la Confederación Nacional del Trabajo en orden a la dignificación del trabajador, cualesquiera fueran los campos en que desarrollasen su actividad"[183].

En el seno de ADEA se produce la renuncia de un grupo de miembros, se cuestiona la gestión de Alcobre y varios escritores se retiran formando el SEA.

Al darse la renovación de autoridades de ADEA en el año 1951 se produce una discusión en la Asamblea a la que concurren pocos socios. El secretario general saliente, Manuel Alcobre, es cuestionado por la no inserción de ADEA en la CGT. Por la correspondencia personal de Alcobre sabemos que la iniciativa de crear un sindicato "vaciaba" y "deslegitimaba" el espacio de ADEA con argumentos que él consideraba sin fundamento: la integración en la CGT debía ser votada por la mayoría de los miembros reunidos en Asamblea y esto se había mostrado dificultoso porque muchos de sus adherentes estaban encuadrados en otros sindicatos o agrupamientos. La realidad del pluriempleo o la multifunción se hacía presente en esta cuestión: eran pocos los escritores "profesionales" que reunían sus ingresos exclusivamente de la producción intelectual. Muchos trabajaban en el periodismo o colaboraban en reparticiones oficiales desarrollando tareas ligadas a la difusión (en el ámbito del ministerio de Salud, Trabajo y Previsión, etc), en tareas específicas de gestión (como en los ámbitos de cultura y educación) o en funciones diplomáticas.

En la Asamblea de renovación de autoridades del año 1951 confluyen tres sectores confrontados circunstancialmente. Por un lado, el del secretario general saliente, Manuel Alcobre, que confronta con la línea gubernamental de creación de un sindicato alternativo y debe dar cauce institucional a la renovación de autoridades. Por otro, el de los miembros de ADEA que permanecen en ella pero cuestionan la gestión y el cumplimiento de los fines de la institución "deslegitimando" su accionar desde adentro. En tercer lugar, el de los miembros de ADEA que presentan lista propia y buscan darle continuidad al accionar desligándose de la Secretaría General en el mandato Alcobre, diferenciándose de la opción del Sindicato. En este último sector se encuentra Enrique González Trillo, quien había acompañado la gestión de Alcobre como secretario de actas y había tenido importante protagonismo en las actividades y representaciones.

Estos choques y confrontaciones se pueden identificar en publicaciones de la época[184].

---

[183] CASTIÑEIRA DE DIOS, José M. De cara a la vida. Bs.As., UnLa, 2013. Pág. 120. Fermín Chávez dirá: "No nos asociamos a la ADEA y creamos otra institución porque veíamos a la ADEA en decadencia. No era de mucho nivel lo que crearon, fue muy política en vez de intelectual y poco representativa de los escritores y periodistas" en FIORUCCI, Flavia. Intelectuales y peronsmo. Bs.As., Biblos, 2011.pág.109. Como secuela de estos enfrentamientos en los diversos trabajos en que aborda el tema Chávez no menciona a Manuel Alcobre ni a Enrique González Trillo entre los escritores que adhieren al peronismo. Un ejemplo extremo: incluye a Ortiz Behety reseñando las obras en colaboración con González Trillo pero no distingue a este último. CHAVEZ, Fermín. Alpargatas y Libros. Diccionario de peronistas de la cultura I. Bs.As., Theoria, 2003. Pág. 101.

[184] Desde el ámbito oficial Castiñeira-Chávez publican la revista Poesía(nueve números desde septiembre 1949 a diciembre 1950). No aparece ninguna colaboración de Alcobre (premio nacional 1947-1949) ni de González Trillo aunque se trata de una serie de números de amplia convocatoria. En las notas y memorias de ADEA correspondientes a 1950 no hay referencia a la máxima autoridad del área cultural, J.M.Castiñeira de Dios. En la Revista Histonium de agosto de 1950 Elías Giménez Vega (vinculado al grupo promotor del sindicato) realiza una cobertura del libro premiado de Alcobre, Canción en sol de despedida, que merece una nota de denuncia al Propietario Editor don Carlos Della Pena, por parte de

En la elección de nuevas autoridades, aunque hay polémicas y objeciones, queda como Secretario General de la ADEA el escritor Enrique González Trillo[185], quien continúa en el cargo y animando la Asociación hasta 1955. En tiempos de la "Revolución Libertadora" el edificio en el que funcionaba la ADEA sufre la destrucción de su local al hallarse próximo al de la Alianza Libertadora Nacionalista.

SUS ACTIVIDADES EN LOS PRIMEROS AÑOS CINCUENTA.

Al retirarse de la secretaria general de ADEA Alcobre se concentra en las tareas de redacción en Crítica, el ejercicio de la docencia y colabora en diversos medios de prensa.

Participa del suplemento cultural de La Prensa, bajo control cegetista y dirigida por César Tiempo. En el año 1952 publica *La vocación geórgica* (28-09-52) y *La comunidad fructuosa*(26-10-52)[186].

El 9 de noviembre de 1952 diserta en el Teatro Nacional Cervantes sobre "San Pedro, azul de lino y esmalte de peces" con el auspicio del Ministerio de Educación de la Nación[187].

Publica en el suplemento cultural de La Prensa el artículo *1953 : Fin del mundo* (19-07-53)[188].

Manuel Alcobre renueva su afiliación al P.P. con una la libreta 59493, con fecha 3 de junio del año 1953. Inscripto en la Circunscripción 5ª en la U.B. de San Martín 7140, del distrito Capital Federal (intervenido) consignando domicilio en Joaquín V.González 4292 .

---

un grupo de escritores cercanos al autor, con duras calificaciones hacia el crítico. Carta al Señor Propietario Editor de "Histonium" don Carlos Della Penna. 7 de septiembre de 1950. Archivo Alcobre.

[185] Nace en Buenos Aires. Participa de la vanguardia porteña de los años veinte. Escribe en la revista Martín Fierro(44-45). Colabora en la revista Multicolor de Crítica en los años treinta. En colaboración con Luis Ortiz Behety se destacan: Kilómetro 823, tiempo de soledad, pueblos de las orillas del Teiken (1931); Canciones junto al fuego del vivac(1932); Tierra Sur (1932) Premio Municipal; Sacrificio de la Paloma de Cristal (1934); Substancia de muerte (1934); Querencia de Buenos Aires (1934); Nacimiento de Buenos Aires (1935); Tierra de las estrellas en cruz (1937); La Flor sobreviviente (1940) y Puerto Hambre (1943). Dirigen la revista Flecha en el año 1934. Escriben textos de Cultura Ciudadana, Instrucción cívica y Curso teórico-práctico de Gramática castellana bajo el peronismo.
De González Trillo: Limo(1933); Diez Adolescentes; Materia de ensueño; . Cántico de la tierra patagónica(1943); La Pasión y su sombra (1943); Eglogas serranas (1945); Oda austral (1948); Cantos de espada y laurel (1949); Llama viva (1969); Poemas patagónicos (1970); Cancionero secreto 1970.
CAMBOURS OCAMPO, Arturo. El problema de las generaciones literarias. Bs.As. Peña Lillo, 1963. Pág. 17 lo ubica en la "novísima generación". LEWKOWICZ, Lidia. Generación poética del 30. Bs.As., Ediciones Culturales Argentinas, 1974. Pág. 147 y ss. No está consignado en PAZ, Carlos. Efemérides literarias argentinas. Bs.As., Caligraf, 1999.

[186] REIN, Raanan; PANELLA, C. El suplemento cultural de La Prensa cegetista (1951-1955). Bs.As., Ediciones Biblioteca Nacional, 2013. Pág. 230.

[187] Diario Crítica. 10 de noviembre de 1952. "El disertante se refirió al partido de San Pedro, como síntesis de las características agrarias de la campaña bonaerense que parte de las costas del Paraná y recordó las zozobras que anualmente inquietaban a los trabajadores del agro, en los años prejusticialistas". Entendemos que vuelve al ruedo público en los ámbitos oficiales tras el alejamiento de J.M.Castiñeira de Dios de la Dirección General de Cultura.

[188]REIN, Raanan; PANELLA, C. El suplemento cultural de La Prensa cegetista (1951-1955). Bs.As., Ediciones Biblioteca Nacional, 2013. Pág. 243

PARTIDO PERONISTA

Nombres y apellido del afiliado: MANUEL ALCOBRE

Matrícula individual Nº 553.727

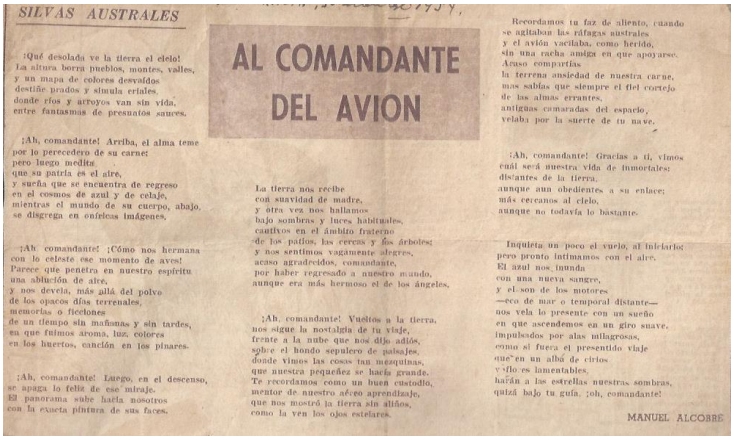
Clase: 1900 Distrito Militar: B.A.4

Sello Reglamentario de la Autoridad Partidaria

JUAN CARLOS LORENZO
SECRETARIO GENERAL

Castellani y Chávez no lo incluyen en las *Cien mejores poesías líricas argentinas*[189]. Luis Cané no lo incluye en su *Antología de Poesías bellas y eternas*[190].

Alcobre anticipa partes de un próximo libro en una serie denominada *Silvas australes*, en el Diario Democracia [191]:



SILVAS AUSTRALES

AL COMANDANTE DEL AVION

¡Qué desolada ve la tierra el cielo!
La altura borra pueblos, montes, valles,
y un mapa de colores desvaídos
destiñe prados y simula eriales,
donde ríos y arroyos van sin vida,
entre fantasmas de presuntos sauces.

¡Ah, comandante! Arriba, el alma teme
por lo perecedero de su carne:
pero luego medita
que su patria es el aire,
y sueña que se encuentra de regreso
en el cosmos de azul y de celaje,
mientras el mundo de su cuerpo, abajo,
se disgrega en oníricas imágenes.

¡Ah comandante! ¡Cómo nos hermana
con lo celeste ese momento de ave!
Parece que penetra en nuestro espíritu
una ablución de aire,
y nos devela, más allá del polvo
de los opacos días terrenales,
memorias o ficciones
de un tiempo sin mañanas y sin tardes,
en que fuimos aroma, luz, colores
en los huertos, canción en los pinares.

¡Ah, comandante! Luego, en el descenso,
se apaga lo feliz de ese mirage.
El panorama sube hacia nosotros
con la exacta pintura de sus faces.

La tierra nos recibe
con suavidad de madre,
y otra vez nos hallamos
bajo sombras y luces habituales,
cautivos en el ámbito fraterno
de los patios, las cercas y los árboles:
y nos sentimos vagamente alegres,
acaso agradecidos, comandante,
por haber regresado a nuestro mundo,
aunque era más hermoso el de los ángeles.

¡Ah, comandante! Vuelvo a la tierra,
nos sigue la nostalgia de tu viaje,
frente a la nube que nos dijo adiós,
sobre el hondo sepulcro de paisajes,
donde vimos las cosas tan mezquinas,
que nuestra pequeñez se hacía grande.
Te recordamos como un buen custodio,
mentor de nuestro aéreo aprendizaje,
que nos mostró la tierra sin afiños,
como la ven los ojos estelares.

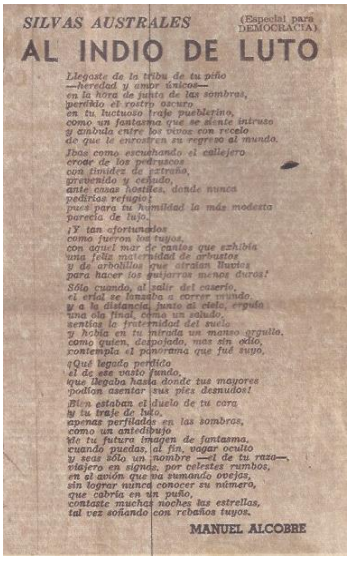
Recordamos tu faz de aliento, cuando
se agitaban las ráfagas australes
y el avión vacilaba, como herido,
sin una racha amiga en que apoyarse.
Acaso compartías
la terrena ansiedad de nuestra carne,
mas sabías que siempre el fiel cortejo
de las almas errantes,
antiguas camaradas del espacio,
velaba por la suerte de tu nave.

¡Ah, comandante! Gracias a ti, vimos
cuál será nuestra vida de inmortales:
distantes de la tierra,
aunque aun obedientes a su enlace;
más cercanos al cielo,
aunque no todavía lo bastante.

Inquieta un poco el vuelo, al iniciarlo;
pero pronto intimamos con el aire.
El azul nos inunda
con una nueva sangre,
y el son de los motores
—eco de mar o temporal distante—
nos vela lo presente con un sueño
en que ascendemos en un giro suave,
impulsados por alas milagrosas,
como si fuera el presentido viaje
que en un albó de cirios
y sílo es lamentables,
harán a las estrellas nuestras sombras,
quizá bajo tu guía, ¡oh, comandante!

MANUEL ALCOBRE

[189] CASTELLANI,Leonardo.; CHAVEZ, Fermin. Las cien mejores poesías líricas argentinas. Bs.As., Perlado, 1954.
[190] CANÉ, Luís. Poesías Bellas y eternas. Bs.As.,Atlántida, 1954.
[191] ALCOBRE, Manuel. Silvas australes. Al comandante del avión. En Diario Democracia. 30 de septiembre de 1954. Al indio de luto. En Diario Democracia. 23 de diciembre de 1954.



SILVAS AUSTRALES (Especial para DEMOCRACIA)

AL INDIO DE LUTO

Llegaste de la tribu de tu piño
—heredad y ambir únicos—
en la hora de junto de las sombras,
perfiñlo el rostro oscuro
en tu luctuoso traje pueblerino,
como un fantasma que se diente intruso
y ambula entre los vivos con recelo
de que le encontren su regreso al mundo.

Iba como escuchando el callejero
crodr de los pedruscos
con timidez de extraño,
prevenido y cehado,
ante casas hostiles, donde nunca
pedíros refugio;
pues para tu humildad la más modesta
parecía de lujo.

¡Y tan afortunados
como fueron los tuyos,
con aquel mar de rantos que exhibía
una feliz maternidad de arbustos
y de arbolillos que straían lluvias
para hacer los guijarros menos duros!

Sólo cuando, al salir del caserío,
el erial se lanzaba a correr mundo,
y a la distancia, junto al cielo, erguía
una ola final, como un saludo,
sentías la fraternidad del suelo
y había en tu mirada un manso orgullo,
como quien, despojado, nos sin odio,
contempla el panorama que fué suyo.

¿Qué legado perdido
el de ese vasto fundo,
que llegaba hasta donde tus mayores
podían asentar sus piez desnudos!

Bien estaban el duelo de tu cora
y tu traje de luto,
apenas perfiladas en las sombras,
como un antedibujo
de tu futura imagen de fantasma,
cuando puedas, al fin, vagar oculto
y seas sólo un nombre —el de tu raza—,
viajero en signos, por celestes rumbos,
en el aviión que tu sumando ovejas,
sin lograr nunca conocer su número,
que cabría en un puño,
contaste muchas noches las estrellas,
tal vez soñando con rebaños tuyos.

MANUEL ALCOBRE

Poco tiempo antes del golpe de estado que derriba a Perón, Manuel Alcobre publica un nuevo libro de poesías, dedicado a la temática patagónica: *Silvas de la tierra que fue mar*[192].

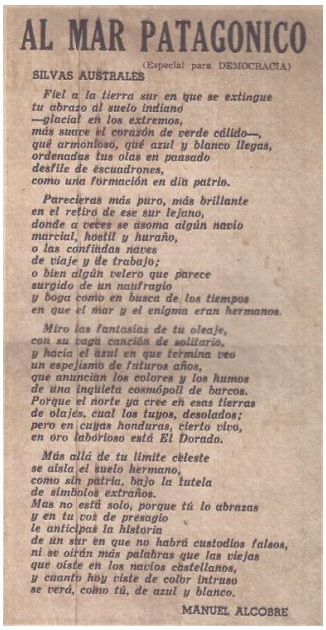
MANUEL ALCOBRE

SILVAS
DE LA TIERRA
QUE FUE MAR

BUENOS AIRES
M C M L V

[192] ALCOBRE, Manuel. Silvas de la tierra que fue mar. Bs.As., Ed. del autor, 1955. Anexo XIV.

El Diario Democracia[193] reproduce parte del libro:



AL MAR PATAGONICO

(Especial para DEMOCRACIA)

SILVAS AUSTRALES

Fiel a la tierra sur en que se extingue
tu abrazo al suelo indiano
—glacial en los extremos,
más suave el corazón de verde cálido—,
qué armonioso, qué azul y blanco llegas,
ordenadas tus olas en pausado
desfile de escuadrones,
como una formación en día patrio.

Parecieras más puro, más brillante
en el retiro de ese sur lejano,
donde a veces se asoma algún navío
marcial, hostil y huraño,
o las confiadas naves
de viaje y de trabajo;
o bien algún velero que parece
surgido de un naufragio
y boga como en busca de los tiempos
en que el mar y el enigma eran hermanos.

Miro las fantasías de tu oleaje,
con su vaga canción de solitario,
y hacia el azul en que termina veo
un espejismo de futuros años,
que anuncian los colores y los humos
de una inquieta cosmópoli de barcos.
Porque el norte ya cree en esas tierras
de olajes, cual los tuyos, desolados;
pero en cuyas honduras, cierto vivo,
en oro laborioso está El Dorado.

Más allá de tu límite celeste
se aísla el suelo hermano,
como sin patria, bajo la tutela
de símbolos extraños.
Mas no está solo, porque tú lo abrazas
y en tu voz de presagio
le anticipas la historia
de un sur en que no habrá custodios falsos,
ni se oirán más palabras que las viejas
que oíste en los navíos castellanos,
y cuanto hoy viste de color intruso
se verá, como tú, de azul y blanco.

MANUEL ALCOBRE

En la sección de Textos y pretextos del diario Democracia, José Gobello con el seudónimo Belgo[194], anota el siguiente comentario al libro: "…sentimos que las matas y los arbustos eran –tan nuetra patria como los linos y maizales. – Manuel Alcobre, poeta de pulcra y generosa obra, recoge y exalta aquella vivencia patagónica en 'Silvas de la tierra que fue mar'(Buenos Aires, 1955). El nombre –silvas- que da a sus composiciones sugiere una inspiración clásica. Lo es, en efecto, la de Manuel Alcobre aunque en alguna ocasión sucumba al encanto gongorino –*bostezando baldíos*-; recuerde la retórica lugoniana –*con la incurable decepción de grises*- o incurra en el vocablo preciosista, como algún añejo galicismo, ya aclimatado por Garcilaso, y antes aun por el clérigo Berceo: que no pudo ofrecerle el bien el trigo –*pero te dio el argén de tus ovejas*- En general, Alcobre se impone una poesía descriptiva mechada con adecuadas efusiones líricas. Da, asimismo, en algunos poemas, la nota patriótica, y lo hace afinadamente y con decoro, sin caer en fáciles patrioterismos. El tema se prestaba, sin duda, a cierto tipo de concesión demagógica, y aun al escorzo político. Felizmente Manuel Alcobre sólo trató de hacer poesía, dejando la polémica a los polemistas y la geografía a los geógrafos. De su experiencia patagónica llevó a sus 'silvas' el espíritu que alienta en aquellas regiones donde todo es tan desproporcionado que casi no hay diferencia entre la anécdota y la gesta, y el alma de los hombres que la habitan creando riquezas para que otros las disputen. Al evocarlos –quizá con el propósito, que ignoro si se cumplirá, de mostrarle al hombre urbano una salida en el torbellino, o simplemente en el embrollo, en que se desgasta- busca un punto de equidistancia entre la relamida trivialidad de la égloga y el acento enfático de la oda. Casi siempre que ocurre pierde el equilibrio y es para caer en el segundo, pero eso pocas veces. Y si su poesía no es novedosa –ni falta que hace- es en cambio digna, y elaborada con muy finos materiales. Hasta donde una constante línea de dignidad sea preferible al improptu

[193] ALCOBRE, Manuel. Al mar patagónico. En Diario Democracia. 21 de abril 1955.
[194] BELGO. Textos y pretextos. En Diario Democracia. Lunes 14 de julio de 1955.

genial es cosa larga de debatir. Pero que vale mucho más que el prurito tilingo de dar que hablar. El volumen de Manuel Alcobre tiene, entre otros, ese señalable valor".

López de Molina, en Mundo Argentino[195], realiza la siguiente cobertura del libro: "Manuel Alcobre es un poeta argentino de una pureza lírica extraordinaria. En *Silvas de la tierra que fue mar* recoge las impresiones líricas de un viaje al litoral patagónico argentino con ese señorío de la forma ya demostrado en sus libros anteriores. El poeta canta, naturalmente, motivos bien distintos a los de su obra anterior, pero hallamos la misma emoción contenida, la claridad y el ritmo a que nos tiene acostumbrados. Alcobre continúa siendo el poeta sobrio y de imágenes precisas de ayer y esto hace que sus silvas escritas en verso asonantado se lean con placer. Todo en estas páginas es de una serenidad lírica ejemplar. Sus tipos y paisajes se graban en el ánimo del lector por la magia de un estilo sin rebuscamiento. El autor de *El árbol solariego*, *Canción en sol de despedida* y *Acento Forestal* sigue siendo fiel a sí mismo".

El diario La Prensa[196], bajo control de la CGT, publica este breve: "'Silvas de la tierra que fue mar'. Por Manuel Alcobre. La Patagonia del Atlántico, dice el autor en las breves palaras con que precede su obra, es hoy tierra de paz y de energía, pero 'esa doble bendición no pudo alcanzar al clima y al paisaje'. El hombre la ha transformado sin duda en fuente de riqueza y de prosperidad, pero continúa siendo dura e inhóspita. Mas el poeta comprende que esa tierra es digna también de la exaltación estética. La Patagonia del Atlántico vive, pues, en esta obra trocada en efusión lírica, en el mensaje de quien, consustanciado con ella, descubre sus bellezas y su majestuosidad nativas. El amor por la patria, por nuestra hermosa y dura patria sur, vive en estos poemas sobrios en la expresión, desdeñosos del artificio y de la excesiva riqueza verbal, atentos solamente a mostrar la esencia misma del paisaje y la torva hermosura de esa tierra mecida por el mar y azotada por los vientos. Edito su autor esta obra bella y significativa".

En El Hogar[197] realizan el siguiente comentario. "Manuel Alcobre, el sobrio poeta de Canción en Sol de Despedida, lleva en su nuevo libro de poemas Silvas de la Tierra que fue Mar, la inquietud del hombre de las ciudades, acribillado de luces y de gritos, hacia la soledad de la Patagonia. Es su poesía un transcurrir, si no audaz, melodioso y pulcro. Y sobre todo, tierno, tienro hacia todas las circunstancias que pueblan la Patagonia con sus acentos imponderables: los vientos, el mar, el estanciero o el indio triste. El tono poético descriptivo, de Manuel Alcobre, encuentra en sus sentimientos una adecuada fórmula que eleva líricamente su verso como cuando por ejemplo dice al comandante del avión: ¡Ah, comandante! Gracias a ti vimos cuál será nuestra vida de inmortales; distantes de la tierra, aunque obedientes a su enlace; más cercanos al cielo, aunque no todavía lo bastante".

Horacio Rega Molina, en el Diario El Mundo[198], publica el siguiente comentario: "Manuel Alcobre tiene ofrecida ya a la literatura poética argentina una serie de libros, fruto de sostenida y

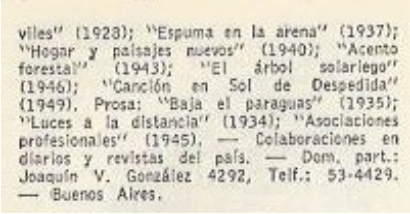
[195] Diario Mundo Argentino. Notas bibliográficas. N° 2317. 13 de julio de 1955.
[196] Diario La Prensa. 24 de julio de 1955.
[197] Diario El Hogar. Crítica de libros. 5 de agosto de 1955.
[198] REGA MOLINA, Horacio. Diario El Mundo. Sección Autores y libros. Index. 15 de agosto de 1955.

calificada labor. Comenzó en el año 1928, publicando un libro 'Paisajes civiles', a los que siguieron, entre otros, 'Poemas de media estación', 'Acento forestal', 'El árbol solariego', y 'Canción en sol de despedida'. Ha dado a conocer además páginas de prosa poemática y de prosa narrativa como 'Luces a la distancia' y 'Bajo el paraguas', amén de 'San Pedro: azul de lino y esmalte de peces'. Es, pues, la suya una personalidad de visible presencia. Su reciente libro 'Silvas de la tierra que fue mar' confirma, ratifica las excelencias de su labor anterior. Se recomienda por la unidad del tema y por la calidad de su contenido, pues la estructura formal acoge un pensamiento siempre levantado y digno. 'Los temas que integran el presente volumen –nos dice Manuel Alcobre- pertenecen al litoral patagónicoargentino o, más precisamente, a la extensión de tierra sureña que Darwin calificó de maldita'. Alcobre rechaza, con la gallardía de su verso, la 'amargura darwiniana'. Su Patagonia es la tierra del trabajo, del progreso, de la paz, de la vida útil, de los sentimientos nobles. Hay en sus poemas paisajes, sentido de lo humano, intetpretación del medio, de sus características, de lo que tiene de entrañable y de auténtico. Es pues, un cantor que ha cumplido exhaustivamente con su propósito, mediante silvas en que frutecen las imágenes y en las que se expresa un vigoroso, un cordial y comunicativo optimismo. Sin excluir -función de todo poeta- la expresión que acoge y resuelve también las austeridades a veces inhóspitas de lugares y de zonas. Citar algunas composiciones sería como desmembrar un cuerpo poético que se completa en la totalidad de las páginas, bellamente concebido y realizado con acabada forma y espíritu, sin declinar a lo largo de los versos. He aquí, pues, un libro que acentúa y avalora la contribución de l poeta a la lírica nuestra".

En la biblioteca personal de Juan Domingo Perón se encuentran los libros *Acento forestal* del año 1943 y *Silvas de la tierra que fue mar*[199] publicado el año del golpe militar que derrocó al gobierno justicialista**.**

En la publicación *Quién es Quién en la Argentina*, correspondiente al año 1955, Alcobre es presentado de este modo:

ALCOBRE, MANUEL. — Periodista. Poeta. Profesor de Enseñanza Secundaria. — Ncdo.: San Pedro (Prov. de Buenos Aires), 7-7-1900. — Pd.: Vicente Alcobre y Josefa Ares. — Esp.: Asunción María Martínez. — H.: Juan Manuel, Elsa Asunción y Horacio Héctor. — Actuación: Prof. de Castellano y Literatura, desde 1940, y de Castellano en la Esc. Ind. de la Nac. Nº 8, de la Cap. Fed. — Jefe de Secr. en la Asoc. del Trabajo, desde 1920 y de la Adm. de la Federación de Sociedades Rurales de la Patagonia, desde 1937. — Obtuvo Premio de Poesía de la Munic. de Bs. As. por "Poemas de Media Estación" (1931) y Premio N. de Poesía de la Com. N. de Cult., Trienio 1947-49, por "Canción en Sol de Despedida". — Obras: Poesía: "Paisajes ci-


viles" (1928); "Espuma en la arena" (1937); "Hogar y paisajes nuevos" (1940); "Acento forestal" (1943); "El árbol solariego" (1946); "Canción en Sol de Despedida" (1949). Prosa: "Baja el paraguas" (1935); "Luces a la distancia" (1934); "Asociaciones profesionales" (1945). — Colaboraciones en diarios y revistas del país. — Dom. part.: Joaquín V. González 4292, Telf.: 53-4429. — Buenos Aires.

Juan Pinto[200], en el libro de crítica literaria redactado por este tiempo que lleva el título *Breviario de literatura argentina contemporánea*, señala que Alcobre realiza su obra al margen del

[199] ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. Biblioteca de Juan D. Perón. Bs.As., AGN, 1999. Pag.9.
[200] PINTO, Juan. Breviario de literatura argentina contemporánea. Bs.As., Editorial La Mandrágora, 1958. Pág. 175.

movimiento vanguardista del 22. Fue contemporáneo, pero no se dejó llevar por ese impulso de renovación, aunque buscó la expresión propia en la obra. Luego consigna todas sus obras[201].

"REVOLUCION LIBERTADORA".

Luego del derrocamiento del gobierno justicialista continúa dando clases. Escribe poesía. Retoma sus relaciones con las asociaciones rurales del sur.

Su admirado amigo Rega Molina es duramente atacado por sus intervenciones públicas bajo el peronismo. *Proyección social del Martín Fierro*[202], sus palabras en relación al libro *La razón de mi vida*[203] , su escrito en *Una Nación Recobrada*[204] y sus salidas radiales en apoyo al plan económico de 1952[205] forman parte de los cargos contra su figura.

Rega es uno de los pocos escritores que con nombre y apellido es incluido en los volúmenes que integran el trabajo de las comisiones investigadoras de la "Revolución Libertadora"[206].

Desde los círculos de la S.A.D.E. lo anatemizan tanto en folletos anónimos como en el menú que se entrega en la cena de la institución a fines del año 1955.

Existen presiones para que lo limiten en la empresa periodística en la que colabora desde hace décadas y un amigo de toda la vida lo despide[207].

---

[201] PINTO, Juan. Breviario de literatura argentina contemporánea. Bs.As., Editorial La Mandrágora, 1958. Pág. 186.
[202] REGA MOLINA, Horacio. Proyección social del Martín Fierro. Bs.As., Subsecretaría de Informaciones, 1950.
[203] REGA MOLINA, Horacio. Es un canto de redención social hecho realidad por su autora" dice Horacio REga Molina del libro La razón de mi vida de Eva Perón. Bs.As., Subsecretaria de informaciones, 1952.
[204] REGA MOLINA, Horacio. En la Nueva Argentina la Cultura es un Fruto al alcance de Todas las Manos. En Una Nación Recobrada. Enfoques parciales de la Nueva Argenina. Bs.As., Subsecretaría de Informaciones, 1952.
[205] REGA MOLINA, Horacio. En SEA. Los escritores argentinos apoyan el plan económico de 1952. Bs.As., SEA, 1952.
[206] COMISION NACIONAL DE INVESTIGACIONES. Documentación, autores y cómplices de las irregularidades cometidas durante la segunda tiranía. Bs.As., Vicepresidencia de la Nación, 1958. Tomo III. El redactor del Libro Negro de la Segunda Tiranía, Julio Noé, había integrado los versos del poeta en sus célebre Antología (1926, 1931).
[207] BOTANA, Helvio. Memorias tras los dientes del perro. Bs.As. Peña Lillo, 1985. Pág.402-404. " Los indios americanos no creían en la muerte natural sino que culpaban siempre a un tercero por el desenlace. Este mecanismo mental me afloró inconscientemente. Mi teoría es que el hombre no está triste por estar enfermo sino que está enfermo por estar triste. Así fue que cuando Horacio Rega Molina se enfermó de cáncer le eché la culpa a José P.Barreiro, que también era muy amigo y a quien culturalmente le debía y debo mucho. Tenía un genio mordaz. Lo llamaban el Capitán Veneno. Fue el gran editorialista de Critica y autor de famosas crónicas…Los tres éramos íntimos amigos. Cuando Miranda adquirió el control de la Editorial Haynes, Rega Molina me pidió que lo viera para cuidar a Barreiro y los redactores liberales de redacción. Don Miguel Miranda resolvió que ninguno de los que se quedaran sería exigido a escribir nada contra sus convicciones; a los que quisieran jubilarse les daría facilidades y les pagaría una compensación, como si hubieran sido despedidos. A Barreiro se le dieron una serie de prebendas, como ser pasajes oficiales permanentes a San Juan donde vivía su hijo estudiante. Además a Francisco Coire, sobrino de su mujer, la encantadora Matilde Laspiur y asesor de Jorge Antonio, le fijó un sueldo como analista de informaciones e hizo emplear a sus familiares. Rega Molina, optó por quedarse en el diario El Mundo donde nunca escribió sobre política sino crónicas de libros y notas culturales. Cuando la Revolución Libertadora , Barreiro que formaba el grupo A.S.C.U.A. fue nombrado interventor de El Mundo, Horacio me llamó para que le hablara para decirle que le faltaban seis meses para jubilarse. Este llamado me extrañó ya que hasta ese momento habíamos salido siempre juntos y manteníamos interminables y copiosas sobremesas. Pero Rega Molina, que era sabio en cosas de los hombres, insistió porque le parecía que le Barreiro con mando era distinto al sin mando, pues no lo había ejercido nunca y era capaz de confundirse. Hablé con José P. y me aseguró que su amistad era

Hasta ese ámbito llega la enconada lucha en el mundo intelectual[208], aunque Rega nunca había aceptado cargos o designaciones oficiales[209].

En referencia a esta última situación dirá Alcobre: "Cuando el resentimiento y la inconsecuencia le cerraron las puertas de la redacción que durante años había honrado con su talento y su espíritu laborioso, desplegó su personalidad de lucha y continuó proyectando secciones periodísticas, a la vez que reanudaba su obra poética, con nuevas concepciones que no alcanzaron a trascender en las páginas del libro"[210].

En ese tiempo los encuentros se van espaciando: "Fue en esta última etapa que encontré al poeta –ya solo nos veíamos por azar- y le pregunté si continuaba la serie de admirables 'Odas con…', que había comenzado a publicar en un diario porteño. Me contestó: '¿Para qué escribir versos? No tiene objeto'. Y recordando las palabras de nuestra primera entrevista, un cuarto de siglo atrás, en Crítica, agregó: 'Este país es un establo en el cual la poesía se asfixia bajo el olor a mula'"[211].

---

inamovible. Pero tuvo razón Horacio, sus ideales liberales lo sobrepasaron. Así fue que ordenó a los ordenanzas no atenderlo. Lo sacó del escritorio que poseía desde la fundación del diario y ordenó que le dieran tareas inferiores y romper las notas no bien entregaba lo que había escrito. Después lo echó del diario y publicó en la sección libros, que redactara Rega por más de veinte años, el más infame ataque acusándolo de venalidad. No le pagó el despido y se negó a darle los certificados de trabajo…Fue así que cuando Rega Molina se enfermó de cáncer decreté que se le había producido por la tristeza causada por el abandono de un amigo que le quitó sus defensas naturales. Este es un razonamiento salvaje, tribal y charrúa".

[208] Muchos años después se producía este diálogo:
Carrizo: Horacio Rega Molina.
Borges:¡Un excelente poeta! ¡Un admirable poeta! Uno de los mejores poetas argentinos. Claro, personalmente no era grato. Pero qué importa que no fuera grato personalmente, si su obra lo era. Además, trajo tantos temas de Buenos Aires a la poesía: Y el domingo es como una lata de caramelos que en el atardecer ha sido terminada. En fin, recuerdo tantos versos de él, con tantas cosas argentinas puestas en verso por primera vez…
Carrizo: (pausa). Me emociona mucho oírlo, Borges, a usted…
Borges: Pero…
Carrizzo: …en este momento.
Borges: ¿Por qué? ¿Porque he hablado bien de Rega Molina?
Carrizo: Porque Rega Molina es un poeta espléndido, sí.
Borges: Ahora, personalmente…
Carrizo: No lo conocí. Yo no sé cómo era.
Borges: Bueno, era bastante ingrato como persona.
Carrizo: Pero, como usted dice, no importa.
Borges: Era bastante ingrato como persona, sí. Su poesía era muy superior a su diálogo, digamos. En el diálogo era cortante, fácilmente arrabalero; pero cuando escribía, no: era un poeta de una gran delicadeza. Y, al fin de todo, lo que importa es la poesía (Sonríe).
Carrizo: De eso estamos hablando.
Borges: Desde luego. La poesía es lo que queda. Kipling no quería que se escribieran biografías de él. El quería ser juzgado por su obra. Y tenía razón. Las biografías son accidentes, a veces incómodos, y muchas veces indiscretos. En Borges el memorioso. Conversaciones de Jorge Luis Borges con Antonio Carrizo. Bs.As., FCE, 1982. Pág. 265-266.

[209] ALCOBRE, Manuel. Horacio Rega Molina. En Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág. 10. A este clima refiere FURLAN, Ricardo. Recordando a Horacio Rega Molina. En Desmemoria N° 25. Enero-abril 2000. Pág. 190-192 al afirmar: "Tiempo después de su muerte y cuando aún el hombre y la obra eran exorcizados en el purgatorio del revanchismo político y literario…".

[210] ALCOBRE, Manuel. Horacio Rega Molina. En Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág. 14. Rega Molina deja dos libros sin publicar.

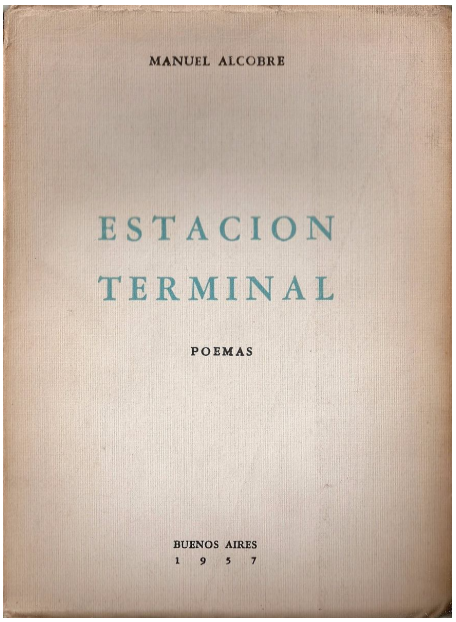
[211] ALCOBRE, Manuel. Horacio Rega Molina. En Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág.14.

Sobre los últimos días de Rega dice Alcobre: "Ya la muerte había pensado en él y preparaba sigilosamente la parte que se llevaría. Todas sus vehemencias, sus actitudes insólitas, iban perdiéndose ante el surgimiento de la ingénita personalidad del poeta: delicada, límpida, melodiosa. En el retraimiento final, alcanzó lo que había anhelado siempre: la ausencia de la realidad, la vida imaginada, la que estaba en el reverso de lo posible. Así llegó el 24 de octubre de 1957…"[212].

Alcobre comienza a preparar un libro en homenaje a Rega Molina.

Hay indicios de la participación de Alcobre en la reconstitución del Sindicato de Escritores Argentinos[213] colaborando con Abregú Virreira, viejo amigo y con quien sigue manteniendo contacto[214].

En el año 1957 publica un nuevo libro de poemas con el título *Estación Terminal*[215]:



En el Diario El Mundo[216] se publica la siguiente nota: "Manuel Alcobre es una enamorado de la naturaleza. Buena señal. El canto nace en su inmensidad y crece en quien lo procura y se halla capacitado para darlo. Amar a la naturaleza es lo primero a que ha de sentirse inclinado el poeta, pues en ella reside el secreto que lo habita y que está llamado a descubrir, en palabras maduras, para que otros lo sepan y entiendan. Esta bella misión tiene en el autor de 'Estación terminal', que acaba de ver la luz, a un servidor, elocuente, sencillo y veraz. El verso no ha menester de otras

[212] ALCOBRE, Manuel. Horacio Rega Molina. En Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág. 14-15.
[213] Dedicatoria de Alcobre a Cambours Ocampo de la obra Estación Terminal. Allí se consigna: N.- Muchas gracias por su adhesión al S.E.A.. Carta de Helvio Botana a Manuel Alcobre : "Mi adhesión al sindicato. Espero que sea de escritores y no de mecánografos en sociedad de socorros mutuos". s/f.
[214] Carta de Carlos Abregú Virreira a Manuel Alcobre. 3 de noviembre de 1959. Le agradece el pésame por la muerte de su madre y le expresa : "Y un fuerte abrazo del viejo y sincero amigo que espera verlo pronto".
[215] ALCOBRE, Manuel. Estación terminal. Bs.As., Ed. Alcares,1957.
[216] Diario El Mundo. 5 de enero de 1958.

virtudes para ser expresado. Su dimensión exacta la da esta aptitud del gran amor universal que posee en él un idioma propio y en el poeta su traductor. En tal sentido, Alcobre sigue la línea valorada ya en 'Poemas de media estación', 'El árbol solariego' y 'Acento forestal'.

En el Diario El Mundo[217] se publica la siguiente nota: "Manuel Alcobre es una enamorado de la naturaleza. Buena señal. El canto nace en su inmensidad y crece en quien lo procura y se halla capacitado para darlo. Amar a la naturaleza es lo primero a que ha de sentirse inclinado el poeta, pues en ella reside el secreto que lo habita y que está llamado a descubrir, en palabras maduras, para que otros lo sepan y entiendan. Esta bella misión tiene en el autor de 'Estación terminal', que acaba de ver la luz, a un servidor, elocuente, sencillo y veraz. El verso no ha menester de otras virtudes para ser expresado. Su dimensión exacta la da esta aptitud del gran amor universal que posee en él un idioma propio y en el poeta su traductor. En tal sentido, Alcobre sigue la línea valorada ya en 'Poemas de media estación', 'El árbol solariego' y 'Acento forestal'".

En la sección de crítica literaria del diario Clarín[218] se inserta este comentario: "En 'Estación terminal', su nuevo libro, nos da Manuel Alcobre una serie de poemas inspirados en un clima de ausencia y nostalgia. Cualquiera de sus estrofas muestra ese clima; ésta, por ejemplo:

Pero ahora que el bosque es nuestro y nos espera,
preferimos mirarlo como un bien inseguro
lo pasado fue sueño;
lo actual no lo es siquiera.
sólo nos queda el bosque, pero ha de ser futuro.

Con metáforas claras y emotivas resonancias, Alcobre da a cada uno de sus poemas un sabor característico dentro de aquella unidad de espíritu que ya le hemos señalado. El autor de 'Canción en sol de despedida' reitera en este su nuevo libro la modalidad de su poesía. Fue siempre un poeta intimista, de sosegado lirismo. Aquí, bajo nuevas formas, aquel sentimiento encuentra su persistente carnadura".

En Noticias Gráficas[219] comentan: "Los poemas de Estación terminal' han sido concebidos y escritos bajo el signo de una humana melancolía en la que subyace, asimismo algo más que la resignación, pues en verdad se trata de una conformidad trascendente con el destino.

Bien se que estoy llegando
Camino hacia la ausencia.
Los árboles me ofrecen sus
Brazos y percibo su voz:
No cree en sueños, pero sigue soñando.

He aquí una buena referencia sobre un poeta: no cree en sueños, pero aún sigue soñando. Esto es algo más que resignación ante la muerte, es reconciliación con la vida. Todo un libro respira un

[217] Diario El Mundo. 5 de enero de 1958.
[218] Diario Clarín. 26 de enero de 1958.
[219] Diario Noticias Gráficas. "Estación Terminal" por Manuel Alcobre. 11 de marzo de 1958. Las iniciales B.V. correspnden a Bernardo Verbitsky.

espíritu parecido pues el poeta responde a su propio sentimiento de tristeza con buenos versos y eso ya en sí mismo representa una actitud frente a la existencia. Imágenes de la ciudad se mezclan a la expresión subjetiva del autor a través de cuyos poemas se comprueba la exactitud de Amiel de que el paisaje es un estado de ánimo. Predomina lo vesperal y lo otoñal en este libro, pero también se reiteran los nocturnos ciudadanos en los que el viento y la lluvia agregan su vieja sonoridad que el poeta registra e interpreta. Una variación exterior, pero que mantiene la identidad del espíritu se advierte en Río invernal:

Los árboles asisten a tu viaje
Como se ve pasar un sentenciado
Y se sientes más fieles al paisaje
Donde su término no está contado.
Pues mientras tu inquietud fluvial avanza
Hacia la sed del mar en que se pierde
Ellos siguen cantando la esperanza
De que siempre en su girs habrá otro verde
Así yo, sin pensar en cómo y cuándo
Querria para mí la arbórea espera,
Con el alma de un pájaro cantando
Y el sueño de una nueva primavera.

Todo el libro es una serena aproximación a la idea de la muerte, una familiarización que los poetas no temen. Y en Alcobre se realiza con un acento pleno de nobleza, del que pueden dar idea los musicales versos que reproducimos".

En el diario La Razón[220] publican el siguiente comentario. "ESTACION TERMINAL por Manuel Alcobre (Alcares). Una larga dedicación a la poesía que se inicia en 1928, con su primer libro, señala el autro de este volumen. Mucho tiempo ha transcurrido desde entonces, y destacable ha sido la labor cumplida por Alcobre en tan amplio lapso. Esta nueva obra, dentro siempre de los metros clásicos, nos trae de nuevo la actitud de serenidad contemplativa que caraceriza toda la lírica de Alcobre, quien domina su instrumento expresivo con facilidad y levanta sus poemas con una constancia laboriosa que gana el aplauso del crítico, en estos años en que tanto abundan los poetas improvisados y ansiosos de publicar a toda costa. Alcobre es un poeta de voces bajas, de sordina, que se vuelve al mundo y lo mira desde el fondo de su espíritu, dialogante y amigo. Los objetos, las calles y los seres se miran desde un hontanar de recatada autenticidad, que se expresa medidamente y que por momentos acierta a levantar poemas logrados. Así canta:

Quisiera acompañarte, grave río,
Y ver si sólo pueblan tus orillas
Árboles grises y este viento frío
Que nos hinca su invierno en las mejillas…

El título de la obra señala su sentido de nostalgia contagiosa e indica al lector la vuelta al recuerdo de un pasado contemplativo, que se expresa acertadamente".

[220] Diario La Razón. Sección Notas. Estación Terminal. 29 de marzo de 1958.

Recibe acuse de recibo por la obra de Dell' Oro Maini, Estrella Gutiérrez,

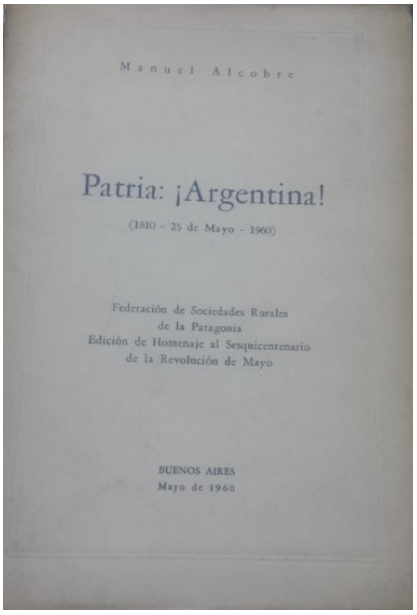
TIEMPOS DE FRONDIZI.

En esta época Alcobre tramita los reconocimientos de su labor en el nivel medio y comienza a retirarse parcialmente del ejercicio de la docencia. Abandona para ese momento la Escuela de Periodismo en la que "ha dejado hondos recuerdos y a la cual sigue estrechamente vinculado"[221].

Mantiene vínculos con una diversidad de personalidades del campo cultural. Intercambia cartas con Salvadora Medina Onrubia[222] que denotan conocimiento y proximidad.

En Quién es Quién en la Argentina, biografías contemporáneas[223], correspondiente al bienio 1958-1959, repiten la misma información del reporte del año 1955.

La Federación de Sociedades Rurales de la Patagonia publica una edición de Homenaje al Sesquicentenario de la Revolución de Mayo, con la obra *Patria: ¡Argentina!* de Manuel Alcobre.


Manuel Alcobre

Patria: ¡Argentina!

(1810 - 25 de Mayo - 1960)

Federación de Sociedades Rurales
de la Patagonia
Edición de Homenaje al Sesquicentenario
de la Revolución de Mayo

BUENOS AIRES
Mayo de 1960

Clarín[224] publica la noticia de la salida del libro: "La Federación de Asociaciones Rurales de la Patagonia ha resuelto asociarse a los actos del 150° aniversario de la Revolución de Mayo, disponiendo la edición del poema de Manuel Alcobre: 'Patria Argentina'. La obra exalta a los hombres, hechos y paisajes que dieron su grandeza a la Argentina".

[221] Sección Artes y Letras de la publicación periódica de la Escuela de periodismo.
[222] Salvadora Medina Onrubia a Manuel Alcobre. 6 de marzo de 1959.
[223] QUIEN ES QUIEN EN LA ARGENTINA, Biografías contemporáneas. Bs.As., Kraft, 1959.pág.30.
224 Diario Clarín. Edición del poema "Patria Argentina". 18 de mayo de 1960.

En Noticias Gráficas[225] realizan el siguiente comentario: "En adhesión al sesquicentenario, la Federación de Sociedades rurales de la Patagonia ha editado un poema de Manuel Alcobre, titulado 'Patria: ¡Argentina!. La composición de Alcobre está escrita en versos alejandrinos, y en su acento severamente acompasado se respira el aire de un auténtico homenaje poético a la efemérides. Ya se sabe lo peligroso que puede ser un intento de esta naturaleza, que puede llevar fácilmente a la vulgaridad de un poema de circunstancias. Otros asimismo lo aprovechan para expresar posiciones banderizas, de tal modo que en lugar de una exaltación nos dan manifestaciones de vehemencia que lindan a veces con el odio, en momentos en que corresponde destacar lo que uno y no lo que separa. Todos estos peligros los ha sabido eludir con dignidad Manuel Alcobre con la simple limpidez y sinceridad de sus móviles. Lejos de la chatura escolar que siempre amenaza un empeño semejante, Alcobre alcanza relieve expresivo, digno de la materia que lo inspira. Siente al país, en su geografía y en su historia, en la materialidad de su tierra, en el espíritu de sus tradiciones y los ideales de su pueblo. Y todo lo concierta en una expresión líricamente notable".

Tiempo después, el 4 de junio de 1961, en el Diario La Nación, sale la siguiente crítica: "Como homenaje a la Argentina en ocasión de cumplirse el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, la entidad arriba mencionada ha publicado estos versos, obra de un poeta que siente los temas de inspiración civil y que sabe realizarlos de un modo en elque lo clásico y lo romántico se asocian estrechamente y con armonía que no decae en ningúninstante. Dividido en nueve partes que evocan lo substantivo de la historia patria, y que aspiran a traducir su sentido fundamental, este poema se desenvuelve en alejandrinos pareados cuyo movimiento recuerda el de los buenos modelos modernistas y, para mayor mérito suyo, el de los versos con que el maestro Lugones exaltó en 1910, desde estas columnas la grandeza de la Nación, según lo atestiguan pasajes como el siguiente:

Y ve la Patria viva, en la tierra, en los seres
en los tallos y espigas, bajo el signo de Ceres,
que celebra su nombre con agrrios matices:
violado en los linares, de plata en los maíces,
y celeste en la altura neutral que determina
el albo de una nube con alma de argentina.

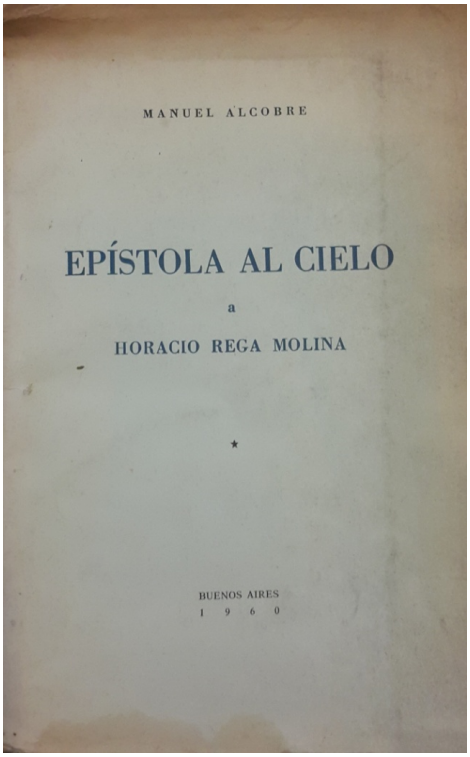
Manuel Alcobre continúa así una tradición honrosa, no sin enriquecerla con matices propios, y sobre todo, con un fervor que acentúa el mérito de su tributo patriótico".

En un tiempo y unas condiciones no muy propicias para la recuperación de ciertas figuras, rinde homenaje a su amigo Rega Molina con la publicación de *Epístola al cielo*[226].

---

[225] Diario Noticias Gráficas. Patria: ¡Argentina! Un poema de Manuel Alcobre. 21 de agosto de 1960.

[226] ALCOBRE, Manuel. Epístola al cielo. Bs.As., Ed.del autor,1960. Para ilustrar el clima en el que sale el libro podemos ver la anotación que realiza sobre Rega Molina en esa coyuntura L.A.Murray: "El poeta, prosista y crítico (1899-1957), en el que todavía se están vengando los resentidos a causa de comentarios bibliográficos adversos…Ciertas actitudes políticas y literarias del poeta –uno de los saludados por Lugones- le enajenaron la simpatía de los que corren 'en socorro del vencedor', de los sonetistas que miden mal los versos y, en fin, de los cojitrancos eternos de las letras. Una siniestra conspiración de silencio lo bloquea, aún, cada día menos efectiva, porque, como dijera Unamuno, no hay 'cosas



Quien fuera amigo de Rega Molina, Helvio Botana, le agradece y comenta el libro:

“Fe es alegría.

Querido amigo:

Recibí y leí y releí su ‘Epístola al cielo’.

No puede ud imaginar lo que mi alma la precisaba.

Ha cavado profundo, donde quienes buscan ser llamados poetas, han olvidado de labrar. Ha cavado en la amistad, en la amistad no al pequeño, sino al grande, que precisa como todos su oído.

Tiene de su limpieza poética afronta ud algo extraordinario y difícil; se puede ser poeta diciendo poco, no aportando nada y Ud. dice mucho. Ud ha dicho mucho y ha afrontado todo. Hoy le envidio. Sabía que había que hablar con Horacio y no lo supe hacer, y Ud. lo ha hecho.

La hizo con la voz del hombre, mesurada, limpia, llana, pero profunda e inamovible.

La rebelión real, no piensa a gritos, ud. se ha rebelado con música.

---

de poetas’; sólo los poetas tienen cosas; los demás, sombras de cosas’”. MURRAY, Luis A. Humorismo argentino. Bs.As., Ediciones Culturales Argentinas, 1961. Pág.130.

Muy contento de haberlo leído, muy contento por Horacio, pero más contento de ser su amigo”[227].

Ofelia Zuccoli de Fidanza le envía una carta: “Amigo poeta: los que de alguna manera no creemos en la muerte, nos sentimos ampliamente compensados con un libro como el suyo ‘Epístola al cielo’. ¡Cuánto belleza y cuánto dolor tiene su poesía!. El oído fino de Horacio, desde los estrechos, habrá recibido este conmovedor diálogo de su alma.

‘La copa primicial de la belleza

Que aquí, convierte, se nos da por gotas’.

Ud. lo dice con profundidad y dice lo que sentimos muchos, sin poder ofrecerlo a veces. Por su recuerdo, por su generosidad y por su canto: Gracias Poeta”[228].

Gálvez le escribe: “Perfecta versificación y buena poesía…Ahora, no sé si Rega estará en el Cielo. El pobre era demasiado jodido…”[229].

Anzoátegui le dice: “Mi querido amigo: soy la personificación de la traición a mí mismo. No se por qué, pero cuanta mayor necesidad tenía de agradecerle, primero su ‘Patria. ¡Argentina! y después su ‘Epístola’, mayor era la tentación de dejarlo para un mejor momento: para uno de esos ratos lentos que uno quisiera tener para la amistad y que nunca llegan. Le admiro, como usted sabe, de todo corazón, en toda esperanza y desesperanza, en toda hermandad. Por eso, y porque valen mucho, le agradezco sus libros y su amistad. Y lo hago, además, con la humildad de quien vive y se pone siempre en deuda con usted. Créame su affmo, compañero"[230].

En Crítica literaria del diario Clarín[231] anotan: “Dedicado a la memoria de Horacio Rega Molina, que fue uno de nuestros grandes sonetistas, este volumen de versos puede ser calificado como una obra poética plena de hallazgos de tono admonitorio algunas veces, otras angustiado, otra, por fin, beligerante. Escritor empeñoso y de talento, Manuel Alcobre ha publicado anteriormente poemas, relatos y prosa poemática, componiendo en total doce volúmenes”.

En el suplemento cultural del diario La Nación[232] sale un comentario a la obra: “En la línea lugoniana, Horacio Rega Molina, fue un poeta de verdadera significación, que supo destacarse por su destreza técnica y por la gracia de su fantasía. Algunos de sus libros (por ejemplo ‘La víspera del buen amor’) han de quedar, sin duda, en la historia de la poesía argentina, como testimonios de una sensibilidad tan fina como pura. El autor del volumen cuyo nombre encabeza esta nota tiene una orientación semejante. Gusta, como Rega Molina, de las metáforas visuales, de dibujo firme y colores fáciles. Y, al igual del autor de ‘El árbol fragante’, no desdeña, como muchos de sus

[227] Carta de helvio Botana a Manuel Alcobre. 16 de febrero de 1961. Archivo Alcobre.
[228] Carta de Ofelia Zúccoli Fidanza a Manuel Alcobre. E de marzo de 1961. Archivo Alcobre.
[229] Carta de Manuel Gálvez a Manuel Alcobre. 14 de marzo de 1961. Archivo Alcobre.
[230] Carta de Ignacio Anzóategui a Manuel Alcobre. 8 de julio de 1961. Archivo Alcobre.
[231] Diario Clarín. Sección Crítica Literaria. Bibliografía. Epístola al cielo. De Manuel Alcobre. Puede que la nota haya sido escrita por Zía o Murray colaboradores de la sección y conocedores de las trayectorias en juego.
[232] Diario La Nación. 1 de abril de 1962.

colegas coetáneos, la versificación de carácter tradicional. Todo ello se advierte en esta 'Epístola', que de sentimental pasa pronto a ser censoria, no sin apelar, en los instantes menos felices, a recursos más propios de la prédica política que de la buena literatura. Su verso suele ser ágil e inventivo. Las líneas defectuosas (por ejemplo ésta: 'al átomo que ha de trizar su mole') no abundan. Pero hay momentos en que el discurso lírico se vuelve frío y mecánico, a fuerza de ajustarse a los mismos esquemas conceptuales y estilísticos. La expresión acaba entonces en franca monotonía, triste región de la que el poema resurge en estrofas como la siguiente: 'La vida exige el apostar la vida, y hay que hacerlo con ánimo sereno: y siempre será nuestra la partida si la jugamos con el Angel Bueno'. No obstante sus lunares, la obra que comentamos impresiona de manera favorable en virtud principalmente de un fervor cuya devoción por el ser a quien se dirige estremece de varonil emoción amistosa algunos de los versos".

Ulises Petit de Murat, en el diario El Mundo[233], realiza un breve comentario a la *Epístola*: "En versificación clásica y cuidada, Alcobre dirige esta epístola al poeta Hora Rega Molina. Evoca la vehemencia imaginera, la riqueza de inspiración que lo caracteriza y , al mismo tiempo, como todo pintor retratista, va perfilando su propia personalidad, su aguda y lírica visión del mundo. Desfilan tipos y paisajes. Hay referencias epigramáticas al zapatero o al político, un poco a la manera del poeta evocado. Y en el conjunto una serenidad crepuscular, una manera suave y comprensiva de situar las emociones y los recuerdos, donde prevalece una ironía a la que voluntariamente, en la sustanciación poética, se ha tratado de liberar de toda agresividad. En esta comunicativa e inventora diafanidad reside el encanto esencial de los versos de Manual Alcobre. (Edición del autor)".

En una gacetilla bibliográfica[234], referente a la misma "Epístola", opina el comentarista que fue "Dictada acaso por un anhelo reivindicatorio del amigo y del poeta que consagró el espaldarazo de Leopoldo Lugones, lo evoca auditivamente en esta sonoridad de los endecasílabos caros del autor de 'Oda provincial' ". Tiempo después, en una presentación de la obra de Rega, responde Alcobre: "¿Anhelo reivindicatorio de qué? Se reivindica, en la acepción que el comentarista da al vocablo, a quien ha cometido actos censurables. Rega Molina era un hombre correcto, sin tachas en su conducta social. Tampoco nada había que reprocharle como poeta. Quizá se aludía a la posición política que parecía haber adoptado, en circunstancias inciertas para sus actividades. Pero en ese aspecto no podía ser objeto de "reivindicación". Las orientaciones políticas no tienen valor absoluto, para juzgarlas buenas o malas, porque la tendencia que es execrable para el adversario resulta plausible para el de la misma militancia. Por otra parte, es necesario establecer que, no obstante posturas tácticas, Rega Molina no tuvo convicciones políticas ni se sintió preocupado por los problemas sociales. Con fe en sus propios recursos, escéptico en lo concerniente al altruismo de los demás, era profundamente individualista. Se burlaba por igual de todas las banderías, de los abanderados partidarios y de los ideólogos. Para él, solo una faceta de la vida –la de más bellas luces- no merecía burla: la poesía"[235].

---

[233] U.P.M. Diario El Mundo. 9 de mayo de 1962.
[234] Noticias Gráficas. 23 de abril de 1961.
[235] ALCOBRE, Manuel. Horacio Rega Molina. En Poesía de Horacio Rega Molina. Bs.As., Eudeba, 1965. Pág.11-12.

Por ese tiempo, Manuel Gálvez a quien Alcobre había presentado como candidato al Premio Nobel de Literatura, le pedía un encuentro para "…que usted me ayude a recordar gentes y cosas"[236] y "hablarme de ADEA, a la que dedico un capítulo en mis Recuerdos"[237].

En el año 1962 le solicitan desde la dirección de la Escuela Industrial N° 8 una serie de adecuaciones, entre las cuales está su titulación formal[238].

Alcobre sigue en contacto con escritores argentinos de diversa procedencia y trayectoria.

Por ese tiempo recibe una carta de Castellani: "Recibí sus tres libros, que le agradezco. Me serán útiles. No leo sino libros que me puedan ser de algún provecho, porque tengo poco tiempo; y los suyos los he leído. Poesía verdadera. Ha hecho bien en ponerla bajo el signo de Rega Molina; pero la juzgo mejor que la de él, que se fue por demás tras lo 'bonito', la suya tiene más contenido y fibra, sin cederle en belleza verbal. Un vocabulario rico. Y muy seguro. Pequeños defectos métricos – prosódicos; por ejemplo, la palabra 'aún' la hace ud. siempre bisílaba; y es bisílaba solamente cuando significa 'todavía'. Muchos poemas perfectos, piezas maestras, acabadas, en donde un verso esplende de repente como una joya. Gran paisajista lírico. Poesía recata, sin estridencias, voluntarimente etérea e imprecisa (o sea, musical) a veces y otras, concreta y robusta. Me alegro de poderlo alabar sin restricciones. Y le agradezco las amables dedicatorias"[239].

TIEMPOS DE ILLIA.

En acuerdo con Fermín Estrella Gutiérrez y el respaldo de la S.A.D.E. tramitan en el Congreso la aprobación de una ley con asignación de pensión a los escritores que habían obtenido premios nacionales en el campo literario. Sale la ley 16416.

En ese año se publica *Poetas argentinos contemporáneos*[240], selección realizada por César Rosales para el Ministerio de Relaciones Exteriores, que provoca polémica y malestar por las exclusiones de la obra. Un autor mexicano de visita en el país y en proceso de construcción de una antología poética argentina, Diego Luis Peñaranda, envía una nota a un periódico con las siguientes puntualizaciones: "La controversia –llamésmola así – que sostienen en estos momentos varios escritores argentinos, con respecto a una publicación oficial relativa a poetas del país, me informa, en primer término, del interés que despiertan las inquietudes poéticas en los grandes diarios argentinos, y luego me sorprende con la notable falta de información que ponen de manifiesto los intelectuales en discordia, que nombran poetas en buen número –unos nombras los que otros callan y viceversa-; pero todos omiten a un importante número de líricos de mérito superior al de

[236] Manuel Gálvez a Manuel Alcobre. Carta del 14 de marzo de 1961.
[237] Manuel Gálvez a Manuel Alcobre. Carta del 25 de marzo de 1961. Estas notas e intercambios nos llevan a matizar / revisar algunas de las afirmaciones del escritor sobre la trayectoria de ADEA.
[238] Nota del Director Interino Enrique Herin a Manuel Alcobre. 1 de junio de 1962.
[239] Carta de Leonardo Castellani a Manuel Alcobre. 26 de febrero de 1963. Archivo Alcobre.
240 Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto-Dirección General de Relaciones Culturales. Poetas argentinos contemporáneos. Bs.As., MREyC, 1964. Selección y notas de César Rosales.

no pocos de los mencionados. Y es sorprendente, porque sus obras se hallan en la Biblioteca Nacional, son considerables y hasta han obtenido premios oficiales, lo que denota se han mantenido ignorados por el público.

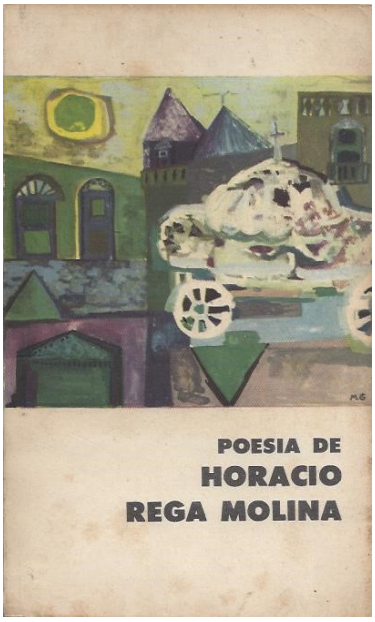
“No ha visto citados los nombres de César Tiempo (Israel Zeitlin), notable lírico, de muy correcta expresión formal; Augusto González Castro, autor de varios volúmenes notables; Raúl González Tuñón, vehemente, exaltado en la canción de acento social; González Trillo y Ortiz Behety, asociados en poemas de puro vuelo lírico; María Raquel Adler, mística y de notable transparencia expresiva; Luis Franco, de una recia inspiración humana; José Pedroni, hogareño y armonioso; Alvaro Yunque, impresionante en su descripción de humildad, sin desmedro de la poesía; Manuel Alcobre, autor de una maravillosa ‘Canción en sol de despedida’, del cual he leído también una de las más nobles canciones a la Argentina, de fomra perfecta; Eugenio Julio Iglesias, con sabor a poeta de siglos pasados, pero pleno de dignidad; Miguel A.Camino, ganado por los temas bucólicos, con un recuerdo acentuado de la lírica pastoril.

“Podría citar otros poetas no recordados por los protagonistas de las cartas publicadas; pero sería tal vez exceso de minuciosidad. No lo será en mi trabajo de compilación, en el cual me propongo destacar los nombres aquí olvidados –me dicen que por razones de bandería política- , muchos de ellos, en la escala valorativa inevitable de la obra intelectual, superiores a los poetas destacados por la obra en discusión y por la discusión misma”[241]. Peñaranda toma contacto con Alcobre quien, es muy probable, es el autor de varias de las indicaciones y las motivaciones consignadas en la nota.

En el año 1965 desde EUDEBA[242] le piden una selección y presentación de trabajos de Rega Molina.

[241]

[242] Inferimos que es Aníbal Ford quien le realiza esta solicitud.

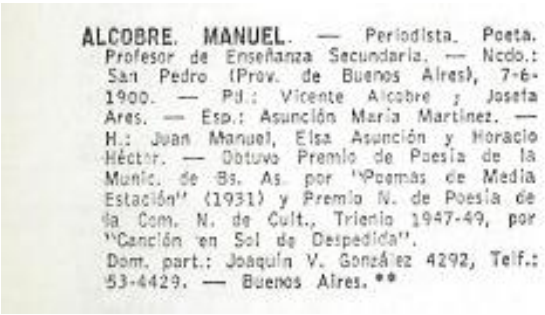


Escribe una nota introductoria ubicando la personalidad del poeta y realiza una cuidada selección de material que incluye poemas de *La hora encantada* (1919); *El poema de la lluvia* (1922); *El árbol fragante* (1923); *La víspera del buen amor* (1925); *Domingos dibujados desde una ventana* (1928); *Azul de mapa* (1931), *Oda provincial* (1940); *Sonetos con sentencia de muerte* (1940); *Patria del campo* (1946); *Sonetos de mi sangre* (1954).

El 12 de mayo de 1966 un grupo de escritores se entrevistan con el Presidente Arturo Illia. Solicitan que se implemente la ley 16416 de noviembre de 1964 que estipula pensiones vitalicias a los literatos que hayan obtenido premios nacionales en ciencias y letras. Asisten a la reunión: Manuel Alcobe, Pedro Miguel Obligado, Fermín Estrella Gutiérrez, Alberto Franco, Arturo Marasso, Arturo Capdevila y Manuel Mújica Láinez.

“REVOLUCION ARGENTINA”

En el año 1968 la edición de Quién es quién en la Argentina dice:


ALCOBRE, MANUEL. — Periodista. Poeta. Profesor de Enseñanza Secundaria. — Ncdo.: San Pedro (Prov. de Buenos Aires), 7-6-1900. — Pd.: Vicente Alcobre y Josefa Ares. — Esp.: Asunción María Martínez. — H.: Juan Manuel, Elsa Asunción y Horacio Héctor. — Obtuvo Premio de Poesía de la Munic. de Bs. As. por "Poemas de Media Estación" (1931) y Premio N. de Poesía de la Com. N. de Cult., Trienio 1947-49, por "Canción en Sol de Despedida".
Dom. part.: Joaquín V. González 4292, Telf.: 53-4429. — Buenos Aires.**

Está en contacto con miembros de la S.A.D.E. y recibe el boletín de la Sociedad. No frecuenta ámbitos públicos y se concentra en el cuidado de su familia.

RETORNO DEL PERONISMO

No contamos con información sobre sus relaciones o posicionamientos en relación al tercer gobierno del Gral. Perón, descontando su continuada simpatía por ese movimiento político.

En el año 1975 Alcobre vuelve a escribir poesía. Hace una edición de autor de sus versos con el título *Poema de la noche iluminada*.

Recibe varias cartas de comentarios entre las cuales se encuentra una de Petit de Murat, viejo compañero de la redacción de Crítica: "¡Qué grata sorpresa - mi querido Manuel Alcobre – recibir tu poemario de la Noche iluminada! Celebro tu regreso al verso, que siempre supiste manejar y que pienso no debemos dejar de lado, puesto que nos trae la magnificencia que siempre existe en la oportunidad de crear. A pesar de la melancolía profunda implícita en la soneto final, hay mucha sensibilidad por el color, la forma y el misterio de la fracción de universo en que nos toca transita, incluída la aglomerada ciudad, que ves con ojos singularmente penetrantes en sus distintos avatares. Me alegro que el poeta persista en ti y lo des a conocer. Yo comparto ese tipo de lírica obstinación y me siento muy a tu lado, sobretodo porque has elegido un ámbito que, como el de la noche, es caro a mis sentidos y a mis reflexiones. Recibe un gran abrazo de quien siempre te quiere como amigo y estima como poeta"[243].

Sufre una molesta enfermedad que lo obliga a permanecer en la casa. En los últimos años de su vida Manuel Alcobre se recluye al ámbito privado familiar. Fallece a fines del año 1977.

[243] Carta de Ulyses Petit de Murat a Manuel Alcobre. Junio 1977. Archivo Alcobre.

ALCOBRE EN LA BIBLIOGRAFÍA.

Hernández Arregui no lo incluye en los listados de adherentes al peronismo[244].

Ghiano no lo refiere en Poesía Argentina del siglo XX[245]

En 1959, en un reportaje realizado por L. Soler Cañas, Arturo Cambours Ocampo[246] incluye a Manuel Alcobre en la novísima generación, aunque no había sido seleccionado en el trabajo de 1931.

Si bien sus escritos incluyen elementos humorísticos y ha sido destacado por ese rasgo L.A. Murray no lo incluye en su selección[247].

Isaacson y Urquía no lo menciona en sus *40 años de poesía argentina 1920/1960*[248]. Tampoco lo hacen Mazzei[249], Rosales[250], Salas[251], Urondo[252] .

Jauretche no lo incluye en su listado de "malditos"[253].

No lo incluyen Ara[254] ni Becco[255].

La *Historia de la Literatura Argentina* publicada por el Centro Editor de América Latina no lo menciona[256].

Soler Cañas no lo incluye en sus trabajos sobre la "Generación del 40"[257].

Furlan[258] en la conclusión de su síntesis sobre la relación entre justicialismo y literatura coloca entre los poetas, por estricto orden alfabético, en primer lugar a Manuel Alcobre.

---

[244] HERNANDEZ ARREGUI, Juan J. Imperialismo y cultura. Bs.As., Amerindia, 1957.
[245] GHIANO, Juan C. Poesía argentina del siglo XX. Bs.As., FCE, 1957.
[246] CAMBOURS OCAMPO, Arturo. El problema de las generaciones literarias. Bs.As., Peña Lillo, 1963. Pág.17. Entre los libros donados por A. Cambours Ocampo al Instituto de Literatura Argentina Ricardo Rojas de la UBA, aparecen dedicatorias de Alcobre al autor en las obras Estación Terminal y Epístola al cielo. Muestran un viejo conocimiento, trato amistoso e intercambio frecuente.
[247] MURRAY, Luis A. Humorismo argentino. Bs.As., Ediciones Culturales Argentinas, 1961.
[248]ISAACSON, J.; URQUIA, C. 40 años de poesía argentina. 1920/1960. Bs.As., Editorial Aldaba, 1962. 3 tomos.
[249] MAZZEI, Angel. La poesía de Buenos Aires. Buenos Aires, Ciordia, 1962.
[250] ROSALES, César. Selección y notas. MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO. Poetas argentinos contemporáneos. Bs.As., Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1964.
[251] SALAS, Horacio. La poesía de Buenos Aiers. Bs.As., Pleamar, 1968.
[252] URONDO, Francisco. Veinte años de poesía argentina 1940-1960. Bs.As., Galerna, 1968.
[253] JAURETCHE, Arturo. A modo de prólogo donde se habla de malditos y de uno en particular. En CASCELLA, Armando. La traición de la oligarquía. Bs.As., Sudestada, 1969.
[254] ARA, Guillermo. Suma de poesía argentina. 1538 – 1968. Crítica y Antología. Bs.As., Guadalupe, 1970. 2 tomos.
[255] BECCO, Jorge. Poetas argentinos contemporáneos. Bs.As., Extensión Cultural dos muñecos, 1974.
[256] Historia de la literatura argentina. Bs.As., CEAL, 197
[257] SOLER CAÑAS, Luis. La generación poética del 40. Bs.As., Ediciones Culturales Argentinas, 1982. 2 tomos.
[258] FURLAN, Luis R. Justicialismo y literatura. En FRENKEL, Leopoldo. El justicialismo. Su historia, su pensamiento y sus proyecciones. Bs.As., Legasa, 1984. Pág. 81.

Paz lo menciona en Efemérides literarias argentinas[259]

Chávez no lo incluye en su *Diccionario de peronistas de la cultura*[260].

Galasso no lo incluye en *Los malditos*[261] aunque provee información precisa sobre la trayectoria y vicisitudes de la vida de Horacio Rega Molina a quien está íntimamente ligado.

Cutolo lo llama "poeta de fibra" y cita la opinión de Gálvez "un poeta serio, vigoroso, noble"[262].

Jorge Monteleone no lo cita en *200 años de poesía argentina*[263].

Rodolfo Edwards incluye a Alcobre nombrándolo como poeta, periodista y docente y señalando que se desempeñ como secretario de ADEA entre los años 1949 y 1951. En una nota al pie detalla: "Habitué de las redacciones de Crítica, Mundo Argentino, El Hogar, Caras y Caretas, La Nación y La Prensa. En 1931 fue distinguido con el Tercer Premio Municipal de Poesía de la Ciudad de Buenos Aires; obtuvo el Primer Premio de Poesía, otorgado por la Comisión Nacional de Cultura en el trienio 1947-1949, por su libro Canción en sol de despedida"[264].

Mariano Pacheco trae a cuenta a Alcobre vinculándolo a la dirección de ADEA[265].

---

[259] PAZ, Carlos. Efemérides literarias argentinas. Bs.As., Caligraf, 1999.pág.250.
[260] CHAVEZ, Fermín. Alpargatas y libros. Diccionario de peronistas de la cultura. Bs.As., Theoria, 2004. 2 tomos.
[261] GALASSO, Norberto(comp). Los malditos. Bs.As., Madres de Plaza de Mayo, 2004. 4 tomos.
[262] CUTOLO, Viente. Novísimo diccionario biográfico argentino(1930-1980). Bs.As., Editorial Elche, 2004. Tomo Primero A-C. pág.35.
[263] MONTELEONE, Jorge. 200 años depoesía argentina. Bs.As., Alfaguara, 2010.
[264] EDWARDS, Rodolfo. Con el bombo y la palabra. El peronismo en las letras argentinas. Una historia de odios y lealtades. Bs.As., Seix Barral, 2014. Pág. 36.
[265] PACHECO, Mariano. Cabecita negra. Ensayos sobre literatura y peronismo. Bs.As., Punto de Encuentro, 2016. Pág. 50.

ANEXO DOCUMENTAL.

ANEXO I. MANUEL ALCOBRE. EL ARBOL SOLARIEGO

I.
Feliz yo si volviera al punto de partida
y en mis últimas noches tuviese la fortuna
de escuchar, entre sueños, la voz estremecida
del árbol hogareño que oí desde mi cuna.

Era un peral, si bien, por los íntimos lazos
que nos unían, puedo darle un nombre más tierno,
porque aquel ser paciente que me tuvo en sus brazos
fue para mi orfandad como un signo materno.

A su influjo, lo muerto de mi infancia se mueve
en un renacimiento de recuerdos velados.
invernales ascensiones a su monte de nieve,
veraniegas cosechas de sus trompos dorados.

Horas contemplativas, en invernal retiro,
tras un vidrio que aniebla el patio amarillento,
donde el peral, convulso de llanto y de suspiro,
se inclina bajo el peso de la lluvia y el viento.

Adentro el fuego forja su breve primavera;
se estremecen las sombras; plasma su esfinge el gato,
en tanto que mi madre, melancólica, austera,
ruega por nuestra suerte, pendiente en su retrato.

El peral se desala como un pájaro herido.
Nadie se compadece de su mal ni lo auxilia.
Medito que es injusto dejarlo en el olvido,
pues, si no en sangre, en alma integra la familia.

El árbol de la casa, que vela nuestro sueño
y , en flor, fragancia o fruto, nos aroma y consuela,
en su porción de patio, más que húesped es dueño,
y más que tutelado nos brinda su tutela.

Yo recuerdo el peral de mi solar de niño
como un viejo pariente con vocación de santo,
que nos daba la suma de su oro y su armiño
en cambio de un humilde rincón para su canto.

Su imagen es un ramo florido de emociones.

Revive y me devuelve mis días iniciales.
Agita en mi un museo de rememoraciones,
como una colección de paisajes postales.
II.
Pausas de atardecer, bajo la fronda amiga,
donde alientan las brasas de mozos ardimientos
mi padre, en generosa declinación de espiga,
y dos contertulianos en vejez de sarmientos.

El vasco don Vicente, que en la pampa adoptiva
habíase teñido con el bronce paisano;
más reflejaba el alma de su tierra nativa
en la boina, en las erres y en lo fiel de su mano.

Su figura se hermana al criollo don Argüello,
de bravía canicie en desorden de parva,
y que al narrar sus años, se acariciaba el cuello
como si se exprimiera recuerdos de la barba.

Entre el criollo y el vasco y mi padre, gallego,
mediaban diferencias de ombú, castaño y roble.
Otra fronda, otra voz, otra leña, otrofuego;
Mas la savia era una: arbóreamente noble.

Los tres, en sincronismo de muerte como en vida,
cual en la siega caen las coetáneas mieses,
volvieron a la tierra, la tierra prometida,
cantada por los cedros, los pinos y cipreses.

Sus esencias divagan en invisible vuelo;
sus voces se apagaron para siempre en mi oído.
Sólo el árbol persiste, en su palmo de suelo,
con una igual presencia de aroma y de sonido.

Yo he visto en la casa que es suya y fue la mía
Alargarme sus joyas de primavera sobre
el techado, con esa piadosa simpatía
que nos inspira el pródigo a quien hallamos pobre.

Lo he visto estremecer su follaje a mi paso,
y he leído en sus signos el solidario empeño
de confiarme su vida de abandono y fracaso,
como el perro vendido frente a su antiguo dueño.
III.
El árbol que ha mirado nuestra vida pequeña
y ha visto, en cada aurora, cambiar nuestros dioramas,
siente como una madre la congoja hogareña
de ver cuál se disgregan las familiares ramas.

Yo advertí en el peral un aire satisfecho,
algo que, traducido en sentimiento humano,
podría ser la diche que en el hogar deshecho
difunde el imprevisto regreso de un hermano.

Los árboles domésticos presiden los hogares;
consubstancian su vida con la humana existencia.
Cuando un ser se incorpora le brindan sus cantares,
y cuando finaliza, dan albergue a su esencia.

IV.
Espíritus custodios, angélicos destinos,
como el árbol paterno, sobre tiempo y distancia,
perdura en mí la flora que en los patios vecinos,
asomada a las cercas, intimó con mi infancia.

La encina a cuya sombra se acoge el carpintero,
mientras encrespa el suelo de lamillas rizadas,
y poco a poco forma de un rústico madero
brizos para las vidas recién inauguradas.

Sobre el cine del taller, fraternal y sencillo,
el árbol acompasa las laboriosas notas
de esfuerzo y de fatiga que murmura el cepillo,
con el tamborileo pluvial de sus bellotas.

El pino que tremula su cono en la herrería,
ante la cual mi infancia, con absorta fijeza,
mira cómo el herrero forja la pedrería
con que el alma del hierro mitiga su pobreza.

En los días ventosos desciende desde el pino
un rumor de canción cantada por lo bajo,
y unidos yunque y árbol funden en un destino
la canción del ensueño y el ritmo del trabajo.

El aromo que dora la vida al colchonero
y en humor de jovil inspiración galana,
llueve fragantes chispas de oro volandero
sobre las espumosas nubecillas de lana.

Ofrenda a la nocturna soledad de la esposa,
al afán de la novia, al temor del pequeño,
a la desesperanza del pobre,
que reposa con un tesoro oculto debajo de su sueño.

El álamo que erige en la panadería

su aguja palpitante de verdura escamada,
y en el otoño mezcla lamas de fantasía
entre los peces tibios de la harina dorada.

Su esbeltez colma el patio de forestal orgullo.
En la paz de las tardes veraniegas, conmueve
ver al amo, feliz, adormido en su arrullo,
escarchado el bigote de panífera nieve.

El ombú que en el patio del viejo relojero
abre su antigua choza de sombrías urdimbres,
perdida la noción del tiempo verdadero,
en un caos horario de campanas y timbres.

Por la ventana mira cómo inclina la frente
el artesano sobre la máquina dormida,
aplicando a su espíritu el ojo de la lente,
cual si indagara el signo del tiempo y de la vida.

El roble que esclarece el caserón añoso
en donde el zapatero, desde antaño,
coloca suelas que va fijando mediante el laborioso
prestigio de los clavos que extrae de su boca.

En tiempo de hojarasca, cuando cambia de traje
y el viento echa al taller su dorada nobleza,
el zapatero siente que ése es vasto homenaje
para su humilde vida de trabajo y pobreza.

El ciprés que agudiza su enlutada elegancia
en el mustio jardín de la empresa mortuoria,
junto a un coche con ángeles en rogativa instancia
y querubíes que tañen las trompetas de gloria.

A veces se atempera su lóbrega figura
con el amenizante matiz de un gallardete
que suele aparecer meciéndose en su altura
cuando el azar del viento le enlaza un barrilete.

La acacia que en el pulcro hogar del escribano
-circunspecto varón de ejecutoria ilustre-
Alza su copa argéntea, cual si la misma mano
que da brillo en la casa cuidara de su lustre.

Lustre que en el otoño, cuando el aire lo aventa,
revolando sin tino, temerario y jocundo,
va a posarse en los folios donde el pasante asienta
las vidas ingresadas y salidas del mundo.

El eucalipto cuyo higiénico perfume,
desde el huerto del buen boticario,
publica el don de la perfecta salud que se resume
en los maravillosos frascos de la botica.

Asomado a la calle, majestuoso en lo externo,
su sencilla ternura de abuelo se delata
en la munificencia con que llueve en invierno,
para la infancia humilde, sus trompillos de plata.

El duraznero emblema de la tintorería,
que en agosto se enciente de escarlata fructuosa,
y por sobre el vallado luce su gallardía
como una invitación a vestirse de rosa.

Adentro observa al dueño, que, en tintóreas mudanzas,
va enguantando sus manos con plurales matices:
Dorados de ilusiones, verdosos de esperanzas,
y los rosas y azules de los sueños felices.

El sauce que en el huerto del pintor paisajista
eleva su apacible surtidor de follaje,
a cuyo fresco su apacible surtidor de follaje,
a cuyo fresco auspicio va extendiendo el artista,
sobre telas desiertas, campiñas de miraje.

Los pinceles del árbol les dan toques de verde,
a la vez que al pintor le acarician la espalda,
o velan su figura, que a intervalos se pierde
como tras la cortina de una lluvia esmeralda.

Así está en mi recuerdo, mas no ya junto al sauce.
El río de los años ha derruído su arcilla,
y en tanto se diluye en el eterno cauce,
el árbol permanece lloviznando en la orilla.

Tal el roble, la encina, el castaño, la acacia,
siempre iguales sus faces y sus voces de seda.
La familia envejece, finaliza o se espacia;
mas el núcleo hogareño de los árboles queda.

Y en su voz sobrevive cuanto en la casa ha muerto.
Lo pasado, hecho sones, fluye de cada rama
y se vierte en el aire, tal como en el concierto
la existencia del músico surge del pentagrama.

Ninguna vida plena, ningún final cumplido,

ausente la fortuna de sumar a la copia
de otros bienes la simple dicha del buen olvido,
al amor del arbóreo don de la sombra propia.

Feliz yo si las luces de mi postrer mañana
me otorgasen la gracia de que en mi sueño lleve
el cuadro del peral, pintado en la ventana,
con el último brindis de su copa de nieve.

ANEXO II. Mensaje del Secretario General de ADEA, Manuel Alcobre, en el homenaje a Carlos Obligado. 20 de mayo de 1949.

“En nombre de ADEA, Asociación de Escritores Argentinos, tengo el alto honor de descubrir las placas con que la entidad ha querido perpetuar en bronce el nombre del poeta nacional don Rafael Obligado y el de su hijo, el preclaro poeta don Carlos Obligado, quien, en la hora de su prematura y lamentada desaparición, asumía la autoridad máxima de nuestra sociedad gremial.

”Acerca del significado del homenaje al cantor de Santos Vega, sólo he de decir que la entidad ha tenido el propósito de sumar su tributo recordatorio a los múltiples actos semejantes con que ha sido honrada la ilustre personalidad del poeta, bajo cuya venerable advocación fue constituída la Asociación de Escritores Argentinos.

“Más extenso, aunque sin apartarme de la brevedad que exige el carácter de este acto, he de ser con respecto a don Carlos Obligado, alto poeta, ensayista y traductor de singular talento.

“Hemos hecho moldear, junto al nombre ilustre, el título de l aobra en verso que el poeta prefería entre todas las suyas. El motivo de esa predilección por el poema ‘Patria’ no era tanto literario como patriótico, si bien los tercetos magistrales que se suceden a lo largo de ciento veinte páginas merecían el aprecio artístico del autor. Pero Carlos Obligado era, por sobre todo y en igual plano que poeta, un fervoroso amante de su país, y detestaba todo aquello que pudiera desvirtuar la esencia de lo nacional, concretada en la trinidad arbórea: raíz católica, ramaje hispánico y flor y frutos argentinos. Por eso, en el extenso y brillante poema ‘Patria’, une el acento epopéyico al lirismo de sus ideas y emociones de hijo entrañable de esta tierra. Así van el poeta y el patriota por una misma senda luminosa, asociado el amor al suelo nativo con la dignidad del arte poético.

“Otros libros que nos legó el insigne escritor, en los cuales quedan exteriorizados las diversas faces de su talento y su inspiración. Recordemos ‘El Poema del Castillo’, admirable conjunto de romances que podrían por sí solos justificar la gloria de su autor. Canta ese poema, de magnífica estructura externa e íntima unidad esencial, la heredad de sus mayores, la esposa, los hijos, el paisaje agrario de linos y maíces que van a detenerse a orillas del Paraná, en la parte que la geografía histórica señala con el nombre glorioso de Vuelta de Obligado. Los seres queridos y la tierra amada se consubstancian en un solo propósito de belleza, que alcanza la más elevada jerarquía en el curso de los numerosos romances, cuyos plurales tonos de canto se compendian en el tierno nombre de su hijita María Luz, tema y alma de una de las composiciones más delicadas del ‘Poema del Castillo’.

“Mencionemos también los cuarenta sonetos que integran su último libro –‘Ausencia’-, laureado por la Comisión Nacional de Cultura. Todas esas composiciones evocan la memoria de la esposa ausente en materia. Obra serenamente elegíaca, de grave y hondo acento cristiano, acaso sea la más perfecta del autor. En su atmósfera espiritual está presente, iluminada por una milagrosa aurora de poesía, la esencia de aquella alma que en el amor y el tiempo había llegado a confundirse con la suya. No conocemos otro poema de mayor dignidad lírica ni de más noble elaboración artistica. El poeta quiso verter en esos sonetos lo más acendrado de su inspiración,

como si hubiera presentido la inminencia de su vuelo astral, en cuya estela habría de hallar a la que en sus versos quedaba viviendo en luz y armonía.

“Además de las obras mencionadas, recordemos su libro primigenio, ‘Poemas, versos de iniciación, de muy logrado acento lírico, y los que publicó más tarde: ‘De los grandes románticos’, excelente traducción de poetas franceses; ‘La cueva del fósil’, ingeniosísimas consideraciones relativas a la vida literaria argentina; ‘Los poemas de Edgar Poe’, traducción del inglés y el ‘El argentinismo de Rafael Obligado’. De todos esos libros, así como de la personalidad del eminente poeta, hablará hoy en la Casa del Teatro, con la autoridad y el talento que le conocemos, el doctor Antonio Montarcé Lastra, quien no ha hecho el honor de tomar a su cargo la segunda y más significativa parte del presente homenaje.

“Sólo quiero agregar ahora que, a la vez que nuestra entidad rinde el tributo recordatoriode ese bronce perdurable, se honra con la perpetuación de su propio nombre, junto al del insigne poeta que la dirigió y aun la preside en espíritu.

“Agradzcamos , finalmente, la generosa disposición de ániimo que hemos hallado en el señor propietario de esta morada patricia, el caballero don Rafael Bosch, quien con toda solicitud se apresuró a facilitarnos el espacio qe cubren las dos placas conmemorativas.

“Traseúntes actuales y de lo porvenir se detendrán ante estos bronces, ennoblecidos por la que ahora significa, y evocarán, enuno, en el que recuerda a don Rafael Oligado, la verable imagen del ‘patrio bardo de la banda azul’, en el otro, concretado en las catorce letras del nombre ilustre, el símbolo de un eximio poeta, de un patriota cabal, de un caballero sin tacha, que tales virtudes unidas poseyó en grado de excelencia nuestro querido secretario general, el poeta Carlos Obligado”.

ANEXO III: Nota del Secretario General de ADEA, Manuel Alcobre y del Secretario de Actas, Enrique González Trillo al presidente de la Nación, General Juan Perón, solicitando la aprobación legislativa del Estatuto del trabajador intelectual.

Buenos Aires, Agosto 18 de 1949.

Al Excmo. Señor Presidente de la Nación,

General don Juan Perón.

S/D.-

Excmo. Señor Presidente :

Puesto a pública consideración el Proyecto de Estatuto del Trabajador Intelectual, que oportunamente fué redactado por la Junta Designada a ese efecto, La Asociación de Escritores Argentinos que me honro en representar viene, por mi intermedio, a refirmar los términos de la nota que tuvimos el honor de elevar a V.E., solicitándole su intervención, a fin de que el proyectado Estatuto entrara en vigencia cuanto antes, sin ser sometido a estudio previo, vista la indudable responsabilidad moral e intelectual de quines le dieron estructura.

Estima esta entidad que esa vasta concepción de estímulo y recompensa del trabajo intelectual puede suscitar, como toda obra humana, opiniones no coincidentes; pero ninguna de sus prescripciones contraría los intereses de los artistas y escritores y todas ellas estatuyen beneficios de amplio alcance que, sin perjuicio de posteriores enmiendas de detalle, debería tener inmediato efecto práctico.

En la presente era justicialista que, por fortuna para nuestra Patria, ha traído el advenimiento de V.E., sólo los trabajadores intelectuales se hallan en espera de que sean cumplidos sus anhelos en el campo económico y en el de la consideración pública moral e intelectual, sabiamente instituídos por el proyecto de Estatuto, cuyo espíritu compendia, en lo que a la obra intelectual se refiere , los ideales de la Revolución Nacional, inspirada y conducida a feliz término por V.E.

Solicitamos, pues, Excmo. Señor Presidente, quiera dignarse considerar la posibilidad de que dicho Estatuto sea puesto en vigencia tal como ha sido redactado, mediante un decreto del P. E. Nacional, y luego, ya en ejecución los múltiples y trascendentes beneficios que establece, pase al Hble. Congreso de la Nación, a los efectos de la correspondiente legalización parlamentaria.

Enrique González Trillo
Secretario de Actas

Manuel Alcobre
Secretario General

ANEXO IV. Mensaje del Secretario General de ADEA, Manuel Alcobre, al inaugurar la Exposición de la Poesía Argentina Actual y la Exposición de Pintores argentinos organizado por la entidad.

En nombre de ADEA, Asociacion de Escritores Argentinos, tengo el honor de inaugurar la Exposicón de la Poesía Argentina Actual y la Exposición de Pintores Argentinos organizados por la entidad.

La vinculación de la muestra de pinturas con la de libros poéticos tiene por finalidad la de complementar, objetivamente, con el color y las formas artísticas, la belleza escrita en esas páginas que, a la vista, como el disco fonográfico al contacto con la púa, fluyen para la inteligencia y la sensibilidad el eco esencial de su armonía y sus imágenes.

Hemos querido también dignificar estas paredes, llorosas de aguaceros, con la nobleza de esos cuadros que nos traen la policromía de cielos, tierras y plantas, junto con rostros animados por el arte y el alma pictórica de quienes les infundieron la vida de los colores.

La exposición poetica reúne a muchos de los autores que en los últimos años han contribuído a constituir el actual acervo de la poesía de nuestro país.

Ahí está Enrique González Trillo, sonoro de heroicos alejandrinos patrios, ferviente y augural en las odas de las tierras australes y las islas irredentas; desbordante de imágenes maravillosas el verso musical; y Rafael Jijena Sánchez, con su armonía autóctona, como un eco pentafónico de la prístina alma norteña; y Augusto González Castro, de efluencia cordial, aire lírico que, a través de otoños e inviernos, mantiene su luminosidad de primavera, y Carlos Abregú Virreira, de sencillo canto, puro como el hornero que simboliza sus motivos poéticos; y Enrique Lavié, con sus íntimos sonetos de soledad, donde se mueve en una diáfana atmósfera de lirismo altamente depurado.

Unidos en un mudo coro, donde se hallan en potencia todas las nots de la belleza poética, ahí están también…y finalmente el que habla, si ustedes le permiten la autoreferencia, que cantó preferentemente a los árboles, por las muchas veces que los árboles, en su infancia sin voz materna, le cantarony lo mecieron en sus brazos.

Alientan ahí las expresiones poéticas de quienes, obedeciendo al impulso de su vocación de belleza , sin vacilaciones ante la frecuente hostilidad del medio, dieron a la Argentina su actual acento poético. Crearon para ella una riqueza que, pese a la opinión muy generalizada, no es menor que ninguno de los bienes materiales.

Y aun podemos afirmar que los supera, porque si, por ejemplo, no tuviéramos novillos, ello podría deberse a la falta de tierra verde o de voluntad para producirlos; pero si careciéramos de poesía, la causa no podríamos buscarla en la tierra pobre, sino en la pobreza de nuestra inteligencia y nuestro espíritu”.

ANEXO V: Mensaje del Secretario General de ADEA Manuel Alcobre en la cena de homenaje a escritores premiados. Julio 1949.

En nombre de ADEA, Asociación de Escritores Argentinos, tengo el honor de ofrecer este acto de homenaje y compañerismo a nuestros consocios Pilar de Lusarreta, Irma Cairoli de Liberal, Martín Alberto Boneo, Arturo Cancela, Enrique Lavié, F.J.Muñoz Azpiri y Juan Oscar Ponferrada.

Todos ellos, cada uno en la manifestación del arte literario que cultivan, dan jerarquía a las letras argentinas y honran a nuestra entidad gremial, que los cuenta entre sus asociados desde los días iniciales.

Queremos unir este homenaje, de espíritu afectuoso e intelectual, al reconocimiento de valores que se les ha hecho oficialmente, con la consagración de la ponderable obra que llevan realizada.

Celebramos a Pilar de Lusarreta, autora de destacados libros de literatura de imaginación y ensayos, por la nobleza que ha aportado a nuestro teatro, al dotarlo de una expresión escénica de auténtica dignidad artística.

Exaltamos la personalidad de Irma Cairoli de Liberal, cuyo espíritu cultivado en las disciplinas sociológicas, busca también la belleza oculta en la esencia del arte folklórico. Y así asocia los estudios científicos con la delicada labor de ponernos al descubierot las expresiones artística del alma vernácula.

Tributamos nuestra admiración a Martín Alberto Boneo, joven autor de poemas, por sus excelentes sonetos y las múltiples facetas líricas de su labor de alta significación en nuestr nueva poesía.

Rendimos homenaje a Arturo Cancela, el sutil humorista de faz austera, que floreció en la sonrisa de los 'Tres relatos porteños', y en la madurez de su talento, puso sus descollantes dotes intelectuales al servicio de nuestro arte teatral, para darle una jerarquía y redimirlo de la modestia en que ha venido desarrollándose.

Expresmoa nuestra gratitud admirativa a Enrique Lavié, una de las voces más puras de nuestra lírica actual, por la belleza que fluye de los sonetos de su soledad y se difunde en el espíritu del lector, como un rayo de sol que descubre un suelo de flores en la penumbra de la arboleda.

Agasajamos a Juan Oscar Ponferrada, el poeta de acento íntimo y armonioso, que, en un fructífero intervalo de su labor lírica, contribuyó a elevar las manifestaciones teatrales de nuestro país con su obra de genuina estirpe nativa.

Los premios a la producción literaria, en sus diversos géneros, siempre han sido discutidos; pero los otorgados a los escritores que honran nuestra mesa no fueron objeto de dudas acerca de su

justicia. Tal vez, si algo hubiera que observar, sería el grado de las distinciones, que en algunos casos estuvieron por debajo de los merecimientos de los laureados.

Pero no estamos aquí para señalar las inevitables discrepancias de criterio con que se califica la obra literaria. Los premios distinguen el trabajo del escritor, le dan pasajera actualidad. El tiempo dice después cuál es su verdadero mérito. En nuestros laureados, lo futuro refirmará que sus esfuerzos en pro de nuestra cultura literaria han sido nobles, y esa nobleza no hará sino acrecentarse con los días, como los buenos licores y los pergaminos.

No quisiera referirme a este acto tan halagüeño para nuestro mundo literario sin hacer alusión al tiempo en que lo realizamos. Tiempo feliz para los trabajadores de todas las actividades, entre los cuales se cuentan los que desarrollan su vocación en el campo de las letras. Cercana está en la cronología y, por suerte, lejana en lo social, la época en que un insigne poeta nuestro ponía fin a su vida luminosa, con la amargura de contemplar la humillación de las nobles inquietudes del espíritu y el entrelazamiento del materialismo sin patria y sin conciencia.

Dias felices éstos, de dignificación y recuperación, en que el primer ciudadano de la República, nuestro General Perón, se acerca a los medios humildes y llama hermanos, camaradas, compañeros a los modestos hombres de trabajo; y en que la noble esposa que lo acompaña y secunda menosprecia las comodidas de su rango y elige el sacrificio cotidiano de su obra de cristiana solidaridad social. En ete tiempo afortunado, también los escritores, junto con los que realizan otras labores intelectuales, se hallan próximos a ver cumplidas viejas esperanzas de ennoblecimiento de las tareas del espíritu.

Esa aspiración será efectiva con la vigencia del Estatuto del Trabajador Intelectual, vasta concepción de estímulo y recompensa para quienes cumplen actividades literarias y artística, que la nueva era justicialista ha organizado con el propósito esencial de que los trabajadores del intelecto desarrollen su vocación científica o belleza, libres, con verdadera libertad, que no se reduce a la libertad política e ideológica, que por ventura existe ampliamente en nuestro país, sino que comprende la libertad económica, sin la cual nadie puede ser ciertamente libre, porque la necesidad de subsistir lo entrega a ineludibles dependencias.

La libertad económica, unida a las otras libertades –muy relativas sin la primera-, ese es el bien que, junto con la dignificación y la mayor posibilidad del trabajo intelectual, están próximos a hacer suyo los escritores y artistas de este tiempo de justicia y reorientación social, en que los trabajadores del músculo y de la inteligencia se sienten llamados compañeros, camaradas, hermanos por el preclaro Presidente de los argentinos; y en que la noble esposa de ese inspirado conductor se halla siempre presente entre los humildes, para que no adviertan su humildad en esta tierra de opulencia.

Consocios de ADEA, señoras y señores, pido excusas por esta digresión al margen del propósito especial de este acto, que en el fondo es también de justicialismo literario, y vuelvo a la personalidad de quienes se han hecho acreedores de nuestra admiración y del reconocimiento oficial de su talento.

Pido para ellos nuestros cordiales aplausos y brindemos por el constante éxito de su futura labor literaria, para honra de nuestra entidad gremial de escritores y para la mayor grandeza intelectual de nuestra Patria.

ANEXO VI: Mensaje de Manuel Alcobre en la cena anual de camaradería de ADEA. Diciembre de 1949.

"En nombre de la Asociación de Escritores Argentinos, tengo el alto honor de referirme al significado del presente acto de camaradería, con el cual, unánimemente, los escritores socios de ADEA hemos querido tributar el homenaje de nuestra plena adhesión al Excmo. Señor Presidente de la República, general don Juan Perón, por la grandeza de todo orden que sus realizaciones sociales, económicas y morales han traído para nuestra Patria; a la vez que deseamos expresar la amplia simpatía y admiración con que vemos cumplirse la magnífica obra social de su muy digna esposa, la señora Da. María Eva Duarte de Perón, que tan noblemente lo secunda con su acción en beneficio de los humildes.

"Al honrar al Primer Magistrado de la Nación y a su digna esposa, hemos creído oportuno y justiciero mencionar especialmente, para tributarles nuestro aplauso, a los consocios que han prestigiado a la entidad con su descollante actuación en las letras, en las altas funciones administrativas del Estado y en el Congreso Nacional. Ellos son: el Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor D.Hipólito J.Paz; Excmo.Señor Ministro de Asuntos Técnios, doctor D.Raúl Mende; señor Subsecretario de Cultura, don Antonio P.Castro; Señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, profesor Federico A.Daus; señores senadores nacionales: profesor D. Juan Fernando de Lázaro, doctor D.Eduardo Madariaga, doctor D. Diego Luis Molinari; señores diputados nacionales: Tte. Coronel D. Manuel Alvarez Pereyra, doctor D.Eduardo Colom, doctor D. John W. Cooke, R.P. doctor Virgilio Filippo y don Angel Miel de Asquía.

"Expresamos también nuestra admiración al escritor Carlos Vega, que obtuvo el premio nacional de Historia, Arqueologia y Filología, y al merecer tan alta distinción intelectual, dio relieve a su personalidad y honró a nuestra Asociación gremial, que lo cuenta entre sus asociados fundadores.

"Luego de esta manifestación de cordial aplauso a nuestros destacados consocios, aludamos brevemente a los ideales que dieron origen a nuestra entidad, porque ellos contienen el espíritu que no une en esta franca expresión de camaradería.

"Nacida ADEA bajo el signo de la Revolución Nacional Justicialista, ha cumplido sus actividades gremiales y culturales con invariable fidelidad a los principios que crearon la nueva Argentina, incluidos en sus estatutos sociales y arraigados en la mente y el corazón de sus adherentes. Tal firmeza doctrinaria le ha permitido mantener y aun acentuar la solidaridad inicial que le dio impulso y cohesión, hasta llevarla a la potencialidad numérica y moral –ya que no económica- que puede exhibir en la actualidad. Nuestra Asociación ha venido desarrollando sus actividades específicas dentro de un delineamiento estrictamente gremial y cultural, con prescindencia de otras manifestaciones, inspirada en las palabras del Jefe de la Revolución Nacional Justicialista, que son lema de la entidad: "Nuestro movimiento significa una nueva orientación en la cultura argentina.

"En el orden espiritual e intelectual, hemos querido hacer honor a esa afirmación, con la certidumbre de que en su brevedad se hallan concretadas las directivas para que las

manifestaciones artísticas y culturales armonicen con los principios de justicia y solidaridad social que hoy imperan en nuestro país.

“Trabajamos para que el compañerismo, vivificado por la pureza de esos ideales, fuera la fuerza impulsora de nuestra acción, y nos complace comprobar que se han cumplido nuestras esperanzas, no obstante las circunstancias adversas que nunca faltan y que, por fortuna, en muchos casos, son el estímulo necesario para no ceder en una determinación.

“Así podemos celebrar felizmente esta reunión de auténtica camaradería, que se exalta con la honrosa trascendencia de realizarse en homenaje al Primer Magistrado de la Nación y a su señora esposa, a los cuales queremos decir los escritores de A.D.E.A.:

“Excmo. Señor, muy digna señora: en este propicio final de año, quienes cumplimos nuestra vocación literaria, sin dejar de ver la vida que se desenvuelve a nuestro alrededor, y nos hallamos unidos por un mismo ideal de felicidad para el pueblo argentino, declaramos nuestra complacencia. Nos sentimos optimistas porque tal estado de ánimo prevalece en la totalidad de los habitantes de nuestro país, en pleno goce de la paz social, la honradez política y la seguridad económica instaurada en la República, no, por cierto, por obra del acaso o de las circunstancias, sino merced a la ineluctable vocación patriótica y social, de raíz cristiana, que floreció y dio frutos con el advenimiento y la acción del insigne constructor de la Nueva Argentina, el señor General Perón.

“Excmo. Señor Presidente de la Nación, señora Da. María Eva Duarte de Perón, consocios de ADEA, señoras y señores: el año conocido nos dice adiós y deja el enigma del que le sucederá, para el cual todos tenemos nuestros propósitos y esperanzas. Algunas tal vez se cumplirán; otras pasarán a aumentar el número de las cosas no realizadas que persisten como cenizas en nuestra memoria. Ante la incertidumbre de lo porvenir, pedimos a Dios que el año próximo y todos los siguientes que quiera darnos, podamos reunirnos nuevamente como hoy, asociados por el ideal y el corazón, y que cada uno de nosotros, en su respectiva esfera y en la medida de sus posibilidades, realice afortunadamente todo aquello que contribuya a hacer la grandeza de la Patria, que es la mejor manera de trabajar por la propia felicidad”.

ANEXO VII. Manuel Alcobre. Canción en sol de despedida.

I.

Deshoja el sol su mustia margarita
entre fronda otoñal que se amortaja
en una efluencia de rojez marchita
con pájaros que cantan en voz baja.

Nuestra tarde y la tarde. El pensamiento
ausente en el albor de antiguas cosas.
Se que si hablas lo harás con el acento
de quien tuvo un rosal qu eno dio rosas.

Poco fue de nosotros nuestra vida,
absorta ante el miraje de mañanas
que nos llevaron con la fe encendida
hasta el poniente gris de nuestas canas.

¿Volver? ¡Ah! Si la luna fuera aquella
que aspiramos en oro en las aromas,
si nos diera su argén la misma estrella
y el viejo aire soltara sus palomas…

Pero es otra la luna y mira triste;
es extraña la brisa, y habla apenas;
y ya no estoy en rosas cual me viste,
ni te veo en tu aurora de azucenas.

Lejos yacen cenizas de jornadas,
sombras confusas bajo el aire espeso
de unmundo de fronteras clausuradas
donde nunca estaremos de regreso.

Albas dominicales de campanas;
crepúsculos de pianos familiares,
y el rumor de las rejas provincianas
en nocturnos de estrellas y azahares.

(Las campanas, Chopín, la luz, la brisa:
cuadro sonoro donde se resume
el eco envejecido de la misa
y una niebla de luna y de perfume.)

Vagas siluetas que nos han quedado
y vibran en la magia de un reflejo,
como al abrirse una ventana al prado
de improviso da flores el espejo.

Las cosas tienen alma, y hay en ellas
un lenguaje de íntimo sentido.
Así el guiño de luz de las estrellas
cuando las nubes cambian de vestido.

Ningún fantasma igual a la presencia
de la añosa emoción que resucita
y nos sigue aromando con la esencia
de su virtud floral, jamás marchita.

II.

El pueblo nos dio imágenes diuturnas
con sus días de marcha a paso lento
y la paz de las noches taciturnas,
en que apenas osaba hablar el viento.

Mi casa, con el árbol que he cantado
y me cantó con su bondad de abuelo;
la parra con el vino adormilado
y el muro de musgoso terciopelo

¡Qué mezquino aparece su dibujo!
Detrás del Tiempo, apenas se delata
por la humildad del patio y por el lujo
de su noble peral, en oro o plata.

La voz que, con fidelidad de gallo,
canta, al amanecer, en cada puerta,
al paso soñoliento de un caballo
oculto en una floración de huerta.

Junto al oro de peras y limones,
tomates con rubor de adolescentes,
pimientos encendidos corazones
y cebollas con lágrimas latentes.

¡Cómo lucen las joyas hortelanas,
y al reclamo de su policromía,
sonríen de mujeres las ventanas,
como una amable invitación al día!

Cautiverio escolar en que se escapa
nuestro espíritu en vuelo vagabundo,
cuando el puntero ambula por el mapa,
recorriendo los ámbitos del mundo.

¡Ah, buena Inés! Su soltería pura,
llana, sin geografia y sin historia,
se enciende de ansiedad en la aventura
que ensaya la docente trayectoria.

Los árboles chispean la mañana
de temblorosas lumbres otoñales
y consagran a Dios su rusticana
melopeya de frondas y zorzales.

Nos ofrecen al paso el don de cuanto
poseen por la tierra y por el cielo:
comprensiva piedad de luz y canto
para las almas que aprisiona el suelo

Una acacia nos da su humilde plata;
sauces lloviznan trinos de jilgueros;
todo el boscaje quiere hacernos grata
su asamblea de monjes y romeros.

¡Ah, qué fiel la amistad de aquellos liños!
¡Cuánto quisimos sus árboreas dotes,
y su apacible candidez de niños,
y su grave bondad de sacerdotes!

Y aquel rosal de vida sentenciada,
que, al expirar su lánguida belleza,
ansioso de una muerte afortunada,
llueve su última rosa en tu cabeza.

Carmín en la paloma de tu lazo
y en los albores de mis pensamientos.
Tal das flor y maduras en mi brazo,
mas aun dudan nuestros sentimientos.

El viento pulsa ramas como un ave
perdida entre los árboles benignos
la vida duerme, misteriosa y grave,
bajo sombras y luces que haces signos.

Arriba van murmullos prisioneros
en alambres y palos zumbadores,
donde erigen sus chozas los horneros,
entre heladas alondras de aisladores.
Huyen, huyen las frases mensajeras,
bajo tordos de luto, fatigados
de escuchar, tras las voces placenteras,
las que llevan sucesos desdichados.

Buenas o malas nuevas van en vuelo,
sin que en el pueblo entiendan sus zumbidos
más que los pájaros y algún chicuelo
que aplica a una columna los oídos.

El patio del anciano recoleto,
de cuyo reino vegetal y oscuro
se incorpora una viña que en secreto
ofrece sus racimos desde el muro.

El sol bruñe la vid con luz de fiesta;
cerca atisba la ronda de la infancia;
el dueño cumple el rito de la siesta
con una adormecida vigilancia.

Mas cuando intenta la niñez su empeño,
sin que el anciano, al parecer, lo note,
él se reclina, con fingido sueño,
y una sonrisa albea en su bigote.

La vecina de rostro ensombrecido,
que asoma, al tardecer, la pesadumbre
de unos ojos de esmalte desvaído,
como si su alma no tuviera lumbre.

Discurren ante su balcón los días,
embozados en bruma y nubes viejas,
o vuelan las vernales fantasías
que dan flores y alondras en las rejas.

Pero el ave que alivia la congoja
del corazón sin vísperas nupciales
sólo llega en el gris de alguna hoja
que desciende a morir en sus cristales.

La pianista que evoca en los ocasos
a Beethoven, y el ámbito se llena
de armonías que siguen nuestros pasos
como ánimas de pájaros en pena.

Todo adquiere nobleza al son eterno:
danzan los tilos con jovial donaire,
y los últimos oros del invierno
prestigian notas que ejecuta el aire.

Y la huraña caso de ventanas
ojerosas de hiedras y glicinas,

tras las cuales dibujan dos ancianas
sus quiméricas sombras vespertinas.

Persisten en el álbum del olvido
como un viejo romance en que se cuenta
la historia de un amor desvanecido,
entre dudas de tinta amarillenta.

El negro caserón, con una alosna
y un mirto en el portal, en gris severo,
aguardando anualmente la limosna
de carmín que le ofrece un duraznero.

Y un rosal que, al final de primavera,
mientras pinta sus últimos saludos,
enternece de pétalos la acera
para la infancia con los pies desnudos.

La calle de viviendas franciscanas,
en cuya paz la iglesia se ha dormido
con un sueño profano de campanas,
como si Dios hubiera enmudecido.

Al final se contrista su escenario
con una austera guardia de cipreses,
tras los cuales inicia el suelo agrario
una feliz decoración de mieses.

Divagación crepuscular, llovidos
por un cielo amarillo y esmeralda
de tipas que iluminan sus vestidos
con leves lentejuelas de luz gualda.

Suaves monedas de áuricos remedos,
que revisten la calle de terneza
y atesoramos entre nuestros dedos,
avaros de fragancia y de belleza.

Campanas de la tarde, cuyos sones
van con su voz de místicas proclamas,
en medio de las mudas oraciones
de mujeres, de pájaros y ramas.

Sobre lo inanimado y lo que alienta,
vuela la invitación de los tañidos,
y la gracia del cielo se aposenta
en la paz de las flores y los nidos.

Las cruces se incorporan en la altura
con pastoral cuidado por los fieles,
y el alma se desliza más segura
entre insinuantes rosas y claveles.

El ángel tutelar del cementerio,
cuyo remoto albor de cal se pierde
bajo el musgo que da a su rostro serio
un festivo matiz de barba verde.

Al pie, el amor pueril le tiza su obra:
un nombre o bien la cara preferida.
Así el vigía de la muerte cobra
una inocente sugestión de vida.

Y el farol que vigila por costumbre,
semidormido, próximo a las rejas,
triste de contemplar ante su lumbre
el decurso del Tiempo y las parejas.

Vio pasar la niñez de la pedrada
que hirió su luz, y vio en los años cómo,
de regreso, temblante y encorvada,
deletreaba a su brillo un viejo tomo.

La tarde se adormece en una honda
unción de ramas en quietud sumisa,
con nidos arrullados por la fronda
y la cancíón materna de la brisa.

Polvo de lluvia baja a las callejas
y en las lunas de aceras azogadas,
se ven, en inmersión, las casas viejas
cual si fueran recién inauguradas.

¡Ah, la lluvia que abreva a suelos parcos!
¡Cómo da pábulo al lirismo agreste
de las humildes vidas que en los charcos
se embriagan con su espíritu celeste!

Marchamos junto a seres nocherniegos,
entre fronda que danza y se despeina,
como en medio de guardias palaciegos
que rinden armas al pasar la reina.

Y eres reina, sí, bajo las encinas
maternas y los robles patriarcales,
con tu oriente de gracias femeninas

y una corte de adelfas y rosales.

Nuestras sombras se estrellan de jazmines
que asoman entre el gris de enredaderas,
y guían nuestros pasos los carmines
de malvas que dan sangre en las aceras.

Mudos, como las cosas, con un dejo
esperanzado, nuestro afán procura
descubrir en la esencia de un reflejo
al que ahora es espíritu de altura.

¿Cómo advertirlo? El sí que nos veía
Y nos rozaba con su tenue aliento,
con esa ultramundana melodía
que a veces confundimos con el viento.

La noche invita al ocio tertuliano
Del umbral familiar o la trastienda,
donde el simple suceso cotidiano
va cobrando prestigio de leyenda.

La voz nasal de un acordeón con asma
rozna al compás de ignotos cascabeles,
a cuyos sones danza algún fantasma
con su diáfana sombra entre laureles.

Se evaden de las casas pueblerinas
aromas del hogar, rumor de cunas,
ululatos de perros con inquinas
de soledad, de ayunos y de lunas.

La noche es la alborada de los muertos,
que gustan con sus vivos sobrios goces.
Esos murmullos de árboles inciertos
son el aire armonioso de sus voces.

¡La sonrisa sutil y los cristales
que el viento va pulsando en la arboleda!
Entre sedas y búhos augurales,
duerme el Tiempo, olvidado de su rueda.

Los ramajes agitan sus pañuelos
de despedida a pájaros presuntos,
y de las chimeneas huyen velos
como sinuosas almas de difuntos.

La marcha por la noche, a la ventura,

suele brindarnos la floral sorpresa de hallar,
de pronto, en una tapia oscura,
una rosa emboscada que nos besa.

El pueblo ofrece ese cortés detalle:
en vez de luces nos enciende rosas,
y en cambio de las voces de la calle
nos da el son de sus plantas armoniosas.

En las albas de gallos y oreceres
vimos surgir la luz las cosas bellas,
y fue en lo azul de sus atardeceres
donde aprendimos a contar estrellas.

Todo en el pueblo es simple y sin acaso,
todo en la misma pequeñez se iguala;
mas luego del laurel o del fracaso,
no hay más bien que el refugio de su ala.

Feliz el alma que contempla el viaje
de la estatua mortal de sus encierros,
entre plantas que lloran su follaje
y el duelo de los niños y los perros.

III.
Después hubo una dispersión de días.
Algunos se perdieron con los vientos;
otros siguen cantando fantasías
al oído de nuestros pensamientos.
Viaje ante la campestre marejada
de los maíces de floridos dardos,
junto al final de alguna res velada
por los cirios azules de los cardos.

¡Cómo arde al sol el ígnito miraje
y el viento inclina las candelas puras!
Así la tierra ofrece su homenaje
al alma de sus ínfimas criaturas.

El mar-maizal, como un inmenso piano,
palpita, estremecido de rumores,
y el viento ensaya un aire rusticano
en las múltiples teclas de las flores.

¡Campo que vuelca nuestros pies su mesa
de fragancias y frutos generosos!
¡Con qué solícita humildad nos besa
y aroma nuestros pasos cuidadosos!

Quisiéramos tendernos, cara al cielo,
en brazos de la hierba temblorosa,
y dormir, sin memoria y sin anhelo,
para siempre, en el lecho verdirrosa.

Mas ya la casa, en tanto el campo enciende
su corazón floral con nueva vida,
nos adelanta un cardo que nos tiende
su tributo de azul y bienvenida.

¡Cuánta dulzura bajo la aspereza!
¡Con qué cordialidad su ser mezquino
se ofrece en esas copas de belleza
que suavizan lo hostil de su destino!.

El patio nos recibe con faz ruda,
mas gana el corazón la mansedumbre
de un ciprés que se inclina y nos saluda
con lo gris de su digna pesadumbre.

Allí está, con su duelo casi humano,
sin más sonrisa que la que le arranca
el brindis optimista de un manzano
que le da nieve de su copa blanca.

Van las ovejas en tropel de espuma
como un trozo espectral de mar perdido,
y a su avance la tierra en flor se esfuma,
entre un eco materno de balido.

El buey pace colores sobriamente,
los ojos turbios de ancestrales cuitas;
sueña, medita o rumia, indiferente,
con la cara auti-albar de margaritas.

Aplica el aire paños bienhechores
en las huellas del yugo y de la enjalma,
y él saborea su ración de flores
cual si quisiera alimentarse el alma.

El pastor, pensativo en su montura,
de perfil sobre el sol ya casi extinto,
ve declinar la luz que lo empurpura
y le argenta medallas en el cinto.

Bajo sombras, el campo se desflora.
Habla el crepúsculo por voz de alguna

oveja, y una vaca soñadora
contempla el cuerno de oro de la luna.

Al alba, el cuadro del balcón hospeda
un trozo de paisaje campesino:
sobre el naciente añil una arboleda
y la flor hidroaérea de un molino.

Flor que muele rocío de luceros
o cosquillea a tristes nubarrones,
mientras giran los pétalos obreros,
junto a pinos virtuosos de canciones.

El ceibo, en el camino, cuyas ramas,
en los días ociosos y tranquilos,
escuchan, al pasar, los telegramas
que huyen por la guía de los hilos.

A veces se estremecen de temores; otras ensayan signos misteriosos; y acaso al dar su púrpura de flores, es que escuchan mensajes amorosos.

El rancho junto al ojo de agua muerta
que espeja sus paredes veteranas.
Patos bogantes entran por la puerta
y salen por el techo y las ventanas.

La ruina de su imagen temblequea
entre los pasajeros algodones
de nubes que en la inútil chimenea
ponen humos de utópicos fogones.

La carreta que rueda en el paisaje,
como el día, sin pausa ni impaciencia,
con su fantasmagórico mensaje
del Tiempo sin premura al de la urgencia.

La voz del eje clama a las distancias
su involuntario sobrevivimiento,
mas ninguno responde a sus instancias,
ninguno que no sea el nombre viento.

El arroyo con ansia vagabunda,
que transita entre sauces agobiados
con el cristal de su canción jocunda
y su amor maternal por los sembrados.

Arroyo de celeste pudicia,
que muestra sus entrañas sin recelo,

con peces tan lavados de malicia,
que da pena arrojarles el anzuelo.

Cuando llega a abrevar alguna oveja
y se ve desdodablada en agua pura,
queda un instante en actitud perpleja,
con temor de beberse su figura.

En el fondo, copiadas nubecillas
dan lechos a los peces franciscanos,
que nos ajan, al paso, las mejillas
con prematura madurez de ancianos.

Algunas noches sorprendemos una
pesca de pirotécnicas dobleces,
con cebos estelares y de luna,
que en vano intentan alcanzar los peces.

¡Qué delicia el beber azul y estrellas
y luna, entre reflejos de ramaje!
El agua-luz nos limpia turbias huellas
cual si fuera el bautismo del paisaje.

Unidos, en agrete barcarola,
hubiéramos seguido el mismo cauce,
oyendo esa canción de yerba y ola
que entienden solamente el pez y el sauce.

Pero permanecemos en la orilla,
inútilmente, como el mimbre iluso,
que hunde sus cedales donde brilla
el oro astral, utópico e inconcuso.

Y verá siempre esa inmutable escena:
el paréntesis vago de la onda
y el rumor de la misma cantinela
que escucha desde su primera fronda.

Aquel triste sauzal de pies mojados,
lunar de vello glauco en la planicie,
donde un coro de sapos desolados
gorgorea su hidrópica molicie.

Nuestra quietud, la inmóvil muchedumbre,
el viento en paz, la ramazón inerte.
Nadie osa perturbar la mansedumbre
de esa agua mustia, condenada a muerte.

Y aquellos álamos de invierno, bajo
las ráfagas que tañen su cordaje,
donde aun se estremece algún andrajo
de lo que fue su oropelado traje.

¡Cómo ruegan al viento en su agonía!
Pero es fatal que lo caduco muera,
no obstante el buen invierno, que querría
cambiarse alguna vez en primavera.

¡Ah, los álamos, simples, musicales,
con torres de esmeralda o gualdi-rojos,
que artifician aéreas catedrales
en la rusticidad de los rastrojos!

En filas camineras o al desgaire,
fundan pueblos de tregua, donde acampa
y se despolva fugazmente el aire,
cansado de su giro por la pampa.

¡Ah, los álamos, graves, melodiosos!
Sobreviven en mí con los latidos
de su fronda y los brazos generosos
que mecen la inocencia de los nidos.

Así tuvimos nuestros días tiernos
y salvamos las piedras de la marcha.
Cierto que, tan constantes, los inviernos
nos dejaron algún rigor de escarcha.

Mas, si volvemos hacia atrás la vista,
veamos sólo lo que nos alegra.
El hoy es pobre; lo futuro atrista
bajo el enigma de su capa negra.

Las bellezas se crean al acaso,
en un germen de luz, en lo impreciso,
en el improptu con que pone al paso
su alfombra odora-azul el paraíso.

Tal el campo nos dio felices días
de paisajes y humildes regocijos.
La tierra no conoce jerarquías
y todo cuanto guarda es de sus hijos.

IV.

Después el tiempo amarilleó postales

de despedida al cielo campesino,
y por sobre la danza de maizales
pasó la cerrazón de su esfumino.

También la urbe, pródiga de esplines,
nos ofreció intervalos bienhechores,
entre risas de ruedas y adoquines
y el champaña febril de los motores.

Recibió a mi aldeanía con tañidos
de campanas y timbres de premura,
y en esa sinfonía de latidos
vi un recio corazón y un alma pura.

La urbe encuadra al mundo en nueva puerta.
Como el suelo montuoso nos engaña,
pues si el llano se ve con mano abierta,
siempre hay algo ignorado en la montaña.

A veces me encontré como en desierto,
entre hosca muchedumbre y muros graves,
y fui a buscar la multidud del puerto,
con su errante cosmópoli de naves.

¡Como nos alucinan los colores
de otras patrias con signos a distancia!
Pero no hay suelo que nos de mejores
bienes que aquel que nos besó en la infancia.

Horas de tregua, el alma adormecida,
a solas con la imagen sin historia
del que vino de ti para la vida
y no fue más que lumbre transitoria.

No sé…quizá tu fe no desvaríe
cuando, a veces, lo sientes regresado
en el niño que mira y nos sonríe
o en el ave que canta a nuestro lado.

La urbe imita al mar con su sonido,
en proceloso alegro o lene adagio.
Las plazas son las islas del vencido,
que sólo salvó el cuerpo del naufragio.

Por las calles van roces de hojarasca,
bocinas y rodados en disturbio.
La ciudad sopla vientos de borrasca
que se hacen de bonanza en el suburbio.

Los árboles ilustran el asfalto
con su verde, su gualda o su esqueleto,
y sobre el estentóreo sobresalto,
meditan o dialogan en secreto.

Por la noche, faroles como frutos
maduran en hortense fantasía.
La ciudad nocturnal tiene atributos
que falsifican la verdad del día.

Desde las cúpulas se ven las calles
como ruidosas simas de tinieblas,
en cuya altura se dilatan valles
de amapolas que sangran entre nieblas.

El alba sopla desveladas lumbres
y despabila puertas y ventanas.
Olajes de revueltas muchedumbres
se quiebran en urgentes caravanas

Torres de Dios y torres del trabajo
suben a orar o a ennegrecer el cielo.
La casa humilde se arrodilla bajo
la monstruosa oquedad del rascacielo.

Erial en flor de luz, el alma urbana
querría siempre ese fulgor de feria;
más debe renacer cada mañana
con la gris desazón de su materia.

A sus plantas, el río, como un perro
fiel, lame los hostiles malecones,
o sueña, adormilado en el encierro
del puerto, con grandezas de ciclones.

Puntos de naves surgen en Oriente
o van a sumergirse en sus fronteras.
Y el río que bosteza opacamente,
se ameniza de cascos y banderas.

Hora en que el alma ciudadana arde
en gráfico pregón de lamparillas.
Huye, cegado, el genio de la tarde,
entre sombras que fugan en puntillas.

Tardes verdes de cercas y arbolados,
cuando empieza a pintar la primavera;

tardes rojas, con pájaros dorados,
y las de invierno, de sombría cera.

¡Ah!¡Cómo late el corazón urbano
en su hiemal embozo de neblinas!
El árbol nos extiende yerta mano
y el viento agota su carcaj de espinas.

La mansión atesora su tibieza
y el invierno golpe en las ventanas.
Pero es su suerte unirse a la tristeza
de la lluvia y la niebla, sus hermanas.

Y se alivia en la llama laboriosa
que, tras un vidrio, un culinario empeño,
derrama en la intemperie una piadosa
imitación del ámbito hogareño.

Bajo la lluvia la ciudad se apaga;
todo se mueve como con sordina.
El aire, preso entre paredes, vaga
sobre toldos, con pies de bailarina.

¡Cómo estira la lluvia su cordaje!
Con rumor de rasgados terciopelos,
suena bajo los arcos de rodaje
como una orquestación de violoncelos.

La noche, viuda, con su luz pluviosa,
vierte en la calle llanto de colores,
y el estéril asfalto, verde o rosa,
extiende un pradial visión de flores.

En sombra adquiere un brillo desolado.
Con su esmaltada imitación de hielo,
diríase un arroyo congelado,
sin sus dones de peces y de cielo.

La lluvia y un simón de edad incierta.
Cochero y matalote, soñolientos,
Aguardan (¿desde cuándo?) ante una puerta
un espectro, quizá del novecientos.

Suben al rascacielo, blanco y frío,
Hileras de ventanas trepadoras,
y la primera mira, absorta, el río,
soberbio de penumbras o de auroras.

La alta noche da el signo de callada,
y quedan en el cielo humosas huellas
de espíritus que van hacia la nada
o de duendes que manchan las estrellas.

Mas la ciudad se limpia al sol naciente.
Sobre el afán de músculos y llantas,
la torre yergue la orgullosa frente
y oros negros se humillan a sus plantas.

Surge entre hiedras el casón austero,
con ventanales próvidos de brillo,
a cuya luz prestada un zapatero
canta y hace cantar a su martillo.

Los árboles agitan sus pinceles,
pintando inútilmente en el espacio.
Chispean los malvones y claveles
en los grises ojales del palacio.

Sueña el chalet a orillas del paisaje
hortense, donde la ciudad, dormida,
se extingue entre banderas de ropaje
y un verdor vegetal de despedida.

Mira a lo lejos el agrario escudo
de un ombú, desde cuya sombra llega
un aire de canción y de saludo,
cual si fuera la voz de Santos Vega.

Nuestro paso abre el ojo de un postigo
y en un piano Chopín nos acompaña.
La ciudad nos ofrece un acto amigo,
mas ya su corazón es de campaña.

La urbe es carne débil y alma fuerte.
Nos quema en la ignición de sus asombros,
y al fin despide nuestra arcilla inerte,
con un estoico encogimiento de hombros.

V.
Luego vimos nublarse muchos soles
y se extinguieron múltiples paisajes,
en un apagamiento de arreboles,
como memorias de remotos viajes.

También el mundo interno de la casa
nos dio emociones de virtud sencilla.

El techo que nos fija en lo que pasa
tiene alma hospitalaria de capilla.

Noches de tempestuoso vocerío
que decrece y se aviva en ronda airada.
Aúlla el viento, herido de agua y frío,
como una turba de almas sin morada.

La noche es un enigma que se alumbra
Con una esperanzada fantasía:
cristal que se marchita en la penumbra
y cambia de matiz en cada día.

¡Ah! ¡Cuántas noches escuchamos mudos,
un dudoso llamado a nuestra puerta!
Y luego el roce de unos pies desnudos
que se deslizan por la calle muerta.

No es nuestra casa. El Angel se ha perdido.
Gimen las ramas y el espejo cobra
un arbóreo esqueleto con un nido
que nos da compañía en la zozobra.

El aire, de improviso se ilumina
y el mobiliario surge de la nada.
Se estremece un fantasma en la cortina
y el cielo rompe en hueca carcajada.

¡Qué temor de ser hojas en invierno,
aves sin nido, ciervos sin guarida!
La casa que nos guarda de lo externo
tiene un poco de madre en nuestra vida.

Algún alba, una estrella, en la ventana,
como un ojo de Dios, nos mira fijo.
Y ve el cuadro que vio la estrella anciana:
la Madre con el Padre junto al Hijo.

Canta un gallo una diana lloviznosa
y el aire llama con lenguaje quedo.
La luz niña penetra temerosa,
cual si la oscuridad le diera miedo.

Poco a poco la sombra se resuelve
en una luminosa exuberancia,
y la piedad del alba nos devuelve
las cosas familiares de la estancia.

Luego entra el día con su pecho blanco,
al aire el corazón de luz y rosas,
y todo lo sombrío adquiere un franco
alborozo de faces amistosas.

El reloj fatigado de rutinas,
que, de noche, ante la apacible cuna,
disfraza con bigote o cejas chinas
su faz de Tiempo, lívida de luna.

El viejo cuadro de un pintor extraño:
cielo verde y campiña azul profundo,
y un río paralítico de estaño,
que parece pintado en otro mundo.

El retrato de quien se fue a la altura
y que, acaso, en la noche nos visita,
y el vaso donde todavía dura
la llama de una rosa, ya marchita.

Y Jesús, roja la punzada frente
y en los ojos el riego del suplicio;
manos en cruz y el corazón ardiente
con la sangre y la flor del sacrificio.

¡Cómo nos mira, en noches de vigilia,
con nuestras dudas, débilmente humanos!
Y en su estampa preside la familia,
ardiente el corazón, en cruz las manos.

Asi iniciamos nuestro don de días,
con rutinaria sencillez de aves.
Sin canciones y sin melancolías,
y algún deshojamiento de horas suaves.

No me digas que fuimos olvidados.
La vida nos dio plantas, soles, lunas,
y en cambio de sus días bienhadados,
nosotros le ofrecimos cuatro cunas.

Lo pasado es como un jardín distante,
que parece una isla de maleza:
nos acercamos y por un instante
vuelve a desempolvarnos su belleza.

Si algunos goces han de sernos feiles,
ellos vendrán del lírico decoro
de perpetuar memorias de oropeles

que la alquimia del Tiempo cambia en oro.

La tarde fantasea en los ornatos;
adquiere formas vagas el moblaje
y las sombras enfundan los retratos
como en la víspera de un largo viaje.

¡Ah! Nuestro viaje es breve y de regreso.
Con las sienes en polvo blanquecino,
marchamos hacia un horizonte espeso
que ya no se adelanta en el camino.

La casa, el pueblo, la ciudad, la tierra…
En todo hallamos maternales horas,
en tanto el sol marchito se nos cierra,
los recuerdos nos abren sus auroras.

No digas que fue estéril nuestra suerte.
Más allá de la Vida que se abrasa
en la hoguera alentada por la Muerte,
nos queda la quietud de nuestra casa.

La casa de tus horas monacales,
junto al íntimo amor del costurero,
mientras afuera seres otoñales
chistan como aves de infeliz agüero.

La casa donde ansío solamente
tener abierta al cielo una ventana
y en las albas tocar de luz mi frente,
rico de azul, en suerte franciscana.

ANEXO VIII. Manuel Alcobre. Paisajes civiles. Reproducido en El Hogar, 25 de marzo de 1949.

Siesta ciudadana.

A través de las hojas de los plátanos municipales, el sol prestigia monedas de plata en la mesa de café. ¡Qué apacibilidad de oasis, a orillas de la avenida ardiente de estío! Los neumáticos zumban como abejas sobre la capa alquitranada del pavimento, y el aire silba levemente al refrescarse en la sombra verde del follaje.

Mirar por mirar. Ver esos hombes y esas mujeres que van y vienen en medido tránsito, y pensar en nuestra vida, en las aspiraciones, en los bienes q ese nos fueron de la mano y en los nunca pudimos asir. Balance en el cual siempre aparecemos con saldo deudro. Nos agita la ansiedad de ganar la carrera al tiempo, para no quedarnos en el camino antes de dar alcance a nuestras esperanzas. Pero nos vence la quietud. Permanecer mirando la callle, la acera…Escuchar el rumor de los vehículos, de los árboles…Sentir la afectuosidad del aire en nuestra frente…

Gradualmente nos invade una lúcida somnolencia de recuerdos. Volvemos por los caminos de otros días, forjamos los sucesos futuros tal como quisiéramos verlos cumplidos y, poco a poco, un adormecimiento feliz nos aleja de lo externo, en tanto el sol continúa acuñando monedas de plata en la mesa de café.

Invitación al campo.

El punto terminal del ómnibus es la última vivienda de la calle suburbana, donde comienza la planicie campesina, surcada de colores de legumbres y frutales. El aire rústico llega a darnos la bienvenida con su aroma hortelano y, a lo lejos, el margen de camino granate de sol crepuscular, un ombu nos aguarda con su sombría evocación de pampa. La iniciación agraria nos invita a penetrar en el paisaje. Abre su amplio corazón, generoso de silencio y olvido, y parece instarnos, en su lenguaje vegetal, a beber la fragancia estimulante de las huertas.

Nos internamos en la caritativa amplitud del campo, hasta llegar al ombú, que nos espera con sus brazos abiertos, símbolo de la cordialidad agreste, que anima igualmente a las plantas y a los hombes, como si el paisaje y los seres que lo pueblan tuvieran un espíritu común.

Bajo el tembloros alero, dejamos cerrarse las sombras del anochecer, y cuando volvemos, desde la distancia, contemplamos el ombú, que dibuja su copa como un vasto escudo agrario sobre el cielo rojiazul, y escuchamos los sones de una guitarra fantasmagórica, cuya armonía surge y nos sigue desde la penumbra del paisaje como si fuera el eco del alma de Santos Vega.

Viaje espiritual.

Bajo la propicia semiluz de la sala de pinturas, mientras los concurrentes van desfilando ante los panoramas del mundo, el anciano, hundio en muelle sofá, vuelca su barba sobre el pecho y duerme. Frente a su sueño se abre la ventana de un cuadro que da a un caserío español, escalonado en un monte de pinos. Minutos antes el anciano contemplaba la aldea. Ahora la aldea lo mira a él. Las breves casas de techos rojos, los pinos que suben o bajan la serranía, las vacas y las ovejas beatíficas, todos los seres y las cosas lugareños contemplan cómo el anciano duerme sus años. Y él, ausente en el sueño, divaga por ese pueblo, que acaso lo ha reconocido, aunque en el lejano día de la partida su cuerpo y su alma eran distintos. Va por las callejuelas, por las sendas pedregosas, en tre los pinos, feliz de hallarse en la tierra y bajo el cielo del comienzo, que nunca son tan hermosos como vistos desde la extremidad de la vida.

Cuando despierte y vuelva de la aldea del sueño a la de la tela y de ésta a la realidad circundante, quizá experimente un momento de desazón. Pero luego tendrá un sentimiento de gratitud para la sala de paisajes, que le permitió viajar hasta su aldea, por una de esas generosas ventanas abiertas hacia todas las patrias.

ANEXO IX. Maneul Alcobre. Paisajes civiles. Reproducido en Diario Democracia. 12 de mayo de 1949.

Ultimo viaje.

El coche de plaza va por una calle del suburbio. Su antiguo retrato es conocido: capota raída por la vejez, caballo dado a la meditación; cochero soñoliento, unido a las riendas, al látigo y al "toscano" como si formaran parte de su naturaleza.

El coche va hacia cualquier lugar. Partió hace medio siglo en su viaje ciudadano, y ahora, cansado de ver siempre las mismas calles, marcha con la melancolía de su taxímetro en "libre". Pero su interior no está absolutamente desocupado. Mirando con ojos de evocación, se advierte en el asiento una dama de amplio sombrero con flores y frutos, falda lloviendo seda sobre el piso y sombrilla en copiosa ilustración de primavera. La acompaña un caballero de traje cuadriculado, hongo gris perla y bigote de extremidades erizadas por el cosmético.

Los años renuevan los fantasmas. Otros sombreros y otros trajes van ocupando sucesivamente el vehículo, hasta que ya son escasas las sombras que se trasladan en él. El coche se deslustra y comienza a renguear; el caballo admite su derrota y baja humildemente la cabeza; el cochero dormita y fuma su "toscano", con la ex galera sobre los ojos, como para no ver el Tiempo.

Vehículos más veloces los van dejando atrás, en su época. Y el coche sobreviviente penetra en los años urgidos como un recuerdo de lo que fue la vida lenta, cuando aun se podría esperar, sin el temor de que alguien aprovechara nuestra pausa.

De pronto, en una esquina, un coche apresurado se precipita sobre el anciano vehículo. La caja y las ruedas se estrechan con un árbol y mueren. El cochero salta a la calle, mira los restos de su coche con ojos de condolencia y recoge del asfalto el "toscano" y la ex galera, caídos simbólicamente en el último viaje de su dueño.

Cerca de los despojos, el caballo, ileso, abrazado aún por las varas partidas, ofrece el homenaje póstumo de su humilde compañerismo, finalizado tras una prolongada e inútil lucha contra el Tiempo, que, no obstante su vejez, siempre está de parte de la juventud.

Amigo público.

El vendedor de flores, en apacible actitud búdica, se adormece ante el color y la fragancia de su mercancía, que erige un sintético jardincillo en la esquina ciudadana.

Como a las dueñas de casa que pintan con sus macetas floridas la esterilidad de los balcones, el transeúnte urbano debe gratitud al florista. Habría que comprarle sus flores y, en vez de llevárselas, dejarlas bajo su protección, para que las cuida y las exhiba. Su misión es noble por la

belleza que coloca ante nuestra vista y por la fragancia con que dignifica el aire callejero. Cumple una finalidad estética y de higiene espiritual. Deberían multiplicarse esos pequeños comercios de aromas y colores, para redención de las calles, excesivamente materializadas por los grises edificios, en cuyos interiores se agitan los manes de la ganancia.

Los peatones pasan por delante del jardín efímeero y lo admiran como a una mujer hermosa. Los ojos, fatigados de la monotonia parda, se alivian con el colorido floral, y hay quien permanece extasiado en la contemplación de esa belleza, que es como un baño íntimo para aquellos que, por influencia del medio, han adquirido un poco de la bastedad del cemento y el asfalto.

Y el benemérito comerciante en fragancias dormita al lado de su jardín postizo, soñando, tal vez, con una mesa donde humea una fuente florida de repollo guisado y el vino se enciende en la copa como una embriagante rosa purpúrea.

Invitación al parque.

Para la salud del espíritu y la mente, nada más beneficioso que tomarse unas breves vacaciones en un banco de plaza pública. Los ruidos ciudadanos nos llegan desde los alrededores como un lejano rumor de tormenta, y en esa tregua estentórea nos es posible refugiarnos en nosotros mismos. Nos sentimos un poco con esencia de planta. Aquí y allá, en la intimidad de los árboles, dialogan los pájaros, cada cual en su clave. Algunas flores nos hacen signos amistosos y en las proximidades vemos caer los primeros similores del otoño.

Al margen de lo cotidiano nuestra personalidad íntima se renueva y los pequeños o grandes problemas qu nos plantean los días aparecen resueltos o sin importancia, como si de pronto hubiera cambiado el cauce de nuestra suerte.

Mejor que la vieja institución de la consulta a la almohada, es la soledad de un banco de parque. El quietismo material deja en libertad al espíritu, que sube a purificarse entre los árboles. Lo pasado y lo presente se proyectan en la pantalla de nuestro cerebro con matices alegres, y toda idea brumosa se suaviza en la conformidad con lo que somos y poseemos.

Así, al alejarnos del parque, sentimos que la rémora de antiguas esperanzas insatisfechas se ha desprendido de nosotros y en su lugar nacen nuevos ideales, tal como las hojas que los árboles dejan caer para que otras puedan surgir en su primaveral regreso a la belleza.

ANEXO X: Adhesión de ADEA a la aprobación del Estatuto del trabajador intelectual. Reproducido en ADEA. Memoria y Balance (Ejercicio 1 ° de noviembre de 1948 al 31 de diciembre de 1949). Bs.As., ADEA, 1950. Pág.32.

Buenos Aires, abril de 1950.

Año del Libertador General San Martín.

La Asociación de Escritores Argentinos, al iniciar sus actividades culturales en el presente año, reitera públicamente su adhesión al proyecto de Estatuto del Trabajador Intelectual, redactado por la Junta Nacional de Intelectuales, y que cuenta con el alto auspicio del Poder Ejecutivo.

La Asociación de Escritores Argentinos considera que el establecimiento de dicho Estatuto por ley de la Nación es absolutamente indispensable para la protección de los legítimos derechos de los escritores, los artistas y los investigadores argentinos, para la promoción efectiva de la actividad intelectual en el país, y para el fomento de la cultura del pueblo.

La Asociación de Escritores Argentinos entiende que, en el vasto sistema legal instituido por el presente Gobierno con fines de justicia social, no debe faltar la ley que defienda los derechos e intereses de los trabajadores intelectuales, con cuyo no retribuido esfuerzos otros levantan rápidas fortunas, y cuya obra excelsa forma el tesoro espiritual de nuestra Patria.

La Asociación de Escritores Argentinos constituida por hombres de letras que apoyan al Gobierno de la Revolución Justicialista, solicita que el proyecto de Estatuto del Trabajador Intelectual se incluya entre los primeros asuntos que serán tratados por el H.Congreso de la Nación en el actual período de sesiones”

ANEXO XI. Carta de Manuel Alcobre, Secretario General de ADEA, al Presidente de la Nación Juan D.Perón.

Buenos Aires, Noviembre 3 de 1950.-

Al Excmo. Señor Presidente de la Nación.

General D. JUAN PERON.

S/D.

Excmo. Señor Presidente:

La Asociación de Escritores Argentinos que tengo el honor de representar, entidad con personería gremial otorgada por la autoridad correspondiente, viene, por mi intermedio, a exponer a V.E. algunos de los anhelos que los escritores de nuestro país desearían ver concretados, para que se alivie, dentro de lo posible, el problema economico y moral que desde hace años afecta a los trabajadores de la literatura argentina.

La situación de los escritores, en el aspecto aludido, no es desconocida por V.E., cuya comprensión los ha involucrado más de una vez entre quienes - obrero de todas las actividades - habían de beneficiarse algun día con la aplicación de los postulados de la Revolucion que inspiró y guía actualmente V.E.

Tal circunstancia nos permite limitarnos a exponer sucintamente cuáles serían los actos de gobierno que, a nuestro juicio, apoyados por el alto espíritu del Excmo. Señor Presidente, tendrían como resultado el cumplimiento de aspiraciones vivas en todos los sectores de nuestra literatura. Ellos son, en síntesis, los siguientes:

1º.- Creación de la "Casa del Escritor".

Por iguales razones que se ha dotado a los representantes de distintas actividades intelectuales de un lugar de recreación, de reposo espiritual y aún de trabajo, creemos de alto beneficio la realización del propósito de destinar al escritor una institución que sea "su casa", el lugar de paz para sus inquietudes intelectuales, de esparcimiento para sus descansos, de realizaciones para su vocación, Sería, por lo demás, centr de actividades literarias publicas, de extensión y difusión de nuestra cultura bibliográfica.

2º.- Otorgamiento de créditos destinados a la edición de libros por sus respectivos autores.

Son notorias las dificultades con que tropiezan nuestros escritores para la publicación de sus obras. Salvo en rarísimos casos, no hay entre nosotros editores que tomen a su cargo el costo de una edición.

Los autores, muchos de ellos notables, y todos dignos de apoyo, sacrifican frecuentemente su propio peculio, casi siempre sin posibilidades de obtener la reintegración por venta, premios de estímulo, etc. Hacen generosamente un aporte a nuestra cultura literaria, sin otra satisfacción que la de haber realizado un esfuerzo por el enaltecimiento intelectual del país. No hay duda de que su desinterés merece el apoyo del Estado.

3º.- Facilitar a los escritores el acceso a las cátedras de castellano, literatura, historia y materias afines, previo examen de sus antecedentes intelectuales y morales.

Esa medida beneficiaría a los alumnos, por la indudable competencia de tales docentes, y pondría a los escritores a cubierto de la inseguridad económica, que tantos talentos promisorios ha malogrado, a la vez que les facilitaría el desarrollo de su vocación en el ejercicio de una actividad paralela a la función literaria. Su idoneidad estaría basada en la labor intelectual, que es el mejor estímulo que se pueda ofrecer.

4º.- Otorgar a los escritores facilidades para el ingreso en la función pública.

En igualdad de posibilidades para el desempeño de cargos en la administración oficial, es innegable que el mérito de haber aportado un esfuerzo intelectual a nuestras letras debe conceder cierta prioridad. Por otra parte, una simple razón de estímulo y de facilitación de la labor literaria parecería justificar la admisión de los escritores en los cargos compatibles con su labor de cultura.

5º.- Llenar los cargos de agregados culturales y de prensa, en las representaciones diplomáticas argentinas, con escritores de notoria actuación, dando a esas funciones la jerarquía y la retribución concordantes con su importancia.

Cumplidas las finalidades de protección y reconocimientos para con los intelectuales, se alcanzaría, a la vez, el ideal de dotar a nuestra República de un cuerpo de representantes en el extranjero digno de la descollante posición que el país ha alcanzado en el orden cultural. No hay más elevada recomendación que la propia obra, si es buena, y ella, a la par que honra a su autor, enaltece a la Patria que le confía el cuidado de sus intereses intelectuales.

6°.- Aumentar las adquisiciones de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares hasta un importe igual o discretamente superior a los costos de las ediciones, y adquirir los libros directamente al escritor.

Sin desconocer la importancia de la ayuda que el organismo citado presta en la actualidad a los escritores, es evidente que sus posibilidades estan muy por debajo de lo que necesita el escritor, tanto para difusión de su obra como para el reintegro de la suma que le ha insumido la publicación del libro. Parece esta la ayuda más digna y practica que el Estado puede prestar a los autores, en cuanto se relaciona con el conocimiento y financiación de sus obras.

7°.- Elevar los premios nacionales de literatura, en todas las ramas, a tres categorías de $ 100.000.- $ 60.000.- y $ 40.000.-

Los premios literarios se mantienen en iguales cantidades que hace varios años. Las circunstancias económicas y sociales, cuyas relaciones con la calidad honorífica de los premios no se puede negar, han sufrido trascendentes modificaciones en los últimos tiempos. Nos parece innecesario recalcar la positiva disminución de las recompensas literarias establecidas, en relación con el alto nivel alcanzado por los beneficios en todas las actividades. Sería lógico que los premios oficiales participaran de esa progresión ascendentes, sin que el erario no se viera mayormente afectado por ello.

8°.- Aumento de los premios municipales de literatura, en las tres categorías, a $ 20.000.- $ 15.000.- y $ 10.000.- anuales.

Lo dicho con respecto a los premios nacionales cabe repetirlo acerca de los municipales, cuyos propósitos de estímulo se verían así cabalmente cumplidos.

9°.- Suprimir la aplicación del impuesto a los réditos sobre los derechos de autor.

10°.- Establecer premios a los trabajadores literarios, científicos y filosoficos que se publiquen en los organos periodísticos.

Tales son, Excmo. Señor Presidente, las iniciativas gubernamentales que, en bien de los escritores del país, venimos a exponer a V.E. para que se digne propiciarlas con el alto y noble espíritu que siempre ha evidenciado en favor de quienes cumplen una función social y patriótica, ya sea en la artesanía del músculo o de la inteligencia.

" " "

" Los hombres de letras que hablan por nuestro intermedio, reconocerán siempre a V.E., cuanto pueda hacer en pro del cumplimiento de los anhelos expresados, que los pondrá a cubierto de una situación, muchas veces deprimente, siempre perturbadora, que hoy, y quizá por mucho tiempo, no es posible remediar en nuestra República por el esfuerzo individual, porque aun la literatura es una actividad lírica, ineludiblemente improductiva en el orden económico.

" " " " " "

" Dígnese el Excmo. Señor Presidente aceptar, junto con las expresiones de gratitud anticipada, las seguridades de mi mas alta y respetuosa consideración, unidas a la certidumbre de mi firme adhesión personal."

ENRIQUE GONZALEZ TRILLO
Secretario de Actas

MANUEL ALCOBRE
Secretario General

ANEXO XII: Mensaje del Secretario General de A.D.E.A. Manuel Alcobre en el acto inaugural del ciclo de conferencias sanmartinianas, organizado por la entidad, en homenaje al Libertador General San Martín. 11 de mayo de 1950.

"Señoras, señores, consocios de ADEA:

"Doblemente significativa es para los escritores argentinos la celebración del año sanmartiniano de 1950, porque él está comprendido en este tiempo en que la independencia económica y la equidad social ha sido instauradas plenamente en nuestra República.

"Al cabo de cien años de su desaparición material, puede el esclarecido libertador de América hispana contemplar, en espíritu, cómo su inmenso esfuerzo en pro de la emancipación de nuestra Patria ha sido complementado con el advenimiento de otra libertad, que por muchos años pareció inalcanzable. Me refiero a la libertad del temor y la incertidumbre en el vivir cotidiano, de la humillación social y moral, bajo cuya influencia negativa ni los pueblos ni lo individuos pueden sentirse dignos.

"Sin duda el gran espíritu libertador, si asiste al decurso de nuestros días, como mi fe lo cree, ha de experimentar una justa complacencia. Y quizá se diga. 'Gracias a Dios, porque la libertad política que conquisté; y la Patria que nació de esa libertad ya no se hallan afrentadas por la dominación económica extraña y la dependencia vital de sus hijos humildes'.

Porque el nobílisimo predestinado de la libertad sabía que el ser libre no consiste sólo en hallarse a cubierto de virreyes o gobernadores extranjeros y en tener una bandera propia, sino también en la posesión efectiva de las riquezas naturales y las creadas por el esfuerzo común, en cuanto se trata del Estado, y en el derecho a vivir decorosamente de la actividad personal, en lo que concierne a los ciudadanos.

"Cierto que este último e imprescindible complemento de la libertad no se hallaba menoscabado en los días en que el Gran Capitán cumplió su epopeya. Pero aquel espíritu insigne pudo contemplar cómo, andando los años, su grandioso esfuerzo libertador fue desvirtuándose, bajo la invasión que penetraba imperceptiblemente en la Patria e iba creando el poder despótico y arbitrario de la riqueza sin conciencia, a la vez que establecía, como una fatalidad inherente a la condición humana, el desamparo y la humillación de los desheredados.

"Por eso –repito-, si desde la inmortalidad de su sustancia anímica, el Padre de nuestra Patria asiste a estas horas afortunadas para las aspiraciones e ideales de la argentinidad, ha de compartir la satisfacción que sentimos nosotros. Porque ahora la libertad que nos dio es un bien sin limitaciones. Lo es para la Nación, que ha recobrado la dirección de su presente y futuro acervo económico, y para los ciudadanos, que pueden sentirse dignos, con renovada fe, libres de la indigencia que deprime y humilla, bajo el amparo de una ley fundamental cristiana y justicialista, que los protege contra el egoísmo y la iniquidad.

“Los escritores argentinos, amantes de la verdadera libertad, que es fuente vivificadora para el espíritu y la mente, y es belleza en sí misma, por cuanto tiene de pájaro, de viento y de nube, nos asociamos a la celebración del año del Libertador por antonomasia, con la íntima gratitud y el orgullo de nuestra independencia, cabalmente soberanos de nosotros mismos, bajo el signo de un estado social en que bien podemos decir a quien todo lo sacrificó para que el nombre Argentina signifique grandeza, generosidad y esperanza:

Gran Capitán, contempla la Patria que nos diste,

feliz bajo el laurel de tu memoria augusta,

ni opresa ni opresora, en paz, cual la quisiste,

como un gran corazón, cristianamente justa.

“Señoras, señores, consocios: Con la conferencia que pronunciará el doctor Luis Cárcamo, que hoy honra nuestra tribuna y cuya presentación intelectual hará nuestro secretario de actas, Enrique González Trillo, se inicia el ciclo de disertaciones sanmartinianas con que ADEA adhiere a los homenajes que se tributarán este año a la memoria del insigne creador de nuestra nacionalidad”.

ANEXO XIII . Mensaje del Secretario General de ADEA, Manuel Alcobre, en acto de homenaje al libro. Junio 1950.

“En nombre de la Asociación de Escritores Argentinos y en el mío propio, tengo el honor de expresar nuestra adhesión a este acto de homenaje al libro, cuya efectividad adquiere significado especial en el presente año de 1950, dedicado por entero a venerar la excelsa memoria del Libertador General San Martín.

“Muy oportuno es, sin duda, evocar la augusta personalidad de nuestro prócer máximo, al poner de relieve la trascendencia del libro. Aquel preclaro espíritu sabía que la libertad que germinaba con el riego de la savia patriota, no sería perfecta, en la paz futura, sin el florecimiento de las manifestaciones intelectuales. Fiel a la sabiduría de la expresión ‘El libro liberta’, para complementar y dar solidez a la libertad que iba instituyendo con las armas, dejaba en pos de su paso marcial una siembra de libros, a los cuales confiaba la misión que sólo ellos podían cumplir, entonces, la emancipación de la mente y el espíritu por la bellez ay el saber emanados de las palabras escritas.

“Cuando exaltamos el libro, rendimos culto al tesoro de emociones, experiencias e ideales que transmiten los mensajes de nuestros antepasados y de quienes nos acompañan en la vida actual. Todas las inquietudes del espíritu humano se hallan latentes en esa reunión de páginas, ennoblecidas por las ideas y las imágenes concretadas en la grafía de los vocablos. Y esos signos del sentimiento y la inteligencia, cuyo claror nos llega de tan lejos y va hacia la infinidad del Tiempo, constituyen la síntesis vital de la humanidad, que ilumina nuestra mente, cuando es conocimiento, y nos recrea o armoniza el espíritu, cuando es narración o poema. En los momentos de tedio y de incertidumbre, nos acompañan con la perfecta fidelidad de su silenciosa elocuencia. Y si es Kempis, nos ofrece el consuelo de su entereza y de su humildad, y si es Cervantes, nos muestra lo que la vida tiene de ensueño y de sonrisa.

“La inmortalidad esencial humana, que existe en nuestra fe, cobra forma material en las páginas del libro, y se hace perceptible en el milagro de que en nuestros estantes se hallen presentes Virgilio, Goethe, Santo Tomás, siempre dispuestos a comunicarse con nosotros e impartirnos su belleza, su sabiduría y su fe. Nuestra existencia sería un interminable tiempo de niebla, si no pudiéramos contemplar el paisaje de lo pretérito, salir de nosotros mismos y penetrar en el mundo luminoso de los poetas, los pensadores, los sabios y los forjadores de vida ideal, a través de esos signos que nos transmiten cuanto soñaron, supieron y anhelaron aquellos espíritus durante su prisión en la materia.

“Tal es el prodigio que celebramos al exaltar los infinitos bienes que el libro ha dado y continuará proporcionando a la humanidad, como la más noble y generosa expresión del espíritu y la mente del hombre.

“Nos acompañan aquí, en este acto de homenaje, los que crean la virtud verbal que es alma del libro: poetas, novelistas, pensadores. Todos ellos trabajan para que la realidad del volumen sea posible y llegue a la mente y a la sensibilidad del lector, en una constante irradiación de cultura.

“Se hallan presentes también los que dan forma gráfica a las ideas y emociones, y elevan la jerarquía de su labor manual con expresiones de alto valor artístico, que asigna al libro la dignidad de valiosos estuches para las preciosas gemas de los pensamientos escritos.

“Por último, nos honran con su presencia los que ponen el libro en manos de quienes han de recrearse o acrecentar sus conocimientos, como agentes de la belleza, del arte y la ciencia. Muchos, como el noble ejemplo del señor Presidente de la Asociación Cultural El Libro, don Mateo Bojanic, organizador de esta fiesta, honran su profesión comercial con la simpatía y la erudición que ponen al servicio de sus actividades. Más que una transacción mercantil realizan una fervorosa obra de difusión cultural, admiradores del valioso objeto que negocian del cual se desprenden con esa suerte de pesadumbre que suele advertirse en el jardinero que enajena sus rosas amadas.

“Dignamente honrada ha sido, de tal modo, esta expresión de la fiesta del libro. Se hallan aquí representados quienes dedican sus esfuerzos al enaltecimiento de la literatura, ya sea en su contenido esencial, en su presentación externa o en su circulación comercial. Los tres sectores se complementan en la noble función de dar vida y hacer conocer las páginas impresas, y el entendimiento armónico entre ellos, aunque, al margen de una mesa de camaradería cordial, pareciera dificultoso, debe llegar a concretarse en una realidad, basada en la coordinación de sus respectivos intereses.

“Quiero significar que de esta reunión puede surgir el impulso para constituir un organismo intergremial permanente, que estudie y de solución a los problemas concernientes a los escritores, editores y comerciantes de libros, asegurando a cada núcleo lo que en equidad le corresponde, para ponerse a tono con este tiempo de justicialismo que felizmente impera hoy en la nueva Argentina”.

ANEXO XIV. ALCOBRE, Manuel. Silvas de la tierra que fue mar.

Al guardián de la plaza.

Seguías nuestros pasos, temeroso
por tu caudal de flores y de fronda,
esfuerzo de esa tierra transmigrada
de suelos que poseen tierra propia,
junto con las ovejas iniciales
y las primeras novias,
para que hogares, plantas y rebaños
dieran comienzo a una vez su historia.

Quizá fuera excesivo tu cuidado
pero tú sabes qué valor custodias.
una sencilla flor, labrada a riego,
es para ti una joya;
un cedro bondadoso en grado de árbol
resume la piedad vestida de hojas
y no lánguido arbolillo,
de cuna casi anónima,
es como un niño triste, al cual quisieras
ilusionar con flores milagrosas.

No, no intentábamos llevarte nada
del color y la esencia que atesoras,
aunque sentíamos que se ofrecían
porque en la austral desolación de rocas,
las plantas y las almas
se aúnan y confortan.

Sólo queríamos oir las voces
en todo tiempo iguales y amistosas
y cambiar de color a nuestros ojos,
como el alma del viento se despoja
del gris de las arenas,
saltando entre rosales y magnolias.

Pudiste haber fundado tu majada
y andar por tierras tuyas muchas horas
más preferiste compartir la suerte
de ese subpueblo de canción y aroma

donde en las pausas veraniegas sueñas
bajo los cedros de cristiana sombra,
y en los días de otoño te adormeces
sobre lecho de rosas.

No, no intentábamos llevarnos nada
de la fortuna vegetal que ahorras
y que sólo podrás gozar en vida,
aunque por tantos años de custodia
y tu fiel hermandad de casi planta,
te has ganado una buena suerte arbórea,
con ramas que atenúen tu silencio
y te dejen caer alguna hoja.

Mas los vientos del sur no admiten lujos
en las postreras losas
y así nunca tendrán el árbol – ángel
que pudiera encantar tu vida póstuma,
aunque es posible que un furtivo yuyo
encienda algún color en tu memoria.